MONTEJURRA 1968

AÑO IV - EXTRAORDINARIO - N.º 37

Mensaje del Rey

Carlistas: Adelante en la conquista de las grandes libertades sociales y populares

«Mi querido Carlos: Aunque no estarás presente en el grandioso acto de Montejurra, te dirijo a tí este Mensaje para mis leales carlistas reunidos el día 5 en la noble tierra navarra, en el gran acto de fe y esperanza en el futuro de nuestra Patria.

Quiero que seas tú, como mi heredero y sucesor, el que reciba este Mensaje y lo transmita en mi nombre. Porque tú, por deber y a mis órdenes directas, cumples todos los días una grande, pero ingrata misión. Ingrata porque no es lucida la labor diaria y constante de construcción a la que estás dedicado. Ingrata porque supone resistir muchas presiones, aceptar a menudo desprecios, oponerse a muchas opiniones. Pero grande porque así cumples con nuestro deber y así somos leales a nuestra misión. Grande también porque te apoyas sobre otra gran lealtad con la que podrás contar toda tu vida: la lealtad del pueblo carlista.

Y es a vosotros, mis leales carlistas, como figuras de pro de la futura sociedad española, a quienes me dirijo ahora.

El mundo está en plena evolución, pero con unos sistemas políticos envejecidos.

Los sistemas envejecen por dos razones: el inmovilismo y la soledad.

El primero y gravísimo defecto es el inmovilismo.

Es un deber de todo pueblo, y por tanto su derecho, el participar en la creación de su mañana. Si se priva al pueblo de este derecho, se le mutila en su libertad y entonces no se cumple con la razón de ser de un buen Gobierno, que no es meramente crear el bien o la prosperidad, sino hacer a todos partícipes de esta creación.

Si no se saben crear las estructuras que permitan escuchar, que son las de la Representación, ni las que permitan administrar justamente, ni las que permitan gobernar; si se piensa que el Gobierno, la Representación y la Administración son una misma cosa, en manos de una sola clase, sólo cabe el inmovilismo, es decir, el fracaso.

Querer desde el Gobierno resolver los problemas, todos los problemas, monopolizar todas las soluciones, ser toda la Sociedad, es querer algo imposible. Hubiera sido posible todavía en la sociedad del pasado, pero no en la compleja sociedad moderna, y menos aún en la del porvenir.

Además, el Gobierno de un país no puede resolver solo todos y cada uno de los problemas. Ni los problemas de cada Región o de cada Municipio ni los problemas del mundo laboral, ni los problemas religiosos, ni los problemas de la Enseñanza, pueden ser resueltos sólo por un Estado-Providencia. Son necesarias estructuras específicas que ayuden a resolver estas cuestiones con la participación de todos.

El hombre moderno ya no acepta el bienestar regalado. Se rebela contra el orden preestablecido, contra la sociedad del bienestar, protesta enérgicamente porque quiere, de manera confusa pero vivamente, actuar y participar. Quiere gobernar también su destino colectivo, siente su vocación social y no admite que el Estado le limite a una postura pasiva. Tampoco admite que el Estado, con el pretexto de gobernar mejor niegue a sectores amplios de la sociedad el derecho de intervenir en la cosa pública.

Por eso es preciso dar al hombre, a la sociedad, una mecánica con la cual pueda participar e intervenir y con la que resuelva los problemas y una estructura general flexible, más estable, permanente que corresponda a las necesidades de cambio permanentes de la sociedad.

La segunda consecuencia del envejecimiento de un sistema puede ser la soledad, a la que se llega si no se sabe comprometer a las fuerzas vivas y constructivas del país en una tarea común de construcción, si se emplea la táctica del «divide y vencerás» —que es una táctica de guerra y no de paz— y se considera toda fuerza social como un mal, como fuente de desorden cuando son en verdad fuente de riqueza política.

Es precisamente y especialmente esto lo que el carlismo puede aportar al país: soluciones. Soluciones de estructuras de libertad, que permitan canalizar las fuerzas activas de la sociedad sin perder la necesaria autoridad del Estado. Debemos, pues, ayudar a crear estas nuevas estructuras, y a esa tarea nos aprestamos con entusiasmo.

Cuando algunos agoreros, incluso desde altos cargos públicos, lanzan gritos de alarma y siembran en nuestra Patria el pesimismo, os digo con confianza: «¡Adelante!».

Adelante en la conquista de las grandes libertades sociales. El Carlismo, en vanguardia con todo el pueblo español, puede y debe aportar su fuerza y riqueza política y social en la creación de estas nuevas estructuras que deben ser recogidas en la legislación.

Adelante en la consecución de una nueva legislación sindical que permita unos Sindicato auténticos y representativos, verdadera estructura del mundo laboral.

Adelante en la conquista de una legislación municipal y regional que respete las libertades y Fueros regionales, estructura de una administración moderna y descentralizada.

Adelante en la consecución de una Universidad viva y auténtica, al margen de presiones estatales, campo de verdadera formación de nuestras juventudes para su participación en las tareas colectivas, y estructura del mundo del saber.

Adelante en la aplicación de las normas conciliares, obligación ineludible de un pueblo y un Gobierno confesionalmente católicos y para los que la Iglesia Romano es su estructura religiosa.

Si éstas y las demás estructuras son libres y ajenas a las presiones estatales; si gozan de libertades verdaderamente democráticas para cumplir su doble fin de aportar soluciones y hacer participar a todo el pueblo en estas soluciones; si son libres en el campo de su responsabilidad y limitadas a su propio campo, si no se toleran que las presiones de los grupos políticos o económicos vengan a interferir y romper la evolución social profundamente democrática, entonces, sólo entonces, será posible la institución de la Monarquía Tradicional como firme sostén y garantía de esas libertades sociales.

Nosotros queremos una Monarquía cuyo trono sean las grandes estructuras humanas de libertad y representación. Una Monarquía que sea coronación del edificio de las libertades sociales y populares cuya garantía representa.

Y a esta empresa estamos consagrados, comprometiendo en ella nuestro futuro. La Monarquía será la de las libertades y tendrá como apoyo vuestra lealtad y vuestro concurso, o no habrá Monarquía.

Hoy, con confianza y optimismo, desde esa Plaza de los Fueros, símbolo de las libertades nacionales, el Carlismo puede anunciar que no están lejanas esas nuevas fronteras hacia las que con entusiasmo y firme confianza hemos empezado ya a caminar y de las que la Monarquía legítima, que yo represento, es garantía de continuidad.

A todos saluda y abraza, y en primer término como el primero de vosotros, al Príncipe de Asturias,

Vuestro Rey

FRANCISCO JAVIER

2 de mayo de 1968».

En nuestra portada, Doña Irene, Princesa de Asturias e Infanta de España, Doña María Teresa de Borbón Parma, saludan sonrientes, compenetradas con el pueblo carlista, modelo de abnegación y lealtad, de sacrificio y heroísmo, que les aclama fervorosamente, en Montejurra, acto que con el Vía-Crucis y discursos rememoran los muertos habidos en la Cruzada, en cada uno de los gloriosos Tercios de Requetés, que con su actuación hicieron posible la victoria y con ella los brillantes desfiles de Madrid, aunque en las tribunas haya rostros de otra Dinastía, que para sarcasmo, precisamente, fue la que luchó contra la Tradicionalista, que recae plena de méritos, virtudes y derechos, en la Real Familia Borbón Parma. Montejurra del 68 colosal, extraordinario siempre, pasó este año por la prueba, superada, de un día gris, con chaparrones, que molestaron, naturalmente, pero no restaron ilusión ni alegría a la subida, rezando en las estaciones y misa, ni actos de la tarde en Estella.

Era la segunda vez que asistía a Montejurra Doña Irene, la primera fue al cumplirse el año de su boda con Don Carlos. Doña María Teresa, por el contrario, es raro el año que no asiste, aunque ciertamente los tres últimos estuvo ausente.

Dos bellísimas representantes de la Real Familia Legítima de España que ponen en evidencia, con su dulzura y encanto y paciente sonrisa la ausencia varonil, tan incomprensiblemente obligada. Dos notas nuevas y simpáticas quisieron darnos Doña Irene y Doña María Teresa.

La primera fue comer, en la campa de Irache, mezcladas, nuestra queridas Princesa e Infanta, con las familias carlistas, que en grupos, se acomodan campestremente, en distintos lugares del monte o sus laderas.

La segunda genial idea, fue presentarse, inopinadamente, en coche descubierto, por la Plaza de los Fueros, antes de que comenzaran los discursos.

Este recorrido resultó apoteósico, pero de gran riesgo, porque era materialmente imposible avanzar, ante la multitud que rodeaba el automóvil, aclamándoles.

Montejurra 68, tuvo todavía una vinculación mayor por estos dos hechos de la Familia Real, con el pueblo, que le sigue dispuesto a no dejar que prevalezcan decisiones contrarias, al 18 de Julio y Victoria Nacional.

Victoria que fue de impulso, doctrina e historia contra el liberalismo y otros idearios perniciosos, para la grandeza de España. Bonito detalle y también inédito fue que desde una avioneta enviaran claveles para SS. AA. RR.

Parece que el Cristo de Montejurra está muy solo, sin su Madre junto a la Cruz, por ello generosos carlistas contribuirán a la talla de una imagen, que se llamará Nuestra Señora de Montejurra y recibirá todos los años, en su mes de mayo, flores de rendido homenaje y devoción, traídas de todas las regiones de la Patria.

MONTEJURRA

EXTRAORDINARIO

AÑO IV — NUMERO 37 — MAYO 1968 — 28 PESETAS

PRECIOS SUSCRIPCION ANUAL NUMEROS 25 AL 36

ESPAÑA		EXTRANJERO	
De honor	400 pts.	Portugal, Marruecos e Hispanoamérica.	475 pts.
Popular	250 pts.	Europa	600 pts.
		Resto del mundo.	700 pts.

Editor: EUGENIO ARRAIZA VILELLA

Administrador: JOSE M.ª ECHARRI LOIDI

Director: MARIA BLANCA FERRER GARCIA

Dirección y Administración:

CONDE DE RODEZNO, 1 — APARTADO 254 — PAMPLONA

Impreso en GRAFICAS NAVARRAS, S. A. (GRAFINASA) MANUEL DE FALLA, 3 — PAMPLONA — D. L. NA. 205 - 1963

PUNTUALIZANDO

MUY BIEN. MUY MAL. REGULAR TIRANDO A MAL. GLOBO SONDA CON PERFIDIA

Queremos tocar cuatro puntos actuales.

En S. P. n.º 398, venía la siguiente carta al Director que reproducimos con gran satisfacción.

HOMENAJE A FAL CONDE

Sr. Director de Revista SP:

En distintos periódicos y revistas, se viene hablando de poco tiempo a esta parte de la celebración de un homenaje a Don Manuel Fal Conde, firmante con Don Javier de Borbón Parma, de aquella histórica Orden, fechada en San Juan de Luz el 14 de julio de 1936, por la que se ordenaba a los Gloriosos Requetés se alzasen en armas con el ejército para la salvación de España.

Joven era yo en aquellas históricas fechas —11 años—, pero bien recuerdan mis oídos cómo, por doquier, se pronunciaba el nombre de Fal Conde, ocupando lugar preferente en todas las tertulias, como uno de los artífices más destacados de aquella epopeya.

Hombre que se responsabilizó con su firma, como Jefe-Delegado de la única fuerza monárquica en España, la carlista, pactando con el Ejército para emprender nada menos que una Cruzada. Hombre que supo organizar el aguerrido Requeté como fuerza de choque, y que mereció la admiración del mundo entero por su heroísmo. Hombre que, en la virulencia ofreció todo, entregándose de lleno en aras de la Victoria del 1.º de abril de 1939. Hombre que, conseguido el triunfo glorioso, no se aprovechó de nada. Hombre en definitiva, que tan eficazmente contribuyó a desterrar del suelo patrio las sectas moscovitas que nos merodeaban, bien merece el homenaje propugnado; homenaje que, a mi humilde modo de ver, debe tener carácter Nacional, pues carácter Nacional tenía la Cruzada de Liberación a la que de manera desinteresada —poco usual— tan heroicamente contribuyó.

El grito de «Viva Cristo Rey» en los labios, con el que lucharon y murieron los aguerridos Requetés en el «18 de julio», bien merece la pena tenerlo en cuenta, para homenajear a su artífice, precisamente aprovechando tal festividad religiosa, y, como ubicación más céntrica, el Cerro de los Angeles, corazón geográfico de España. — Juan Velasco Pérez. Secretario del Ayuntamiento de Herce (Logroño).

MONTEJURRA, se suma con gran emoción al acto proyectado, que consideramos de suma justicia, porque Fal Conde, es un recio caballero hispano, de ejemplar entereza, que hizo posibles el Alzamiento y con éste, volviera a ondear, gozosamente, a todos los vientos de España, la bandera legítima, la auténtica, la roja y gualda, que al verla nuevamente, era besada, con apasionados labios por los patriotas; regada con lágrimas de tantos que sufrieron, durante largos años, con el fango y sangre de la República y crueldad de la zona roja; y recibía otra vez el homenaje de las vidas ofrendadas, voluntariamente, por los mejores que morían por cuanto ella representaba.

¡Bravo por el Sr. Secretario del Ayuntamiento de Herce! Que como los riojanos de pro sabe que: amor, con amor se paga.

MONTEJURRA al proyecto que antecede dice: ¡Muy bien!

También en el mismo número y en la misma Revista, viene otra carta al Sr. Director.

ULTRACATOLICOS

Sr. Director de Revista SP:

He leído hace poco que en el segundo Congreso de Estudios Tradicionalistas, el profesor Elías de Tejada dijo literalmente: «La ruptura de la unidad católica traería consigo la muerte histórica de las Españas. Noso-

PUNTUALIZANDO...

tros afirmamos tajantemente, jurándolo sobre las tumbas de nuestros muertos, luchar hasta el postrer hálito de nuestros pechos en defensa de la unidad católica de las Españas por los medios que fuere. Nosotros proclamamos que no existe en la tierra nadie —entiéndase bien; nadie—, sea autoridad secular o sea autoridad religiosa, por elevada que esté en el pináculo del mundo, con poder bastante para obligarnos a aceptar unas normas en las que sufra menoscabo, ni aún el menos rasguño, la túnica inconsútil de la unidad católica de las Españas. Nosotros declaramos, con todas sus consecuencias, que, ante leyes así, nuestra postura es la consabida de obedecerlas por respeto, pero no cumplirlas por imperativo de un deber que va más allá de todos los respetos y de todos los acatamientos que puedan afectar a un ser humano».

A la vista de semejantes declaraciones hay que tomar una urgente decisión. Si los que se llaman tradicionalistas católicos anuncian un propósito tan poco tradicional y tan poco católico como incumplir la voluntad de la Iglesia, manifestada en un Concilio, y en ya numerosas Encíclicas papales (recordemos que el Papa es el Vicario de Cristo en la Tierra) creo que los «católicos a secas», no influenciados por extremismos políticos de ningún tipo, deberemos redoblar nuestras oraciones, ya que no solamente hay infieles fuera de la Iglesia, como hasta ahora se suponía. — Javier M. Fernández. Madrid.

Los tradicionalistas, como buenos creyentes, son defensores de la catolicidad, por sentir profundamente, que la Religión Cristiana es la verdadera y sólo se conserva auténticamente cierta, sin errores en el Catolicismo; por ello desean consecuentemente que todos los españoles e incluso los habitantes del mundo entero, posean la verdad, profesando la Religión Católica.

Como Comunión Española, en el orden político, quieren ese bien, inconmensurable, para todos los compatriotas. ¡Ojalá, con completa y absoluta unidad!

Ahora bien los tradicionalistas, sépalo claramente, Sr. D. Javier M. Fernández, creen en la gracia de estado y por ello obedecen incondicionalmente al Rey, autoridad regular y más aún la del Santo Padre, que no sólamente tiene gracia de estado sino asistencia especial del Espíritu Santo, en todo momento, tanto más cuando habla «ex cátedra».

El Papa, Vicario de Cristo en la Tierra y el Rey, jerarquía máxima de la Nación, son queridos amados y gustosamente servidos, por cuanto no cabe decir balandronadas, de tipo herético, como las del Profesor Sr. Tejada.

El tradicionalista, el carlista, está siempre con el Rey y el Santo Padre, sin discusión. No lo dude Sr. Tejada.

Es claro que el Rey y el Sumo Pontífice desearían que España sea auténtica y únicamente católica.

Pero recuerde, el fariseo no hacía oración perfecta, por mucha ley escrita que llevara, en las filacterias y golpes de pecho que se atizara. Católicos con humildad, eficacia, verdad y obediencia... en la ley y más en la práctica; mejor quizá con la rudeza y sinceridad del publicano; oratoria sin frases categóricas de palabras que rebosen orgullo y rebeldía... con discreción, lejos de temibles escándalos. Sr. D. Elías Tejada, proclamamos los tradicionalista, «entiéndase bien» que estamos siempre con la autoridad del Rey y sobre todo la religiosa en materia docente y discente, con el Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, sobre el cual, el Señor, edificó la Iglesia Católica.

¡Muy mal! Sr. Tejada deje usted las arrogancias y el reto «a la autoridad por elevada que esté en el pináculo».

Si usted fue y es tradicionalista, apoyó a un Rey, que antes de serlo, luchó bravamente, para defender el poder temporal, los Estados Pontificios.

Como zuavo, de soldado primero y luego tras sucesivos ascensos llegó al grado de alférez, defendiendo la puerta Pía de Roma. D. Alfonso Carlos, se distinguió extraordinariamente por su valor. Pío IX dio la orden de que cesara la lucha para evitar mayores males. Desde entonces los católicos consideraron al Santo Padre, como prisionero, hasta el Tratado de Letrán, firmado por Pío XI y Mussolini, que consiguió la libertad territorial, con la Ciudad del Vaticano, Estado mínimo, es cierto, pero auténtico.

Mas aquello que todos los fieles consideraron una pérdida irreparable, los años siguientes, demostraron era un bien evidente, para la Iglesia.

Resultaba una pesada carga para el Papa, mantener ejército, nombrar cargos públicos, de jurisdición terrena y ocuparse del poder temporal, que por acertado que fuera en su gobierno, restaba tiempo, enmascarando, la pureza doctrinal en la dirección de las almas, con afanes mutables.

¿Qué católico sensato pediría hoy que se devolviera a la Iglesia los Estados Pontificios?

Los hombres somos tan de cortos alcances, que males aparentes, para nosotros, Dios puede convertirlos, en corto plazo, en grandes bienes.

Fe, amor y profundo respeto al Vicario de Cristo en la Tierra.

¡Muy mal!

REGULAR TIRANDO A MAL

Hemos parado en Lerma, para contemplar una vez más las obras acertadísimas, que realiza la Dirección General de Arquitectura, restaurando edificios, plazas, convento y colegiata de Santa Clara, murallas etc...

Nuestra intención, con todo, era visitar la tumba del gran general carlista, Jerónimo Merino, sacerdote ejemplar, y guerrillero extraordinario, tumba que se ha levantado, junto a la Colegiata, recientemente.

En Lerma se hicieron actos, en su honor y recuerdo. En Madrid, se han dado, que sepamos, dos conferencias brillantes. Nuestro queridísimo amigo D. José María Codón, es el alma y vida de todo este movimiento pro Merino.

Leimos el epitafio y nada dice el texto latino, de su carlismo ni lealtad al Rey Legítimo. Sabemos que se produjeron discursos en el solemne acto en Lerma, pero a nuestro entender cortos, por no decir nulos, en alabanzas de su esencial sentir carlista.

Fue un guerrillero indomable, contra el francés, en la Guerra de la Independencia; de forma asombrosa dirigió victoriosamente a sus tropas en 58 batallas dadas en cuatro años y medio. Las huestes de Napoleón mordieron el polvo de la derrota, otras tantas veces. Con soldados de Infantería y Husares, inflingió tales destrozos (22.000 bajas, 12.000 prisioneros etc., etc.), que se hizo acreedor a la Cruz Laureada de San Fernando.

Como español íntegro, católico y tradicional, luchó esforzadamente contra la ocupación francesa.

Ahora bien, se ha escrito y dicho nada menos que por Franco, que de poco sirvió vencer con las armas a los franceses, si luego la enciclopedia y cultura afrancesada, las ideas de la revolución y doctrinas hispanófobas, penetraban con publicaciones y libros disolventes produciendo una monarquía liberal de corte europeo decadente, palaciego, clasista y descreída.

Este famoso guerrillero carlista de dimensión histórica descomunal, después de la guerra de la Independencia, volvió a ejercer su labor apostólica de párroco en Villoviado; pero al ver que la España, que surgía no era por la que luchó y triunfaba la monarquía liberal ilegítima, volvió a saltar, como una pantera indomable por la Causa de Don Carlos, que representaba y sigue representando, en sus sucesores, la legítima España.

Esta era su verdadera personalidad, este era su contenido ideológico.

El abrazo de Vergara, el engaño y traición máxima, le hizo marchar exilado voluntario a Francia, prefiriendo vivir en la Nación francesa. ¡Curiosa paradoja de aparente contradición! antes que vivir en una España afrancesada y bastarda.

Renunció al título de Teniente General, que se le ofreció, porque él no soñaba con vanidades y triunfos personales, sino que luchaba por un pueblo español renacido, libre de engaños extranjeros e ideas nocivas. Cerca de su Rey, aunque también fuera de su Patria ¡así es la lealtad carlista! retornó a la vida religiosa, de capellán de monjas, muriendo en Alençon.

Toda vida debe señalar una moralèja, siendo sobresaliente la que nos da un coloso de la magnitud de D. Jerónimo Merino, castellano, digno sucesor del Cid Campeador.

Bien que se celebren ahora actos en su honor, pero el actual momento pudiera tener una peligrosa similitud.

Después de la Cruzada, si se habla de Merino, que se hable claro y fuerte, que se diga su carlismo, lealtad y verdad.

No podemos, después de vencer a todos los enemigos de España, en el 36 y antes en las Guerras Carlistas: liberales, marxistas, comunistas, separatistas, republicanos, anarquistas, etc., etc., volver a la Monarquía Liberal sino a la auténtica, a la que defendió Merino que abraza a todos los españoles, como compatriotas y hermanos en Cristo y no con traiciones, como en Vergara.

Hubo beso deicida con que se vendió a Cristo. No pueden repetirse abrazos ni debilidades que vendan la integridad y autenticidad de la Patria.

Regular, tirando a mal.

GLOBO SONDA, CON PERFIDIA

En una revista española, de cuyo nombre no queremos acordarnos, aunque no hace muchas líneas este escrito, al relatar el magnífico acto de Montejurra de este año 68, decía al final de su crónica:

Relacionado con los incidentes a flor de piel y con estas disputas ideológicas, por Pamplona y en los círculos políticos ha empezado a correr la voz de que la celebración de Montejurra-68 quizá sea la última.

Totalmente falso, nadie dice tal cosa en Pamplona; que lo deseen los contrarios al Carlismo, los partidarios de una seudomonarquía no nos sorprende.

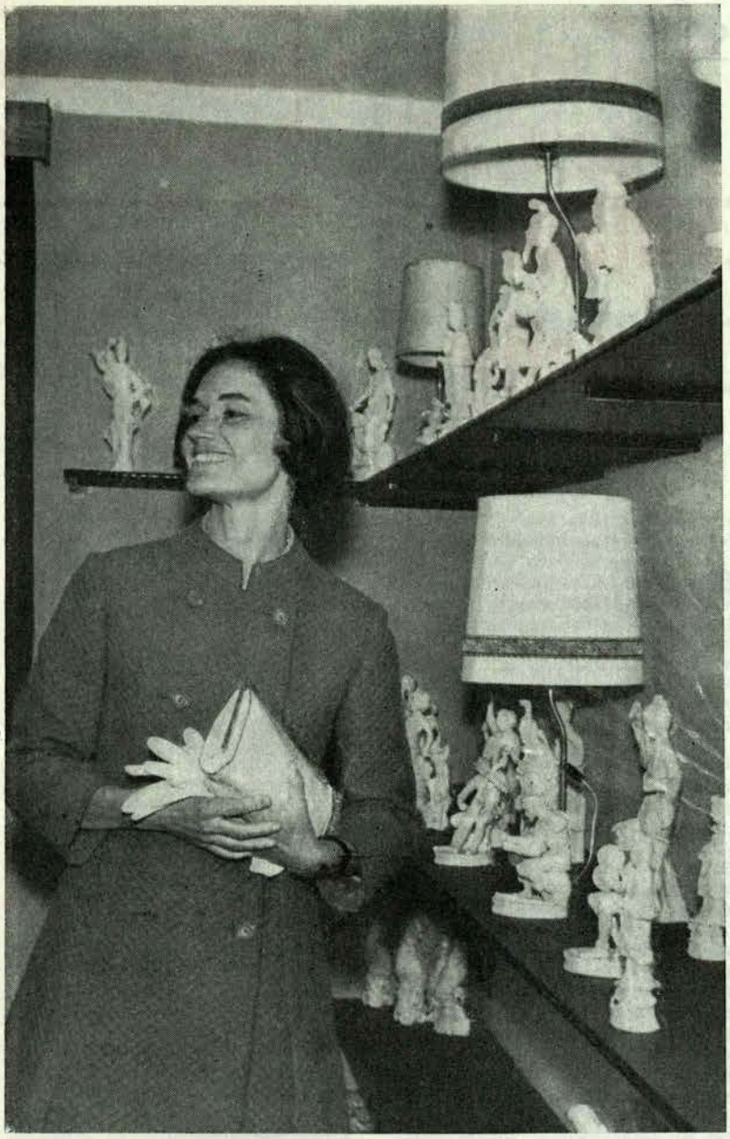
Pero rechazamos la coacción maléfica, la perversa intención, instigando a las autoridades, al Gobierno.

Todo por unos incidentes, sin alcance ni volumen, que no fueron reconocidos por la enorme mayoría de miles de asistentes.

¿Qué concentración, libre, en pleno campo y monte, que no sea la Carlista, puede dar un ejemplo de mayor orden, de más extraña y completa euforia e identidad en afanes y pensamientos?

¡Y conste que el Carlismo tiene sobrados motivos para quejarse! Pero el Carlismo es la Patria auténtica, con variedades regionales unidas en un amor a España y a la ejemplar Real Familia Borbón Parma.

El año 69 D. M. habrá Montejurra mayor que el 68... y ¡Dios nos libre de que no lo haya! por que constituiría un signo fatal para la seguridad de la Nación.



Doña María Teresa en Avila, en la tierra de su Santa Patrona

Los carlistas, en Madrid, solemos acudir al centro del Marqués de Valdeiglesias. En el nomenclator madrileño, para llegar, de este lugar a la Plaza del Rey, es preciso pasar por la calle de Infantas.

Esta realidad municipal, la están convirtiendo en viva autenticidad las Infantas Borbón-Parma y, especialmente, Doña María Teresa, con su incansable actividad por todo el ámbito nacional.

«Para llegar al Rey, hay que pasar por las Infantas».

Continuando su ya apretado programa de visitas a las provincias españolas, la Infanta Doña María Teresa visitó Avila el domingo.

Fue recibida en el límite de la provincia por un nutrido grupo de amigos y simpatizantes, entre los que se encontraban el Jefe Provincial de la Comunión Tradicionalista en funciones, Presidente del Círculo Vázquez de Mella, Delegado de la Organización Juvenil Española, etc., etc.

En primer lugar se dirigió a Cebreros, a cuya entrada fue recibida por el Ayuntamiento, su Alcalde y demás autoridades locales, iniciando un recorrido a pie por el pueblo donde tuvo ocasión de visitar la Cooperativa Vinícola y la Cerámica, donde admiró las delicadas obras que se ejecutan, siendo obsequiada con unas figurillas de las que se encontraban en exposición.

Seguidamente el señor Alcalde ofreció a la Infanta un vino de honor al que asistieron las autoridades.

La Infanta fue despedida con el mismo ceremonial que a su llegada.

Ya en Avila fue recibida por un nutrido grupo de amigos y una niña le ofreció un ramo de flores compuesto por rosas y margaritas. A continuación visitó el edificio de la Audiencia, pasando seguidamente a los locales del Círculo Cultural Vázquez de Mella, donde saludó uno por uno a todos cuantos se hallaban presentes, imponiendo en un emotivo y sencillo acto la medalla a la Lealtad de los Requetés en la Cruzada al Jefe del Requeté y al Jefe de intendencia.

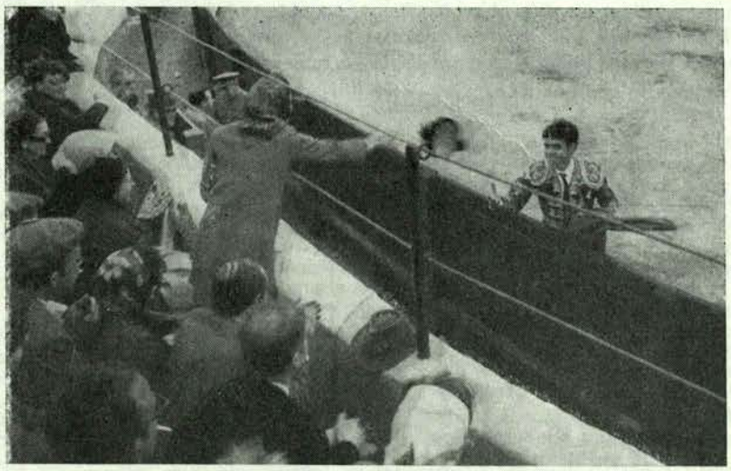
En un céntrico restaurante le fue ofrecido un almuerzo y a continuación la Infanta y sus acompañantes pasaron al Casino, donde fueron recibidos por su Presidente, el Juez Sr. del Ojo, permaneciendo unos momentos en los locales, donde fueron obsequiados.

A las cinco de la tarde, invitada por la empresa taurina, que la recibió a la entrada, la Infanta asistió a una novillada en lugar preferente adornado por los capotes de paseo de los diestros, José María Membrives, Paco Asensio y Rafael Chinarro, cada uno de los cuales le brindó la muerte de uno de los novillos. Al finalizar el festejo, la Infanta, en el centro de la plaza, hizo entrega, entre los aplausos del público, de la

Oreja de Oro al novillero José María Membrives, pasando seguidamente a la enfermería a visitar a Paco Asencio, que sufrió un percance durante la lidia del tercer todo.

A las siete, en la iglesia de Santa Teresa, Doña María Teresa oyó la Santa Misa, ocupando un sitial preferente. Después, acompañada de varios miembros de la Comunidad oró en la Capilla sita en el lugar donde nació la Santa Reformadora.

A la salida de la Iglesia y ante una gran multitud que la rodeaba, la Infanta inició su viaje de regreso a Madrid.



Doña María Teresa asistió, como invitada de honor, a una novillada puntera. Los tres matadores brindaron sus toros a la Infanta y al final de la corrida ella misma entregó la oreja de oro al triunfador de la tarde, José María Membrives, como premio a su valor y arte.

Pedro Aramburu habla sobre nuestras regiones

Comprensión y optimismo ante la variedad de España

"Hay que respetar la personalidad de los diversos pueblos de la Península".

Pedro Aramburu, economista y director de empresa, es un hombre de treinta y ocho años, padre de cinco hijos y desde hace bastante tiempo vive en Madrid. Ello no ha sido obstáculo para que todos sus hijos hablen perfectamente el vascuence.

Cursó estudios en San Sebastián, donde se graduó. Mantiene una intensa actividad intelectual en asociaciones católicas y está conectado con los medios culturales de la capital y del país vasco-navarro.

Ha pronunciado muchas conferencias, en la mayoría de las cuales el tema principal ha sido el regionalismo. La objetividad, sensatez y erudición con que trata sus exposiciones le ha convertido en un especialista de este difícil y siempre espinoso tema.

Veamos lo que nos dice.

—El problema regional interesa en nuestro país. Está en la calle. Se habla de la Europa de las Patrias, del conflicto entre valones y flamencos, de la reestructuración regional italiana, de un país centralista como ha sido la Alemania nazi se pasa ahora a una Alemania federal, se habla de los bretones y de los tiroleses, el Canadá se enfrenta ante un problema lingüístico. Ahora bien, ¿cree usted que el problema regional existe en España?

—Sí. No será con las características de los países que usted me cita, pero está en la mente de todos que existe con sus propias peculiaridades. Como ejemplo le puedo citar los comentarios que ha suscitado el caso Joan Manuel Serrat. Por otro lado, también le puedo citar las peticiones que se han hecho para la celebración de la misa en gallego y la petición de la enseñanza del euskera en las escuelas de Guipúzcoa y Navarra.

—¿Está usted convencido de que el regionalismo ha sido bien entendido?

—Creo sinceramente que no ha sido entendido ni bien ni mal. Simplemente es algo que muy pocos se han molestado en estudiar y desentrañar. Ha habido muchos periódicos en los últimos cien años en que hablar de regionalismo bastaba para ser «clasificado» como separatista. La solución al problema era sofocarlo... Después, volvería a plantearse, como todo problema vital que queda silenciado momentáneamente. Ha faltado la humildad suficiente para plantearse en serio el problema y tratar de buscar una solución justa.

—¿Descentralización es sinónimo de regionalismo?

—Hay mucha gente buena, de altura, que cuando se plantea el problema piensa o cree que la solución es una amplia descentralización administrativa. Están equivocados. La causa de las tensiones no es de orden económico ni administrativo exclusivamente. Es mucho más hondo, y si no se descubre su profundidad seguirá sin resolverse. Hay que respetar la personalidad de los diversos pueblos de la Península, fomentar su lengua, sus usos, su propia mentalidad y, en definitiva, su propia cultura. Y, además, tratar de corregir las equivocaciones que históricamente se han producido. Con todo ello, la descentralización es una parte del programa regionalista.

—Entonces de qué se trata, ¿de pagar menos a la Administración Central?

—Me parece que quien reciba más de la «tarta nacional» debe pagar más. Aunque esto suponga una previa crítica del presupuesto. No, no se trata de pagar menos ni de vivir a costa de los demás. Se trata de contribuir con lo justo.

—¿Quién ha creado el separatismo?

—Ha sido una reacción frente al centralismo, al que unas minorías en su etapa inicial supieron darle contenido aprovechando el error en que incurrió el centralismo. La historia del siglo XIX lo confirma.

—Usted, como conocedor del pueblo vasco, ¿podría decirme si en realidad existe el llamado problema vasco?

—No le contesto a usted directamente. Ya juzgará. Las peticiones incesantes para el reconocimiento oficial de la enseñanza del vascuence, en el que se unen vascos de variadas tendencias, la petición de una Universidad, la legalización de las escuelas infantiles —«ikastolas»—, la restitución de los fueros y la de la representatividad en las instituciones tradicionales. Todo esto son hechos que se han producido.

—Bueno; pero creo que ahora estos problemas ya se están solucionando.

—Sí, pero abriendo cátedras de vascuence en Salamanca..., cuando la necesidad vital está en las escuelas primarias del País Vasco, donde el retroceso del euskera es notorio.

—¿El regionalista es separatista?

—No. Aunque es verdad que, bajo el calificativo de separatista, aplicado muchas veces peyorativamente, hay multitud de matices. Sucede un poco como cuando se acusa, por parte de algunos, de comunista o marxista a todo aquel que pide aumento de sueldo.

—¿Qué opina sobre el bilingüismo?

—A pesar de que mi opinión tendrá detractores por ambos lados, creo que el bilingüismo es una solución. No se puede expresar mejor los sentimientos del corazón más que con el lenguaje materno. La misa en vasco, como supongo que sucederá en otros idiomas peninsulares, llega al corazón de los asistentes. Así, pues, hay una lengua regional y otra, que es la castellana, que nos permite vivir unidos.

—Finalmente, ¿es usted optimista respecto a la solución de estos problemas?

—Me parece observar una mejor disposición y una mayor comprensión ante este importante problema español. Parece haberse iniciado el diálogo, y Dios quiera que continúe. Ante ello, prefiero ser optimista.

José Carlos CLEMENTE

De «El Alcazar» 6-III-68.

DON RAIMU
SOBRE LA R

Don Raimundo de Miguel López, abogado del Estado y presidente del Consejo particular de don Javier de Borbón Parma, es uno de los preclaros teóricos del tradicionalismo español.

Nació hace cincuenta y un años en Torrelavega (Santander) y estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid, donde también realizó el doctorado. Es abogado del Estado desde 1943 y ha escrito varios libros sobre algunos aspectos de la ciencia política, entre los que destacan «El filósofo Rancio: sus ideas políticas y las de su tiempo» y «La legitimidad».

Me recibe en su domicilio privado de la calle de Serrano y le propongo hablar sobre la representación política. Acepta y empezamos el diálogo.

—¿Qué problemas presenta la representación política?

—Es éste un punto neurálgico para cualquier solución seria que se intente de las cuestiones políticas; pero es difícil de resumir y vulgarizar. Voy a intentarlo.

La idea de representación lleva implícita la de la existencia de dos personas: una, representada ante otra. Los carlistas entendemos que es el pueblo, la sociedad, la que ha de estar representada ante el Poder. A éste le corresponde la facultad de dirección de aquélla en el orden político; la sociedad tiene el derecho de «representar» sus necesidades para que sean auténticamente conocidas y resueltas.

La confusión entre estas dos esferas es el error del totalitarismo y de la democracia. Cuando toda la actividad social está regulada por el Estado, sobre la representación por desaparición de su objeto. Cuando la representación es forma de acceso al Poder, se desvirtúa su sentido y se convierte en instrumento de conquista del Gobierno; una vez alcanzado éste, estamos, por paradoja, en el supuesto anterior.

En los dos casos desaparece la auténtica representación: en uno por monólogo inicial; en otro por

NDO DE MIGUEL HABLA EPRESENTACION POLITICA

Soy partidario de la representatividad total de los Ayuntamientos y Diputaciones

identificación de las personas dialogantes. Así, cuando se dice al pueblo que él es soberano, se está tendiendo una cortina de humo del engaño, para oprimirle mejor, porque en esa falsa confianza, nadie toma precauciones contra uno mismo, como agudamente dice Bertrand de Jouvenel.

En efecto, por mucha democracia que quiera echarse a la cosa, siempre nos encontramos con una realidad insuperable: la distinción de personas y situaciones, entre gobernantes y gobernados, tan radical y permanente que en ella han visto, gentes tan dispares como Sorel y Schmit, la nota característica del Estado. Y en política, no puede hacerse abstracción de los hechos, por muy bonita que nos parezca la especulación.

Esta diferenciación de personas responde a una dualidad de soberanías: la soberanía política (el Estado) y la soberanía social (el pueblo), que es el constitutivo de la clarividente formulación del «sociedalismo», de Vázquez de Mella. Son ámbitos de competencias infranqueables, garantía de la verdadera libertad. Como aquél decía, cuando el Estado invade la Sociedad, surge la tiranía: cuando sucede a la inversa, la anarquía.

Solamente la representación, entendida bajo el concepto expuesto, es la fórmula posible de diálogo fecundo, entre el Poder y la sociedad.

—¿Es usted partidario de la total representatividad de los Ayuntamientos y Diputaciones.

—Es una consecuencia obligada de lo dicho y del principio de subsidiariedad: el aspecto local o territorial de la actividad social debe gozar de plena autonomía en orden a sus fines propios.

Aquí soy más breve, por lo mucho que me he alargado necesariamente en la respuesta anterior.

—Se habla de la reorganización de las Cortes. ¿En qué sentido la realizaría?

—Las Cortes deben obedecer al esquema doctrinal expuesto, auténticamente y sinceramente construido.

Deben ser la expresión de la preocupación social de los entes inferiores al Estado, ante éste. Hay otra razón a las ya apuntadas para ello. Como dice muy bien Alvaro d'Ors, las ideas son irrepresentables, porque expresan una intimidad personal intransferible, de la misma manera que no son representables ciertos derechos de carácter personalísimo. Esto es casi elemental para un jurista. Los intereses son los únicos susceptibles de representación.

Quisiera hacer dos matizaciones, respecto a la representación social. Una, que no se excluye el que la propia Administración pueda y deba estar representada en las Cortes, como expresión de una actividad social. Así, por ejemplo, el Ejército, la Diplomacia, etcétera, institucionalizan intereses elevados y permanentes de la sociedad. Pero fuera de este orden y con su carácter declarado propio, se mixtifica la representación social cuando se la hace recaer en personas que ostentan cargos relacionados con el Gobierno. Por eso, en las antiguas Cortes españolas se establecía la incompatibilidad.

Otra, que han de ser tenidas en cuenta las autorizadas manifestaciones de la opinión pública. Como ya me estoy extendiendo demasiado, sólo quiero recordar que don Javier de Borbón Parma, en su Declaración de 3 de octubre de 1966, con motivo del Referéndum y hablando de las Cortes, decía: «...hoy es preciso abrir un tercer cauce a la opinión pública, que no es título de poder, pero sí es título de representación, por ser indispensable a toda sociedad sana, para la alta orientación de la política nacional».

—Y para terminar, ¿cómo enjuicia usted la labor del grupo de procuradores en Cortes independientes?

—Que es la confrontación real de lo que venimos diciendo. Que no es necesario el conducto obligado del partido político, para que se dé una intervención beneficiosa y directa de los representantes de la Sociedad, en la tarea de gobierno del país. Estos hombres pertenecen a distintos credos políticos o no lo tienen muy determinado algunos; pero eso no es obstáculo para que cultiven el denominador común de la conciencia de los deberes de su cargo, de colectores de la opinión pública, del sentido de responsabilidad de sus funciones. No van a hacer política (en sentido peyorativo y vulgar), sino a ayudar a hacer política, en trabajo de colaboración al bien común.

Es un espíritu vivificante y constructivo (que como decía Zubiaur, no consiste en decir amén, sino en lo que honradamente se cree) que sería una verdadera desdicha el que no fuese comprendido y aprovechado. Porque es la gran ocasión de renovación y perfeccionamiento; de «autenticidad» (como ahora se dice tanto) sin riesgos graves y con ventajas exidentes, de las que no se ofrecen muchas.

José C. CLEMENTE

«El Alcazar» 19-III-68.

Encuentro con Pedro José Zabala

El gran temor de la derecha es tener enfrente a una potente organización sindical capaz de presentarle batalla.

La cuestión sindical es quizá la más grave que tenemos planteada los españoles.

De paso por Madrid, me he encontrado con el destacado intelectual riojano, afincado en Zaragoza.

Pedro José Zabala nació hace treinta y tres años en Logroño. Se licenció en Derecho por la Universidad de Zaragoza y en la actualidad dirige un curso de promoción social en las Hermandades del Trabajo de la capital aragonesa. Es presidente nacional del Círculo XXIII, entidad dedicada al estudio y difusión de la doctrina social cristiana.

Entramos rápidamente en materia y tocamos uno de los puntos en que Zabala es un especialista: el sindicalismo.

—Usted, como estudioso del sindicalismo, ¿cómo ve el actual panorama del sindicalismo español?

—Presidido por la expectativa de la futura ley, exigida por las reformas introducidas por la ley Orgánica en el Fuero del Trabajo. Esta expectativa supone un paréntesis abierto a la esperanza o a la desilusión, pues no cabe dudar de la existencia de una fuerte corriente de opinión entre las masas trabajadoras españolas que exigen la reforma de la Organización Sindical.

—¿Y qué alcance tienen, según su opinión, estas reformas introducidas en la ley Orgánica respecto al sindicalismo?

—Principalmente, dos: El abandono de la consideración del sindicalismo como un instrumento del Estado y la superación de la verticalidad como exigencia programática de integración, indiscriminada jurídicamente, de empresarios y trabajadores en un solo órgano representativo.

—Algunos sectores del país han sido consultados y han opinado sobre la reforma de la Organización Sindical. Según su criterio, ¿cuál de ellos destaca por su indudable interés?

—Conozco las respuestas, aparecidas en la Prensa, que varias secciones sociales de Sindicatos dieron a la consulta-informe abierta con este fin por el ministro Solís. La revista «Indice» publicó una separata, elaborada por un grupo de sindicalistas proponiendo orientaciones a la futura ley Sindical. Por último, conozco un proyecto de ley Sindical mucho más sistemático y práctico, elaborado por la sección obrera del Círculo Cultural Vázquez de Mella, de Zaragoza, que fue objeto de secuestro administrativo por la Delegación de Información y Turismo de esa provincia, pero que fue levantado posteriormente por el Tribunal de Orden Público.

—¿Cuáles son las bases fundamentales de este último proyecto?

PROYECTO

—Coincidiendo en espíritu con los anteriores, este mencionado proyecto basaba la reforma sindical en los siguiente principios:

1. Unidad sindical, por entender que siendo la base de sindicación profesional y no ideológica, a cada rama de la producción debe corresponder un solo Sindicato.

2. Democracia sindical, que supondría la total desaparición de la línea política, sustituida por la representatividad de los mandos sindicales, elegidos de abajo a arriba. Asimismo, requiere una estructura federalista de la Organización Sindical.

3. Independencia, frente al Estado, el Movimiento, grupos políticos o entidades religiosas. Es decir, reconocimiento pleno de la mayoría de edad del sindicalismo, que sólo estaría sujeto a las limitaciones generales exigidas por el bien común.

4. Horizontalidad sindical, o sea, la diferenciación jurídica clara entre los órganos representativos del capital y los que sirven a los trabajadores. Imponer la verticalidad antes de superar la estructura capitalista de la empresa equivale a reducir a la impotencia a la representación obrera.

5. Y órgano de representación política en los entes territoriales, en las Cortes y en los órganos de planificación económica. Esta base se encuentra ya recogida en la legislación positiva, pero lógicamente hecha la reforma sindical cobrará toda su virtualidad.

—Se ha esgrimido en contra de la unidad sindical el argumento de que va en contra de una verdadera democracia. ¿Qué opina sobre esto?

—Conozco el argumento, muy utilizado desde la derecha, ante la perspectiva de la reforma sindical. Su gran temor, teniendo en sus manos poder económico y casi todos los accesos al poder político, es tener enfrente a una potente Organización Sindical, capaz de presentarle la batalla. De ahí su intento de fraccionar el sindicalismo. Sin embargo, hasta la fecha no hemos visto que se pida pluralidad de colegiación corporativa para las profesiones liberales.

—Y para finalizar, ¿es usted optimista ante esta nueva ley?

—Si se mantiene la unidad sindical y se logra la plena representatividad, creo que podemos ser optimistas. La cuestión sindical es quizá la más grave que tenemos planteada los españoles. Aparte de su problema estructural, existe una cuestión de confianza personal: que la Organización Sindical deje de ser un instrumento «para» los trabajadores y se convierta en «de» los trabajadores.

José Carlos CLEMENTE

«El Alcazar» 16-III-1968.

Con Montejurra al fondo

¿Quién dijo miedo? Tampoco prisa, por supuesto

En el n.º 230 de la revista «Indice», publica el Sr Fernández Figueroa un artículo, breve e ininteligible a ratos, que despertó, por distintas razones, una cierta curiosidad en los medios politizados del País. Lleva por título «Miedo monárquico». He de confesar que su lectura me ha decepcionado totalmente. No he hallado en él ni lógica, ni ingenio, ni dureza. Es decir, nada de aquello que suele exigirse a lo que viene debajo de un enunciado tan «comprometido».

El planteamiento que hace el Sr. Fernández Figueroa es simplista en extremo: Existen en el País unos monárquicos que tienen prisa por traer la Monarquía, porque si el País reacciona no va a dejarles consumar su intento, con lo cual aquellos monárquicos no podrán asegurar «su negocio». Con tal de asegurarlo dichos señores no vacilan en jugar con la paz futura de todos nosotros, paz que para el Sr. Fernández Figueroa está, indisolublemente, vinculada a «la República». En consecuencia, «vivamos prevenidos».

Sí, vivamos prevenidos. Descuide el ilustre articulista, ya lo estamos. Lo estábamos, por cierto, mucho antes de que el Sr. García Luengo hallara la piedra filosofal, esa República futura que garantiza, según pretende hacernos creer «Indice», nuestro futuro bienestar.

Pero señores, por Dios, un poco de seriedad. ¿Creen Vds. que podemos presentarnos, hoy, ante el País, con verdades «a medias tintas»? Yo no sé si el País aceptaría o no de buen grado la mixtificación o el amañamiento de «la democracia del Sr. Fernández Figueroa», pero lo que resulta evidente es que ya no se acepta hoy una mixtificación de la verdad, en los planteamientos políticos básicos. Porque el planteamiento monárquico que ha hecho el Sr. Fernández Figueroa equivale, ciertamente, a una mixtificación de la verdad, es decir a una verdad «a medias tintas», a una mentira, en suma.

¿O es que cree, de buena fé, el Sr. Fernández Figueroa que la opción Monarquía-República, sólo se halla establecida entre esta última forma de gobierno y esa seudomonarquía que él califica de «bursátil y erótica», que despierta las «iras» de las clases económicamente menos favorecidas y cuyos partidarios dominan, a placer, los medios de información y propaganda, desde los cuales muestran la prisa que tienen en ver instaurado el sistema que asegura «su negocio»?...

Yo no sé si el Sr. Fernández Figueroa habrá hecho algo, por su parte, para procurarse el mayor número de referencias posibles del Montejurra 1968. Del número de asistentes, de la condición social de los mismos, de lo que allí se dijo y se trató. Si lo ha hecho me gustaría conocer su opinión, porque fuere cual fuere desbarataría, forzosamente, la argumentación simplista y falsa de «Miedo monárquico». Aunque mucho nos tememos que no haya hecho nada, por su parte, para ello, que desconozca esa altura de miras, esa generosidad, con las cuales el Carlismo se dirigió a todos en ese Montejurra 1968. Y decimos que lo tememos porque el Carlismo no nació, precisamente, el día 5 de mayo de 1968, pese a lo cual el Sr. Fernández Figueroa ha querido ignorarlo, premeditada y tenazmente, en el artículo cuyo comentario nos ocupa.

Porque vamos a ver, ¿es o no es cierto que el Carlismo se nutre, en un noventa y nueve por ciento de gente humilde, de gente pobre, de pueblo pobre, «sano e idealista», como dijo Goñi en Montejurra? ¿Hay quien pueda afirmar que la lealtad carlista es de signo «bursátil y erótico? ¿Podría decirnos el Sr. Fernández Figueroa cuáles son los periódicos que controlamos los carlistas, los grupos de presión efectiva y prepotentes que están en nuestras manos? Si actualmente existen en España, Sr. Fernández Figueroa, ciertos indicios que permiten hacer temer la implantación de una seudomonarquía antipopular y retrógrada señale Vd. sin que le tiemble el dedo al señalar, no eche las culpas a la Institución nobilísima a la que España tanto debe, apunte Vd. hacia las esferas del Poder y analice las circunstancias socio-políticas que nos hayan deparado aquel peligro. Hable Vd. de príncipes concretos, y señale los intereses a los que se hallan vinculados, pero no se escude detrás de un planteamiento simplista del problema que, como dije antes, por ser incompleto, resultará, siempre, falso.

Y visto el tema en su exacta complejidad, no tenga Vd. reparo, en dar a la exposición todas las matizaciones que el caso requiere. Así, por ejemplo, no se le ocultará a tan perspicaz observador político que los carlistas no tenemos prisa en resolver la cuestión. Porque son tan evidentes los defectos e inconvenientes que atribuye el Sr. Fernández Figueroa a la seudomonarquía alfonsina, que la conciencia responsable del País, evoluciona cada día de una forma más acusada hacia nuestras soluciones. Tener prisa sería tanto como aceptar batalla en un terreno elegido por el adversario.

Finalmente, Sr. mío, no se deje Vd. llevar por las fobias partidistas. Nadie puede leer en el futuro, pero hasta el momento presente resulta innegable, a la luz de la Historia, que la paz va unida al concepto monárquico, tanto como la evocación de la anarquía y el caos nos traen a la memoria las realidades republicanas.

Afirmar que la inmensa mayoría del País siente en republicano es un error craso, un error de hecho. Aunque si el catalizador fuere la adhesión o la repulsión hacia la seudomonarquía alfonsina, no dudamos en prever un consenso ferviente y unánime para la República.

La auténtica opción que hoy tiene planteada España no es la que puedan pregonar los asiduos de Villa Giralda o el Sr. Fernández Figueroa. Se centra, en realidad, la opción del País entre una monarquía aristocrática, «bursátil», palaciega y retrógrada o una monarquía popular, social, «campera» y progresiva. Todos sabemos quienes encarnan las respectivas opciones. Y esperamos, naturalmente, que no se frustre una vez más esa «reivindicación» histórica, popular, que España tiene pendiente.

Barcelona, mayo 1968.

RAMON M.ª RODON

EN EL PRINCIPADO, CON D. ALFONSO CARLOS

Breve referencia a los "Records" de D. Mariano Vayreda

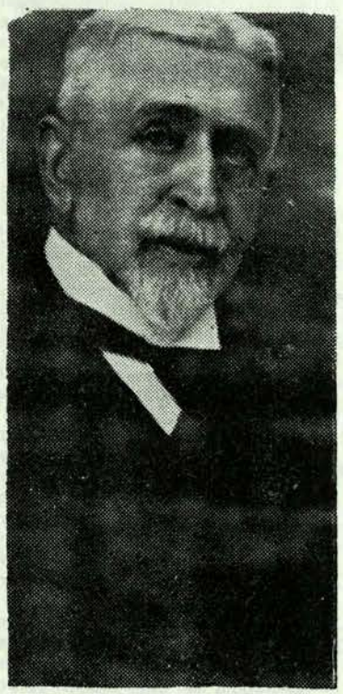
Don Mariano Vayreda, catalán, de Olot, hizo la tercera guerra carlista con las tropas de Carlos VII, por tierras del Principado. En 1898, sin haber renunciado nunca a sus lealtades ni arrepentido de sus juveniles andanzas, escribió unas memorias, en catalán, tan breves como interesantes. Rezuman sinceridad, entereza y precisión, su catalán, pulcrísimo, rico de formas y de léxico, se devora con fruición, pese a sorprendernos el pintoresquismo anárquico de la ortografía anterior a Pompeo Fabra. Sus páginas exhalan todo el sabor y todo el aroma inconfundibles de la tierra de Cataluña, áspera, esforzada, feroz cuando la ocasión se tercia o la circunstancia lo exige. La que siempre transmitió a sus hijos ese natural orgulloso e inconformista del que hablaron, antaño, un Joly o un Melo y que alentó en todas las gestas carlistas del Principado, «fracasadas veinte veces y otras tantas reanudadas», como nos dice el propio Vayreda, en los prolegómenos de su obra.

Aprovechando estas breves vacaciones de Semana Santa, he releído «Records de la Darrera Carlinada» (Recuerdos de la última Carlistada, en traducción literal), que en 1950 reeditó, con indiscutible acierto, «Biblioteca Selecta Popular». Una sola objeción a la obra, la misma que en el reducidísimo alegato introductorio, presentando al autor, formula el crítico anónimo que cumplió con el obligado trámite, esto es lamentar que Vayreda escribiera tan poco, que sus memorias completas de la «darrera Carlinada» nunca hubieran visto la luz. Porque el autor, amén de carlista consciente y de fuste, fue una de las primeras plumas, en prosa, de «La Renaixença». Argumento del mayor peso, por lo demás, para acrecentar a nuestros ojos su atractiva y simpática figura.

La obra no ofrece una visión coherente de toda la campaña, no fue éste el propósito de su autor. Pretendió más bien ofrecernos unas pinceladas llenas de colorido y de vida, que constituyeran un testimonio de primera mano, unas escenas palpitantes, anticipo, en todo caso, de esas memorias extensas que ya siempre deberemos lamentar no hubiera dado a la luz don Mariano Vayreda. Pero esta concisión repleta de instantáneas, felicísimas siempre, no nos impide constatar, de continuo, hasta qué punto el carlismo catalán que él vivió estaba indisolublemente vinculado a las estructuras, a la idiosincrasia, al latir de la tierra que le daba vida y lo sostenía a costa de tantos esfuerzos y sacrificios. Leyendo la obra de Vayreda uno se da perfecta cuenta de que era la propia Cataluña, religiosa y monárquica, celosa de sus tradiciones políticas, la que se confundía, de una forma natural y vívida, con la Causa de Don Carlos VII. Vayreda habla de la alegría espontánea con que eran recibidas en las poblaciones las tropas carlistas, alude, siempre, a «voluntarios» y «soldados» y sin proponérselo (confiesa lisa y llanamente que no deseó polemizar con sus recuerdos) tiene frases tan reveladoras como la que a continuación transcribimos —donde queda bien patente que el alma de la tierra, que su ser histórico, se hallaban absolutamente divorciados de la España «oficial»: «Si el Gobierno desea guerra, nos dice Vayreda, no tiene más que volver a aquellos procedimientos», aludiendo a los continuos atropellos de que los elementos liberales, atizados por el Gobierno o bajo la mirada complaciente de sus representantes, hacían objeto a la Religión y a sus ministros. Bien a las claras se deslindan los campos, en el uno el pueblo, «la terra», el cúmulo de vivencias institucionales e históricas que constituían el entresijo del campo catalán, en el último tercio del pasado siglo, en el otro «el Gobierno», los pobres «soldados» que éste movilizaba a viva fuerza y que eran conducidos en formación ante las urnas (oh liberales españoles, vates de la libertad patria...!), los caciques sin escrúpulos y toda la secuela de «cipaios» y matones a sueldo de aquéllos o del Sr. Ministro de la Gobernación.

Serían muchos los pasajes a que podríamos aludir, confirmando lo que antecede, como aquel en que Vayreda se refiere al funcionamiento de la tristemente célebre «partida de la porra», «otro florón de gloria debido a la poderosa iniciativa de Ducazcal, uno de los tipos más genuinos de político madrileño», calificativo que no apunta, naturalmente, a su lugar de nacimiento, sino a la diferenciación sustantiva y radical entre la contextura orgánica del país y esa superestructura político-administrativa que desde los aledaños de la Villa y Corte disponía de todo, cuando en realidad todo lo desconocía, pues ocurre en este orden de cosas que mal puede llegar a conocerse aquello que no se respeta.

Transcurren las páginas entre recuerdos por los que rezuma toda la



fuerza que alentó aquella gran epopeya popular. La entrada por la frontera de los Príncipes Don Alfonso y Doña María de las Nieves, apuntada en trazos rectilíneos, adornada con naturalidad insuperable en aquel «viva el Rei» que profiere, a su augusta presencia, un anciano coronel mal herido en la acción de Ripoll, el miedo y el fervor del «bateig de foc» del autor, por cuya imaginación de adolescente cruzan en aquellos decisivos instantes el espectro de la muerte y la profunda llamada del deber, la muerte de la hermana, hasta cuyo lecho llegan los «cipaios» como los chacales al olor de la presa, el cuadro lleno de color de una carga de la caballería carlista en la acción de Argelaguer, que valdría, por cierto, a Vayreda los galones de sargento primero. Y en medio de todo esto la historia romántica de aquella jovencita que, haciéndose pasar por un muchacho, luchaba valientemente en una fuerza de guerrilleros carlistas (el «valencianet») y el recuerdo piadoso y conmovedor de aquel héroe anónimo, de aquel «noi de l'Alou» caído en la acción de Santa Coloma de Queralt, a pocos metros de distancia del general Tristany y su acompañamiento. La narración cobra visos de insuperable calidad en la descripción de la batalla de Prats de Llusanés, donde la falta de reservas suficientes provocó, para los carlistas, una derrota sangrienta que todavía hoy rememoramos con el corazón lleno de dolor.

Las páginas finales tienen, a mi juicio, una lozanía y un frescor que, aún alejados de todo triunfalismo, hablan bien claro del porvenir esplendoroso que aguardaba al carlismo catalán. Herido y físicamente roto, en un improvisado hospital al que asisten hermanitas de la caridad, tiene aún fuerzas el protagonista para bromear con sus compañeros, desesperar con sus inocentes trastadas al pobre director de tan benéfico establecimiento y huir, finalmente, del mismo cuando resultaba evidente que las tropas de Martínez Campos iban a hacerse cargo del hospital, de un momento a otro, pues pese a que el general alfonsino venía imponiendo una política de atracción y olvido, «nunca conocida» hasta entonces, le repugnaba a Vayreda aceptar, incluso, «la clemencia del enemigo».

La obra se lee en un brevísimo espacio de tiempo, dejándonos el alma llena de un profundo sabor de lo catalán y lo carlista. Haciendo memoria de tanto esfuerzo, de tanto sacrificio, llegaban a nuestra memoria, inconscientemente, con su fresca y lozana fragancia, las palabras del gran Rey Conquistador: «E quan vim nostra senyera sus en la torre, descavalcam del cavall e endreçam-nos vers orient, e ploram dels nostres ulle, e besam la terra, per la gran mercé que Dèus nos havia feita» [1]. Ha querido Dios que continuemos luchando hoy los hombres del Carlismo, las duras batallas de la Paz, porque aún no hemos podido contemplar, victorioso sobre las almenas todas de la Revolución, el estandarte de nuestros ideales tradicionalistas. Pero sin dejar de hacerlo es justo, y ennoblece, que rindamos un recuerdo emocionado a quienes nos precedieron en la lid, máxime cuando tan acertadamente supieron testimoniarnos su esfuerzo.

Ramón M.ª RODON GUINJOAN

1. «Y al ver nuestro estandarte sobre la torre, descabalgando, nos volvimos hacia oriente y llorando besamos el suelo, por la gran merced que Dios nos había concedido». Palabras de la Crónica de Jaime I, alusivas a la toma de Valencia, cuando la reconquistaron las armas cristianas.

NOTA MARGINAL

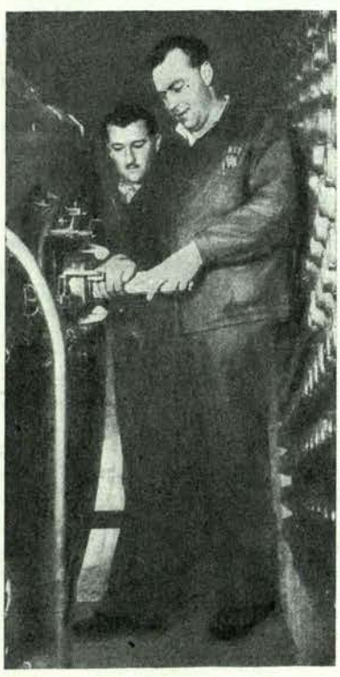
De temas sociales

por Antonio M.ª Solís García

Las grandes diferencias y grietas entre el capital y el capitalismo las encontramos siempre alrededor de estos tres puntos básicos: precio, salario y beneficio justos. En cuanto al beneficio justo es el que encierra las mayores dificultades, pero yo pienso que la doctrina más pura sobre el tema es aquella que da legitimidad al beneficio del capital cuando la empresa rinde un servicio a la sociedad. Esta cuestión pone en juego toda una nueva concepción de la empresa en sus relaciones humanas con los que en ella trabajan.

La doctrina social del Tradicionalismo, que actualiza a la perfección Don Carlos, da soluciones perfectas a toda la problemática social y puede mentalizar a la sociedad situándola en la realidad.

El drama del mundo consiste en que hay un abismo entre el capitalismo y los que sufren la miseria; los que tienen el poder de la riqueza pierden a menudo el conocimiento de la realidad, el conocimiento trágico, el conocimiento sangrante de los que viven en la estrechez. Porque la pobreza cuando alcanza cierto grado de profundidad, se convierte en algo que incapacita al que la sufre para organizar la lucha para salvarse de su situación y aun simplemente, a veces, para expresar su desesperación. El fondo del drama es que falta, se carece de un mecanismo intermedio entre los poderosos que ignoran y los pobres que están vencidos por su tragedia.



Conforme, puede disfrutarse de las riquezas bien adquiridas, legítimamente adquiridas, pero con la condición de que éstas se coloquen al servicio del bien común. El capital, en esta noble función, debe renunciar al provecho exclusivamente personal ya que el capital ha de estar orientado al bien de la sociedad. Sintetizo mi pensamiento así: todo gira alrededor de esta elección: o el hombre o los dividendos de las grandes empresas.

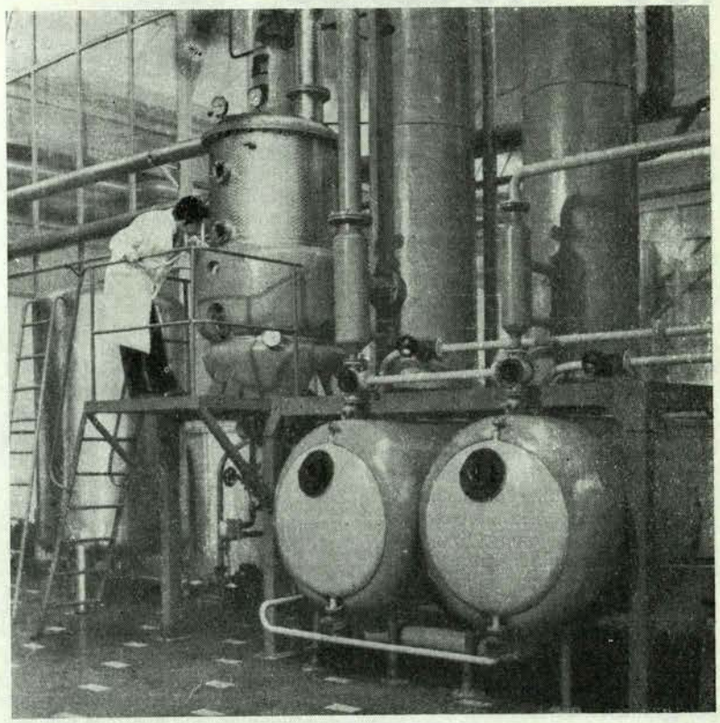
El capitalismo puede producir el más tremendo desequilibrio social, uno de los más grandes desequilibrios humanos por las consecuencias que se derivan de un hecho en sí ya nocivo. Al capitalismo el Tradicionalismo ha de condenarle siempre, el capitalismo es la concepción liberal de la economía inaugurada, pomposamente, en el siglo XVIII por la Revolución Francesa.

El capital tiene que ser sometido a una seria consideración de su razón de existencia: posiblemente la única razón lógica de la existencia del capital sea el deseo de Dios de que sirva para crear sana alegria y perfección del hombre y de la sociedad. Tremenda responsabilidad para el poseedor de capital.

Suele decirse que si el salario **legal** no cumple las exigencias de justicia no puede quedar tranquila la conciencia del empresario: ¿pero es que podía estar tranquila la conciencia cumpliendo tan sólo con la ley social y olvidando los preceptos inmutables de la virtud de la Caridad cristiana que no siempre están vinculados a los ordenamientos de derecho humano?

Que no se hagan intolerables las grandes diferencias, esos aterradores desniveles, en la fortuna de los hombres, en las rentas y en el lujo insultante, en la ostentación absurda y en el despilfarro demencial. Hay que acabar en la nueva sociedad que está naciendo con estos abismos económicos.

En la función del capital hay que entender bien entre la justicia y la caridad. Cuando una empresa o persona cumple las obligaciones de la legislación social en relación con sus obreros, procurándoles la asistencia y el seguro **obligados** lo hace como respuesta a una formulación jurídica de la ley: pero la ley no puede llegar a precisar en cada caso el rendimiento y la buena voluntad del obrero y tantas aportaciones espontáneas e indiscutibles que no es fácil valorar si no se encomienda a una virtud superior, la de la superior del productor, si no se la estima y valora, dicho contrato resultaría moralmente oneroso y faltaría la imprescindible caridad, aunque se haya cumplido con la justicia



social. Si no hay prestaciones equivalentes y el trabajador se destaca, se supera en su actividad, con buena voluntad, hay que alterar los términos de la primera formulación porque también han variado las circunstancias que lo inspiraron, y ello sea así en virtud de la caridad, elevando en estos casos excepcionales las normas de derecho estricto. Resumo mi pensamiento al respecto: si un obrero rebasa sus obligaciones, aportando a la empresa para la que trabaja un mayor rendimiento, todo ello en un gesto altruista y libre, hay que buscar su equivalencia con un aumento de la remuneración.

Lo sublime a que puede llegar el capital, su mecánica, es cuando logra alcanzar las altas cumbres de la Caridad. ¡La Caridad!, he aquí la fuente de la que brota el amor y de la que salen las aguas transparentes de la paz social, de la tranquilidad y de la satisfacción de los pueblos. (Mis lectores comprenden perfectamente en qué sentido estoy hablando de la Caridad y que me alejo de un paternalismo desfasado). La Caridad borra las castas, iguala los hombres y regada por la abnegación de los mejor situados en la vida, fructifica en los corazones de los menos dotados económicamente y barre el odio del mismo modo que las corrientes marinas llevan suavemente la nave cuyo piloto supo situar la proa en su misma dirección. Y no despreciamos la tan traída y llevada justicia social, precisamente defendemos la justicia social que nace y se agranda en la Caridad. Entiéndase bien en el sentido que damos a la palabra Caridad, simplemente el suyo auténtico, y nos es imposible prescindir de esta palabra que nace en el Evangelio cuando precisamente queremos defender la justicia social y exaltarla, acaso sin nombrarla o nombrándola pocas veces. La Caridad es una fórmula de amor y no admite más que una sola categoría social, borra todas las aristocracias, hace un solo haz con todos los hombres donde estamos todos abrazados, vencidos por el amor bajo la antorcha luminosa del Evangelio de Jesús. En una palabra se produce la realización de la igualdad universal, igualdad que nace de la Paternidad de un mismo Dios.

En uno de los libros más grandes del mundo en su contenido, en el Quijote, donde se retrata a España con trazos inmortales, la Caridad, que aparentaba ser sólo fraternidad, se humaniza, se diviniza también, pudiera decirse, en aquel amo y aquel criado que comparten hambres y harturas, alegrías y penas, triunfos y derrotas, que comen a la misma mesa y duermen bajo el mismo cielo. (El Príncipe Carlos de Es-

paña, el Príncipe Obrero, con su ejemplo, creo que ha explicado magistralmente la lección de la justicia social y de la Caridad. No se olvide). Pero hoy, no. En los tiempos que vivimos el egoísmo, el error, la falta de justicia social y de Caridad se han montado sobre el clavileño de una superioridad tan fantástica como la de aquel caballo de madera.

Adentrado ya el segundo tercio del siglo pasado, la ambición difusa, latente y larvada de las masas proletarias, desorientadas e inquietas por el fracaso del sistema económico liberal, fueron recogidas fácil y astutamente por la sutileza hebrea y trágica de Carlos Marx elaborando el funesto manifiesto comunista, la publicación de «El Capital» y la fundación de la II Internacional. En estos tiempos que corren, este hecho insólito es la referencia o punto de mira para atalayar el horizonte de cualquier problema o conflicto social obrero que pueda plantearse en el mundo. Se trata de una revolución auténtica, proletaria, bien definida, a la que favorecieron en su incursión y avance la dejadez y el egoísmo de las clases capitalistas de aquel tiempo, porque en la contienda que se planteaba no prevaleció la doctrina cristiana. Pretendían ignorar, altos y bajos, que en la vida no hay nada más grandioso que la fraternidad social, porque su luz potente y maravillosa es la que justifica que todavía alumbre y pueda subsistir el mundo. Frente a Marx, arrogante, se opone la figura intelectual y esclarecida de León XIII con su encíclica RERUM NOVARUM que vino como llega el agua a los campos que mueren de sed. Fue la réplica, la definición sabia e inmutable de la Iglesia de la que era portavoz el Pontífice (la Dinastía Carlista ha definido claramente que siempre estará en donde esté la Iglesia, el Papa, ni un paso más adelante no un paso más atrás. Recuérdese). Llega luego otra encíclica perfecta, la QUADRAGESIMO ANNO de Pío XI. En el pontificado de Juan XXIII nos encontramos con la MATER ET MAGISTRA.

Los hombres de nuestra generación tienen que ver en la obra pontificia, en el magisterio, la grandeza magna de una doctrina social que luego los hombres políticos deberán llevar a sus programas. (Cuando alguien me pregunta dónde está definida la postura social de la Comunión Tradicionalista, suelo responder que nos la han dado hecha los Papas. Y así es: el Tradicionalismo no puede realizar una función política que se encuentre marginada de la línea de la Iglesia. Si se estudian todos los documentos reales y discursos de las personas augustas de la Dinastía: si leemos a nuestros clásicos tradicionalistas y aun a los escritores modernos del Carlismo, siempre se verá que se sigue la única línea posible en la Comunión, la trazada por el magisterio de la Iglesia en aquello que es necesario seguirle. La Iglesia no interviene en cuestiones absolutamente políticas y tampoco la Comunión en ésas tiene que seguir líneas de la Iglesia que comienza ésta misma por no trazar).

Al trabajador, por modesto que sea, hay que reconocerle plenísimamente el acceso a la vida social y política y, por supuesto, el derecho de propiedad sin la menor merma. Hay que promocionar a los obreros, hay que facilitarles estudios gratuitos, hay que elevarles.

Todos tenemos que trabajar. Y mucho. Al nacer, el hombre viene desposado con el trabajo. Si los hombres no tuviesen necesidad de trabajar, sentirían, con fuerza inaudita el deseo de hacerlo. El trabajo es el Jordán que purifica la vida, que limpia el alma, que riega en el corazón los surcos en que florece el bien. Trabajar es una obligación ineludible, pero también es uno de los más indiscutibles y legítimos derechos del hombre. Por eso las clases capitalistas tienen el deber de dar trabajo al que a gritos y con lágrimas se lo pide. Ocupar a los obreros y ocuparles bien, es tan esencial como suministrar agua, como facilitar aire.

¡Entiéndase bien, el progreso no es un beneficio en exclusiva para los grandes trusts, para las potentes empresas, para los ricos, sino un bien de Dios que debe alcanzar POR IGUAL a todos los hombres!

Hay que producir estímulos en el trabajo. Si desaparece el estímulo personal se secarán forzosamente las fuentes mismas de la riqueza y la igualdad entre los hombres será solamente un estado confuso, lamentable, iremos al materialismo del Comunismo que vienen padeciendo tantos pueblos.

El grave problema social que lleva siglos y siglos planteado, no podrá obtener una solución por obra de ensalmo. Intereses profundos, soterrados, que una pasión desenfrenada había ido enconando hasta lo inconcebible, se estaban batiendo a la desesperada y era tan bárbara la contienda que sólo el acero de la pistola dejaba oir su voz criminal. Fue la Iglesia la que por medio de León XIII desplegó el velamen airoso de su encíclica social, doctrina redentora, anhelo esperado por tantos. Lo primero que se logró fue el ensanchar la órbita del derecho a los que vivían en un mundo de opresión. El derecho, que es el aliento sereno de la justicia viva, tiene su limitación donde comienza el derecho de los demás. (Repásense los escritos y discursos del Príncipe Obrero. Don Carlos es maestro político de una mentalización nueva que arranca de lo inmutable y que se ajusta en un todo a la línea de la Iglesia de la que la Familia Borbón-Parma ha sido y es fiel servidora, como organismo familiar privado y en cuanto representación de la Dinastía que en ellos se encarna y desarrolla).

El mundo social ha de adquirir un equilibrio, y para lograr éste hay que refrenar la ambición de unos y de otros: todos quisiéramos ese **ser más.** En la cucaña del éxito de la vida son legión los que se precipitan al suelo derrotados y rendidos al primer esfuerzo, y en la lucha de clases el rencor tiene su arranque de la injusticia humana que dividiendo a los hombres niega a unos lo que a otros prodiga a manos llenas. El rencor de las clases inferiores de la sociedad tiene alguna explicación cuando la crueldad de los situados en las cimas sociales ofrece un panorama preñado de durezas (y es necesario interpretarme; no justifico jamás el rencor, porque por encima de la injusticia está el perdón que Cristo proclamó desde la Cruz). Lo que jamás se podrá entender es que existan actualmente ricos y poderosos que

desprecien y humillen al pobre, porque ello equivale a despreciar y pretender humillar a Dios del que el pobre es el reflejo más vivo.

Que los obreros cumplan con su deber de trabajar, que es pan y alegría en los hogares y paz de la comunidad social y progreso del país. Los primeros e intrépidos formadores del obrero en una concepción exacta de su misión deben ser los propios obreros.

Que los patronos sientan cada día más acuciante el impulso de su obligación y unan la energía con la bondad, la benevolencia con el principio de autoridad y que vean en sus obreros a otros iguales a ellos.

La política social debe ir a lograr que obreros y patronos, trabajo y capital no estén enfrentados. Difícil tarea. Yo conozco a un hombre capacitado para en su día poder realizar o culminar esta obra: CARLOS DE BORBON-PARMA, el Príncipe Minero.

Medina del Campo.
Mayo de 1968.

joyería

Pío Bajo

relojería

joyería

pamplona

platería

antigüedades

Apoteosis en la concentración Carlista del Quintillo

Asistieron, en representación de la Familia Real, la Princesa Irene y la Infanta María Teresa

El Príncipe de Asturias, Don Carlos, envió un emotivo mensaje

Cumplimentó a las Princesas el Gobernador Militar de Sevilla Sr. Collante Vidal

PROLOGO

Con esplendor sin precedentes los carlistas sevillanos celebraron la anual concentración en «El Quintillo». Ya, de víspera, la presencia de las boinas rojas, desde las primeras horas de la mañana, festonean las céntricas calles de la ciudad. Al atardecer, el desfile de la banda de cornetas y tambores del Requeté pone una nota de colorido en las ruas de la ciudad de la Giralda, pregonando el preludio de la gran concentración carlista del domingo.

Este año vienen a Sevilla como egregias mensajeras de la Real Familia, la Princesa Irene y la Infanta María Teresa. Ante el anuncio de su llegada, el aeropuerto de San Pablo se ve invadido por los carlistas sevillanos, navarros, guipuzcoanos, vizcaínos y de tantas regiones españolas que desean rendir tributo de adhesión a las señoras. El reactor, puntual a la cita, se posa suavemente sobre la pista. Doña Irene y Doña María Teresa aparecen sonrientes. Se entona el Oriamendi, se vitorea a Don Javier, a Doña Magdalena, a Don Carlos, a la Princesa Irene, a Doña María Teresa, mientras las autoridades carlistas reciben a las Señoras al pie de la escalerilla y obsequian con ramos de flores adornados con cintas de los colores nacionales. Desde la terraza el agitar de las boinas semeja como bandadas de palomas que revolotean en torno a las ilustres viajeras. Los carlistas rodean a Doña Irene y María Teresa, a quienes aclaman sin cesar. En la sala de recepciones reciben el homenaje de todos y cada uno de los allí congregados. Se han vivido unos momentos de intensa emoción.

El caluroso y ferviente homenaje tributado a la Princesa e Infanta durante el recibimiento, al extenderse su noticia por Sevilla, causó un gran impacto en el pueblo sevillano.

DOMINGO, 21

Y ya estamos en el domingo, fecha del «Quintillo 1968». Sol radiante que sigue a la bruma matutina, dispersada en tenues nubecillas; luz brillante, campo cubierto con sus vistosas galas primaverales, flores, perfumes, exhuberancia vegetal; todo parece indicar como un deseo de la naturaleza de asociarse al homenaje que va a rendirse en «El Quintillo» al primer «Quintillo».

El ya histórico olivar se va poblando de miles de boinas rojas de carlistas andaluces, navarros, guipuzcoanos, vizcaínos, manchegos, canarios, madrileños y otras regiones españolas. De pronto, el agudo sonido del cornetín de órdenes y el disparo de multitud de cohetes anuncia la llegada de las egregias Señoras. D. Juan Palomino, D. Antonio Segura Ferns, Marqués de Marchelina, D. Manuel Fal y otras personalidades carlistas reciben a SS. AA. Doña Irene y Doña María Teresa. El entusiasmo de las masas carlistas asistentes se desborda. Todos quieren rendir su homenaje personal a la bellísima embajada de la Familia Real carlista. Con gran dificultad llegan Doña Irene y Doña María Teresa ante la formación de Pelayos y Requetés, uniformados todos, a quienes pasan revista.

Acto seguido ocupan la Infanta y la Princesa el estrado, desde el que presencian el desfile, acompañadas de don Juan Palomino, Segura, don Manuel Fal y otras personalidades. Marchan en primer lugar los «alevines» carlistas (Pelayines), seguidos de los Pelayos y Requetés, desplegadas al viento sus banderas, en tanto la banda de cornetas y tambores ejecuta aires marciales. Las aclamaciones son incesantes, el fervor muy grande, los vivas, incesantes.

Finalizado el desfine, SS. AA. pasaron a ocupar los sitiales destinados a ellas en el altar preparado para la celebración del Santo Sacrificio. Detrás se sitúan el Sr. Palomino y Fal Conde y señoras; enfrente, Segura y representaciones del Ejército, Falange y Alféreces Provisionales. Oficia la Santa Misa el Rvdo. P. Bethancour, S. J., que también asistiera al primer Quintillo en 1934.

BENDICION DE UN BANDERIN

Concluído el Santo Sacrificio, se procedió a la bendición del Banderín que se regala a la Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés de Sevilla, actuando de madrina la señorita Carmen Barrau, entregándolo a D. Juan Sequeiros Bores, Jefe de la Hermandad.

IMPOSICION DE LAS MEDALLAS DE LA LEALTAD

Inmediatamente se inicia la imposición de la Medalla de la Lealtad a los Requetés, la primera de las cuales se impone a la anciana madre de un requeté del Tercio de la Virgen de los Reyes, que a los **quince años** de edad entregó su vida en defensa de los santos ideales de Dios, Patria y... Rey. Fue la Princesa Irene quien colocó en el pecho de la ancianita la primera Medalla. Enseguida fueron desfilando todos los agraciados, con tan precioso galardón, los que se acercaron para que la Princesa Irene y la Infanta María Teresa impusieran las medallas a ellos otorgadas.

Hechas las imposiciones, don Raimundo de Miguel se acercó a los micrófonos para deleitar a los oyentes con un discurso vigoroso, lleno de contenido. Apenas iniciado su parlamento, el cornetín de órdenes anuncia con su toque de atención, la llegada del Excmo. Sr. Gobernador Militar de Sevilla, Collantes Vidal. Los diez mil carlistas allí congregados reciben con entusiastas vivas al Ejército el Sr. Gobernador, a España y a Don Javier, mientras las Autoridades carlistas, reciben y cumplimentan al ilustre militar, a quien acompañan hasta el estrado presidencial, en el que saluda a Doña Irene y Doña María Teresa. El Sr. De Miguel reanuda su discurso. Fue interrumpido constantemente por los nutridos aplausos de los oyentes que, al final del brillante parlamento escuchó una enorme ovación. Felicitamos en nombre de Montejurra a nuestro ilustre colaborador por su clara exposición, por su sinceridad y valentía en decir las cosas con meridiana nitidez.

MENSAJE DE DON CARLOS

Como colofón de los emotivos actos vividos, D. Domingo Fal, en nombre de su padre, dio lectura al Mensaje enviado por el Príncipe Don Carlos. Al final de su lectura, se desbordó el entusiasmo de los carlistas. Los vivas a Don Javier, a Don Carlos, a Doña Magdalena, a España y a la Princesa Irene y a la Infanta María Teresa atronan el olivar. El broche final lo constituyó el canto del Oriamendi.

Concluídos los actos, el Sr. Gobernador Militar de Sevilla departió afablemente con Doña Irene y Doña María Teresa, retirándose, seguidamente, entre los vivas al Ejército español y a España.

En este momento, MONTEJURRA ofreció su humilde obsequio al representante del glorioso Ejército español: un ejemplar del núm. 35 de la revista, en cuya portada aparece una fotografía de una de las pinturas que adornan la cúpula del Monumento de Navarra a sus Muertos en la Cruzada, en la que están representados el Requeté, la Falange y el Ejército, unidos en un mismo afán de salvar a España, del caos en que la había sumido la nefasta República. Luego, comentaría el señor Collantes Vidal: «Regreso gratamente impresionado, por lo que he visto y por lo que he oído. Aunque las piedras se volviesen, veo que vosotros permaneceríais».

COMIDA EN EL CAMPO

Terminado el programa oficial de actos, los carlistas se dispersaron por el olivar en busca de la sombra protectora de los olivos, formando grupos de plástica belleza y sin par colorido.

Uno de esos grupos estuvo constituído por la Princesa Irene e Infanta María Teresa, que almorzaron en «El Quintillo» juntamente con la familia Fal y otras personalidades carlistas.

Por la tarde, SS. AA. regresaron a Madrid, presenciando el aeropuerto de San Pablo de Sevilla la despedida cariñosa que miles de carlistas de toda España unidos a los sevillanos hacían a la Princesa Irene y a la Infanta María Teresa, desde la terraza del aeropuerto, agitando sus boinas rojas y aclamando a la egregia representación de la Real Familia carlista, que presidió «El Quintillo 1968».

MONTEJURRA que, al igual que en años anteriores, tuvo su representación en este «Quintillo», una vez más reitera su incondicional adhesión a Don Javier, representante y Jefe genuino de la España tradicional, Social y Representativa y saluda, boina al aire, a las egregias Damas.

Agradecemos a los amigos sevillanos las muestras de cariño recibidas, sus atenciones y desvelos por hacernos grata nuestra estancia y fácil la tarea de información. Muchas gracias, y hasta el año que viene, si Dios quiere.

J. M. ECHARRI LOIDI

Carta-mensaje de S. A. R. el Príncipe Don Carlos a los Carlistas andaluces en Quintillo de 1968

Querido Fal:

Irene y María Teresa te llevan este mensaje para que seas tú quien en estas circunstancias excepcionales lo transmitas al pueblo carlista congregado en el Quintillo.

Carlistas: Irene y Teresa os llevan un mensaje que no cabe en éste. Un mensaje que no se sabe decir ni escribir. Es un mensaje de afecto, de Fe, de alegría el que llevan con ellas. Un mensaje que llevan con sus vidas, sus penas, sus sonrisas. Os traen el mensaje de amor de mis Padres los Reyes, el mío y el de toda la Familia Real. Un mensaje de toda una dinastía. Un mensaje de siempre. Un mensaje de victoria.

Van también en busca de algo, y de algo que es lo mismo. Van en busca del mismo mensaje, de la misma Fe. Es el misterio del Carlismo. Como no hay mares sin agua, ni vientos sin aire, así no hay Carlismo sin dinastía, ni dinastía sin pueblo.

Lo sabían los que intentaron separar la dinastía y el pueblo para aniquilar al Carlismo. Pero fracasaron porque se equivocaron. No sabían que en política el amor es arma de victoria más segura que el odio. No sabían que el amor de los Reyes y de los pueblos es tan potente que no se pueden separar. ¿Ha logrado alguien separar el sol de la luz? Pues que sirva de aviso a los que quisieran intentar otra vez separar la dinastía legítima y el pueblo carlista. Porque la gran Familia Real española es el Carlismo con su Dinastía.

Ha vencido las generaciones. Ha desgastado a sus enemigos. Ahora viene su momento de aportar al mundo moderno sus soluciones: las únicas soluciones nuevas y modernas. Estamos en las nuevas fronteras de nuestra misión de mañana.

Que Dios nos guíe y bendiga a España.

CARLOS

Desde CORDOBA

Impresiones del triunf

Cuando se sienten hondamente unos ideales y se sirven honrada y desinteresadamente, con una total entrega, generalmente se encuentran en el camino muchas y muy serias dificultades, surgen obstáculos por doquier y hay que sostener luchas terribles contra los que los combaten y a toda costa tratan de hundirlos. Esto nos viene ocurriendo desde hace 150 años a los Carlistas españoles, o sea desde la usurpación del trono por la monarquía liberal amparada y financiada por el capitalismo anticatólico y antisocial, avaro y explotador.

Pero a la corta o a la larga el tiempo se encarga de esclarecer los hechos y de dar el triunfo a quien lo merece, haciendo morder el polvo a los injustos, a los tiranos, a los malvados y a los egoístas.

En el cielo político español los Carlistas hemos visto durante ese período de tiempo negros nubarrones, tormentas espantosas y tempestades sin cuento. Pero parece que ya comienza a dibujarse en el horizonte el arco iris de la esperanza, de la justicia y de la bonanza, y que, lentamente van alejándose esas tormentas y tempestades, dando paso a la claridad meridiana y a la brillantez del cielo despejado, poniendo en los corazones el puro aliento de la verdad escueta y sencilla.

Cuando el día 21 de abril de 1968 la expedición cordobesa Carlista pisaba los campos del Quintillo, vinieron a mi memoria los recuerdos históricos e imborrables de aquel primer Quintillo de 1934, acto heroico y viril del Carlismo andaluz en plena república persecutoria y atea, con su marcial desfile de 700 Requetés uniformados, con su banda de cornetas y tambores, con su banderín al frente, organizados por un hombre genial, pletórico de ideales, encendido el corazón por el amor a Dios y a España, a los Fueros y al Rey que tiene por nombre don Manuel Fal Conde, y que eran mandados por aquel gran capitán de la causa Carlista, que jamás podrá borrarse de nuestra memoria y que se llamó Enrique Barrau Salado (q. s. g. g.).

Cuando cayó cobardemente aquélla monarquía usurpadora, monarquía usurpadora del trono, compendio de injusticias y de atropellos, de capitulaciones v politiqueos, y todo eran deserciones y cobardías, cuando se motejaba a nuestra querida Andalucía con el denigrante título de «roja», y se decía desde las alturas del poder: que España había dejado de ser católica, el Carlismo de esta tierra de María Santísima tuvo el gesto heroico de dar un fuerte aldabonazo a la conciencia católica nacional para que despertase de su profundo letargo. Y aquel desfile de Requetés del primer Quintillo fue como el inicio de una etapa de vida vigorosa y fuerte en el país.

D. Raimundo de Miguel en un momento de su discurso.

Fue como la antorcha brillante que iluminó los montes e incendió los corazones de los buenos españoles, inflamándolos de amor patrio para que pudieran llevar a cabo una empresa dura y costosa, gigantesca y transcendental: la de la salvación de España que estaba a punto de hundirse para siempre en el abismo del lodo de la sangre y de las lágrimas que para ello habían labrado unos hijos espúreos.

En aquel Quintillo comenzó a gestarse la gran epopeya del Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936. Porque aquellos muchachos que desfilaron, se entregaron por completo a la causa y fueran preparando aquellos gloriosos Tercios de Requetés andaluces, que dos años después, con los nombres gloriosos de Virgen de los Reyes, de Virgen de la Merced, de San Rafael, de Virgen del Rocío, de Virgen de la Victoria y de Los Reyes Católicos, habrían de sublevarse contra los enemigos de Dios, de España, de sus Fueros y de su Rey Legítimo, cubriéndose de gloria en los campos de batalla, derramando generosamente su sangre por los caminos de la Patria y entregando muchísimos sus vidas en defensa de unos sagrados ideales que jamás podrán morir.

E! Gobernador Militar de Sevilla saluda a la Princesa Irene de Borbón-Parma

Quintillo en este luminoso día de abril, aparecía vestido con sus mejores galas. A las bellezas con que la primavera lo había adornado, se unía aquella floración de sangrantes amapolas, que, tocando en forma de boinas rojas las cabezas de aquellos miles de Carlistas, daban al paisaje una belleza encantadora y unas tonalidades sublimes. Porque este año el Quintillo ha revestido caracteres de gran acontecimiento y ha constituido un ruidoso triunfo para el Carlismo andaluz. La asistencia de aquellos miles y miles de Carlistas fue muy superior a la de años anteriores, destacando de una manera singular la gran cantidad de jóvenes que asistieron. Además ha tenido unas características especiales que quiero numerar por su enorme significado; son las siguientes:

Primera: Por tratarse de un homenaje a nuestro queridísimo don Manuel Fal Conde, que figuró en la presidencia del acto, y a quien tanto debe el Carlismo andaluz, y quien tanto quiere, respeta y admira todo el Carlismo español, por su valerosa, viril y heroica campaña en los tiempos duros y difíciles del liberalismo y de la república que destrozaran los valores morales de nuestra Patria. A este hombre debe España un homenaje de gratitud, que no debe demorarse por más tiempo, el cual ha sido propuesto desde las columnas de la prensa por nuestro correligionario Solís García, homenaje al que de corazón me sumo en nombre del grupo que represento.

Segundo: Por estar presidido nada menos que por dos egregias personas de la familia de nuestro abanderado Don Javier de Borbón Parma: S. A. R. la princesa Doña Irene, esposa de nuestro Príncipe S. A. R. Don Carlos de Borbón Parma, Duque de Madrid y por su hermana S. A. R. la Infanta doña María Teresa. Y estas dos figuras, toda simpatía, belleza y popularidad, entusiasmaron a la concurrencia, máxime a la hora del yantar, en que, mezcladas con todos los boinas rojas, almorzaron, como los demás, a la sombra de uno de los olivos.

Tercera: Que a la hora de empezar su discurso don Raimundo de Miguel, llegó a la tribuna presidencial el Excmo. Sr. Gobernador Militar de Sevilla, siendo recibido con VIVAS AL EJERCITO ESPAÑOL Y ESPAÑA, en medio de un gran en-

al Quintillo 1968

tusiasmo, honrando el acto y tomando asiento en la presidencia después de cumplimentar a SS. AA. RR. Doña Irene y Doña María Teresa.

Cuarto: El valiente y brillante discurso del Sr. de Miguel, que aclaró muchos conceptos sobre la clara, diáfana y leal conducta de don Manuel Fal, el Carlista íntegro, el hombre lealísimo a su Monarquía, el luchador infatigable que recorrió España de uno a otro confín durante la república para extender y agigantar el Carlismo; y luego, cuando estuvieron los cuadros preparados, firmó la orden de movilización con Don Javier, por orden del Rey Don Alfonso Carlos de 100.000 Requetés. Y a pesar de toda su labor, de todos sus sacrificios, abnegaciones y luchas, no mereció otro trato que el de la persecución, el confinamiento y el destierro. Pero ahora Don Javier le ha concedido el título de Duque del Quintillo, como recuerdo de aquel primer Quintillo de 1934 por él organizado, premiando de este modo su ingente labor.

Quinta: La bendición y entrega del nuevo banderín a la hermandad de Excombatientes del Requeté sevillano, y en el que actuó de madrina la bella y simpática hija de nuestro inolvidable Enrique Barrau Salado (q. s. g. g.), fundador del Tercio de la Virgen de los Reyes y gran capitán del Carlismo andaluz, la cual pronunció un bello discurso, contestándole al recibirlo en sus manos el Presidente de la Hermandad de Excombatientes del Requeté de Sevilla don Juan Sequeiros con un florido y emotivo discurso.

Sexto: La imposición de las medallas de la lealtad a los excombatientes del tercio de la Virgen de las Reyes y familiares de los que dieron su vida en defensa de los sagrados ideales que el Carlismo encarna, acto que resultó sumamente emotivo, sobre todo al subir a recibirla de manos de la Princesa Irene la madre de un muchacho que siendo aún un niño, siguiendo la senda que sus padres le habían marcado, se alistó en dicho Tercio, y en él dio su vida por esos ideales. Y esta madre, viuda, recibía la recompensa con lágrimas en los ojos y con gozo en el corazón de Margarita.

Y séptima: Aquella apoteósica despedida que hicimos los Carlistas a SS. AA. RR. Doña Irene y Doña María Teresa en el aeropuerto, después de aquel interminable besamanos celebrado en el salón del aeropuerto, cedido galantemente por la Dirección del mismo.

En resumen: que este Quintillo de 1968, ha dejado en la mente de todos los asistentes un recuerdo imborrable, acrecentando aún más nuestros fervores Carlistas y fortaleciendo nuestro espíritu siempre dispuesto a servir nuestro ideal de DIOS, PATRIA, FUEROS y REY, por los que tanto hemos luchado siempre y seguiremos luchando mientras aliente en nosotros un hálito de vida.

ANTONIO FERNANDEZ CANTERO

SS. AA. RR. Doña Irene y Doña María Teresa durante la comida campestre, acompañadas de personalidades sevillanas y rodeadas del pueblo carlista.

DE LUCA DE TENA Y GIL ROBLES

De tanto «menealla» huela mal la tan cacareada como insulsa polémica que, a través del liberal ABC, vienen manteniendo estos dos anacrónicos personajes de aquellos aciagos días de la anteguerra. No es pues de extrañar que si para aclarar un «dije» o un «quise decir» precisan —con una dialéctica bizantina— ocupar durante días páginas enteras de la Prensa, que, en las horas críticas del destino patrio (léase dieciocho de julio), enzarzados también, en un «debo» o «no debe arrimar el hombro», se les olvidara a estos dos buenos señores, el ir derechos al toro.

Dicen que el platonismo salvó a los helenos del «solus ipse» creado por la sofística. Nosotros, cual nuevos helenos, fuimos también redimidos del sofismo gracias al valor de ciertos lidiadores hispanos.

Es muy elegante, mirando a la tribuna (la tribuna, en el citado caso, la componen hoy toda esa pléyade de liberaloides que en un «dácame acá esa paja» ha invadido el país), polemizar sobre hechos pasados que a los españoles siempre apasionan; ello no quita para que, al final, todo quede como un simple «toreo de salón» ya que al toro —aquel auténtico toro del treinta y seis— se ve que a estos ex-prohombres de la política, les imponía y les sigue imponiendo, como en la canción del piyayo «un respeto imponente».

Que no fue posible la paz, es una cosa tan conocida de todos los españoles, como el sol que nos calienta. No precisaba el Sr. Gil escarceos políticos allende las fronteras. Y es que, conociendo todas sus obras y hechos, nos extraña soberanamente, que este buen señor quiera volver a la palestra ¿Acaso no le valió la propia experiencia? ¿Cómo es posible entonces, que quiera volver al «toreo de salón»? ¿Acaso, repito, no sabe bien que las nuevas generaciones de la postguerra conocen perfectamente a los que realmente fueron al toro sin tener que recurrir a simposias, bizantinismos, polémicas ni bagatelas de ningún tipo?

Admito —aunque no apruebe— el que los exilados revanchistas sueñen con volver a las andadas. Lo que ya no tiene ningun sentido —ni aún apoyándose en el «Príncipe» de Maquiavelo— es que los exilados voluntarios —ni vencidos ni vencedores— pretendan muy sutilmente tratar de convencernos de que cualquier gobierno pasado (léase monarquía liberal o república) fue mejor. Debe, de todas formas, el ex-presidente de la CEDA, comprender que la publicidad sólo le cuadra bien a los sucedáneos, para ese toreo de salón que siempre sucumbe aún ante la más mediocre de las corridas.

De la muerte, decía Epicuro, es algo que no debemos temer ya que, mientras nosotros somos, ella no es, y cuando ella es, nosotros ya no somos tampoco. Estos razonamientos, parodiándolos, podríamos aplicárselos también, al señor Gil Robles y al escritor Luca de Tena, ya que mientras nosotros seamos, ellos no serán, y cuando dejemos de serlo (lo dudo) ellos no lo serán tampoco.

De todas formas si lo único que pretenden estos señores es continuar con su estilo clásico, tendremos, a la postre, que congratularnos ya que, acostumbrados como estamos los españoles a la gravedad de la fiesta brava, un poco de «toreo de salón» nos divierte. Sí; nos divierte.

D. R. (TOVARES)

¿ES EL TIEMPO IRREMEDIABLE O INTENCIONAL?

LA Historia es extraña como lo es la vida de cada uno: es una actuación amplia y, como actuación, hay en ella, según el historiador, «una lógica interna más potente que los motivos que la han desencadenado».

Los motivos pertenecen a la intencionalidad de cada uno. Pero esa lógica interna es de otro orden. Es el orden de la esencia misma de la actuación y, en realidad, con un orden vital más amplio y objetivo del que forma parte.

En la Historia hay períodos coreados por los motivos. Períodos motivados. Corresponden a los sensatos, porque tienen las llaves del saber.

Y hay períodos impulsados por esa lógica interna que es difícil de analizar y explicar; corresponden a aquellos capaces de sentir, de captar casi biológicamente ese orden vital, porque les toca de cerca. Los jóvenes.

A la juventud le corresponde ese privilegio. Gozar de la magia del ser. No sabe la vida, es la vida; no sabe la verdad, es la verdad.

Lo es en el sentido de que es la gran predilecta de la humanidad. Atrae como atrae el ser querido, que hace presente el presente. El paso de cada generación es la juventud que da, al transcurrir el tiempo, su dimensión presente y, a los humanos, su percepción de la realidad. Les arrastra de su sueño pasivo y van animándose a su contacto. Aceptan ser y vivir como se acepta la vida cuando tiene por referencia a los seres queridos.

Por ser querido tiene un papel significativo: suscita vitalmente el poder de pensar. ¿Se piensa con, como, los que se quieren...? La juventud suscita el pensar del mundo. Es objeto de su amor y luego de su meditación. Y ese amor y esa meditación van definiendo la nueva óptica mundial.

En los momentos de ruptura que afectan a la vida de un pueblo, como afectan a la vida de cada uno, cuando la vida se para. Mañana, quizá renacerá de sus cenizas. En ese intervalo angustioso todos miran hacia lo más denso, lo más capaz de su nacimiento a una vida nueva... Cuando, como decía un autor moderno, «parece el espectro de la fatalidad». Y es verdad. Se levanta desde todos los horizontes del mundo, y los sensatos no lo pueden mirar de frente; no hay motivos para la Fatalidad... Los pueblos se quedan paralizados y renuncian a «intervenir en el curso del tiempo», que es, según Fichte, la suprema Renuncia.

Entonces todos miran hacia su juventud, única pariente del devenir misterioso del mundo. Todos están dispuestos a seguirla. Un pueblo entero necesita ser joven frente a una coyuntura nueva, y lo pide a su juventud.

Y la juventud tiene el difícil papel de ser para ella y para los demás.. Es decir, de ser ella misma su propia meditación.

La crisis que se advierte un poco en todas partes radica ahí. No es debida a un deseo de alboroto, sino al peso de esa duda que la Juventud ejerce al encuentro de su propio ser.

La duda que la juventud siente, de manera colectiva, es esa duda que le obsesiona a cada uno acerca de su finalidad del valor de su destino en relación con su finalidad propia: «Eso para lo que he nacido».

Pero esta finalidad no es una consigna: está yacente en la práctica de las cosas, tal como la intención de un libro la descubre el autor escribiendo ese libro.

En la práctica la juventud buscará ese por qué.

La única salida a esa duda es una salida existencial es el difícil ejercicio del ser.

¿Dónde? ¿Dónde se manifiesta el hecho juventud? Su lugar se circunscribe en gran parte a una geografía exigua: la Universidad. Sin Universidad no hay juventud. Sin Universidad no hay ni siquiera juventud no universitaria. El hecho universitario afecta a toda la juventud ¿Por qué?

Porque es ella la que le da su conciencia de juventud al contacto con el pasado, al contacto con el mundo cuya presencia múltiple habita su enseñanza. Antes de que la juventud regale el presente al mundo, la Universidad le regala el pasado. La Universidad es órgano de Tradición. Sin ella, la juventud es sólo episódica Con ella puede ser heredera y rebelde. Sólo la tradición permite la rebeldía, y he aquí, quizá, su función más importante, porque sólo la rebeldía permite el resurgir.

El papel de la Universidad afecta a toda la persona del joven. Es un lugar intelectual, un lugar vital, laboratorio de ósmosis que transmite el saber del mundo. Y ello pide competencia al nivel de los profesores.

Allí también ocurre la fermentación de ideas, y se transforma la magia del ser en poder. Y eso requiere corazón en los maestros, porque la libertad, ese poder, es asunto de corazón.

El medio de fermentación es la auto-enseñanza que representa los contactos de grupo, las luchas de ideas, las discusiones apasionadas, y por eso la Universidad debe fomentar, no esterilizar, las oportunidades de dialogar. A través de ellas se fomenta el instinto de captación del momento actual.

El desarrollo de ese instinto, fruto de la auto-enseñanza entre compañeros, es importante. El poder participa del instinto.

Pero ese poder está llamado a ejercitarlo. La Universidad tiene que cumplir, además de su papel intelectual y vital, una función social. Así se comprende la ósmosis: introducción del mundo a la Juventud y de la Juventud al mundo. Y eso requiere audacia.

Ese poder nuevamente adquirido hay que plasmarlo en servicio para que su rebeldía sea fecunda.

Para ello se necesita un modo de expresión que sea la traducción tangible de ese servicio. Debe ser capaz de influenciar la sociedad, disponible a su encuesta angustiada, falible, pero resuelta a buscar soluciones.

¿Y cómo puede plasmarse esa influencia? La Historia se desarrolla según dos vertientes: la vertiente psicológica de la concepción particular que un pueblo tiene de su historia, y que va a determinar sus reacciones y el acontecimiento concreto. Estas dos vertientes ejercen, una sobre la otra, mutua influencia. Es evidente que el concepto que un pueblo tiene de sí mismo, no es del todo espontáneo. Lo forja su historia y su ética particular. Lo forjan también, en gran parte, sus intelectuales. Los intelectuales dirigen «la necesidad histórica en tensión».

No pueden gobernar los acontecimientos, que son del dominio de los políticos. Pero al gobernar esa «necesidad histórica», ganan a los políticos. Una Universidad debe velar la vertiente sicológica de la historia.

La Universidad «inventa» a la juventud, porque hace de su suerte una certidumbre; le permite el ejercicio de su ser; y ese ejercicio se llama libertad.

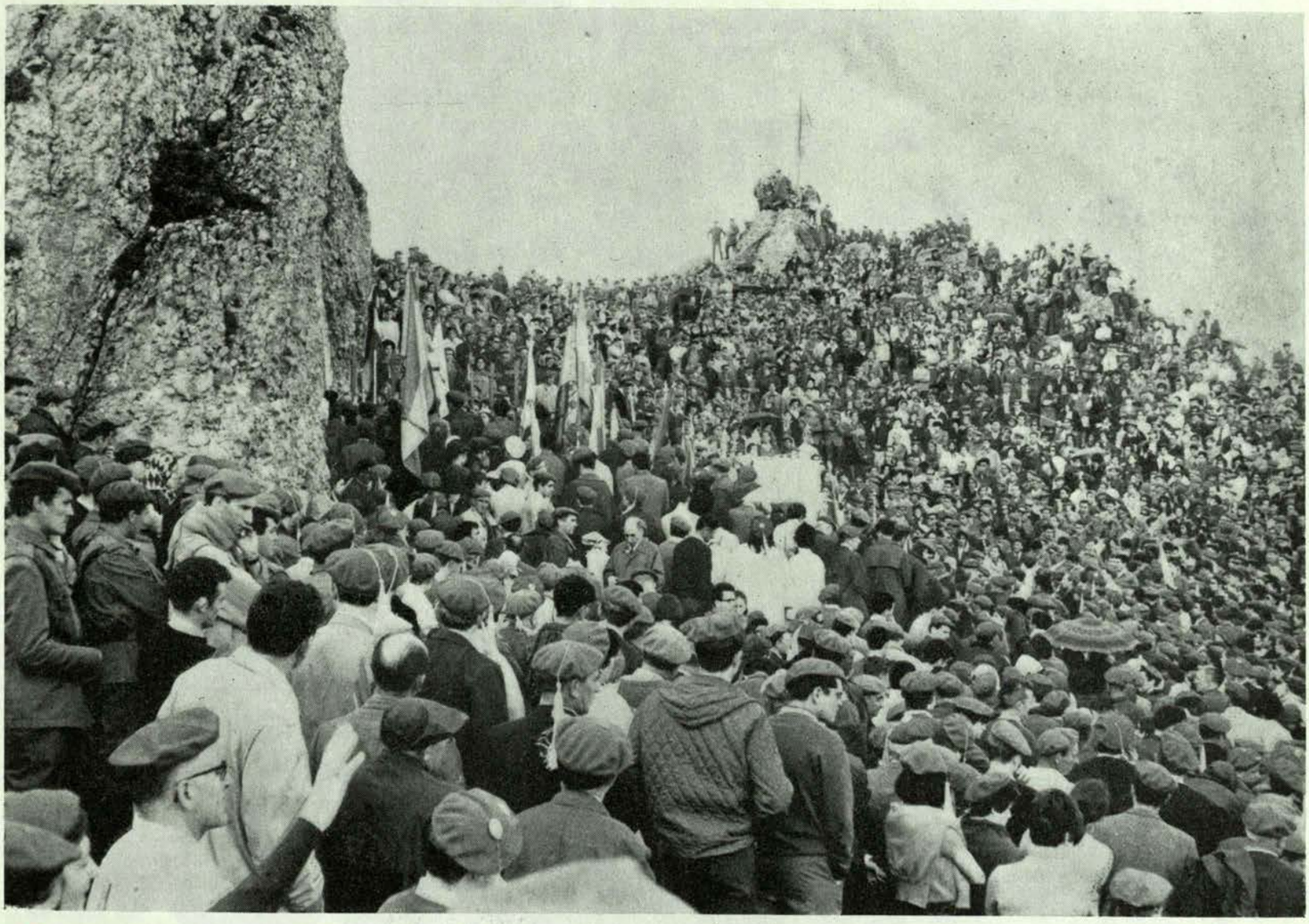
Pero esa libertad, ¿cómo inventará el futuro que ansía todo un pueblo?

La libertad no es motivada. Se desarrolla hacia... Es un peso más allá del horizonte, que permite su despliegue. La fatalidad hiela el transcurrir del tiempo. Sólo el futuro es un acto de amor.

¿De qué se enamora la juventud del mundo? ¿De qué se enamora la juventud española para que la Historia siga adelante y nuestro futuro sea?

MARIA TERESA DE BORBON
Infanta de España

MONTEJURRA 1968

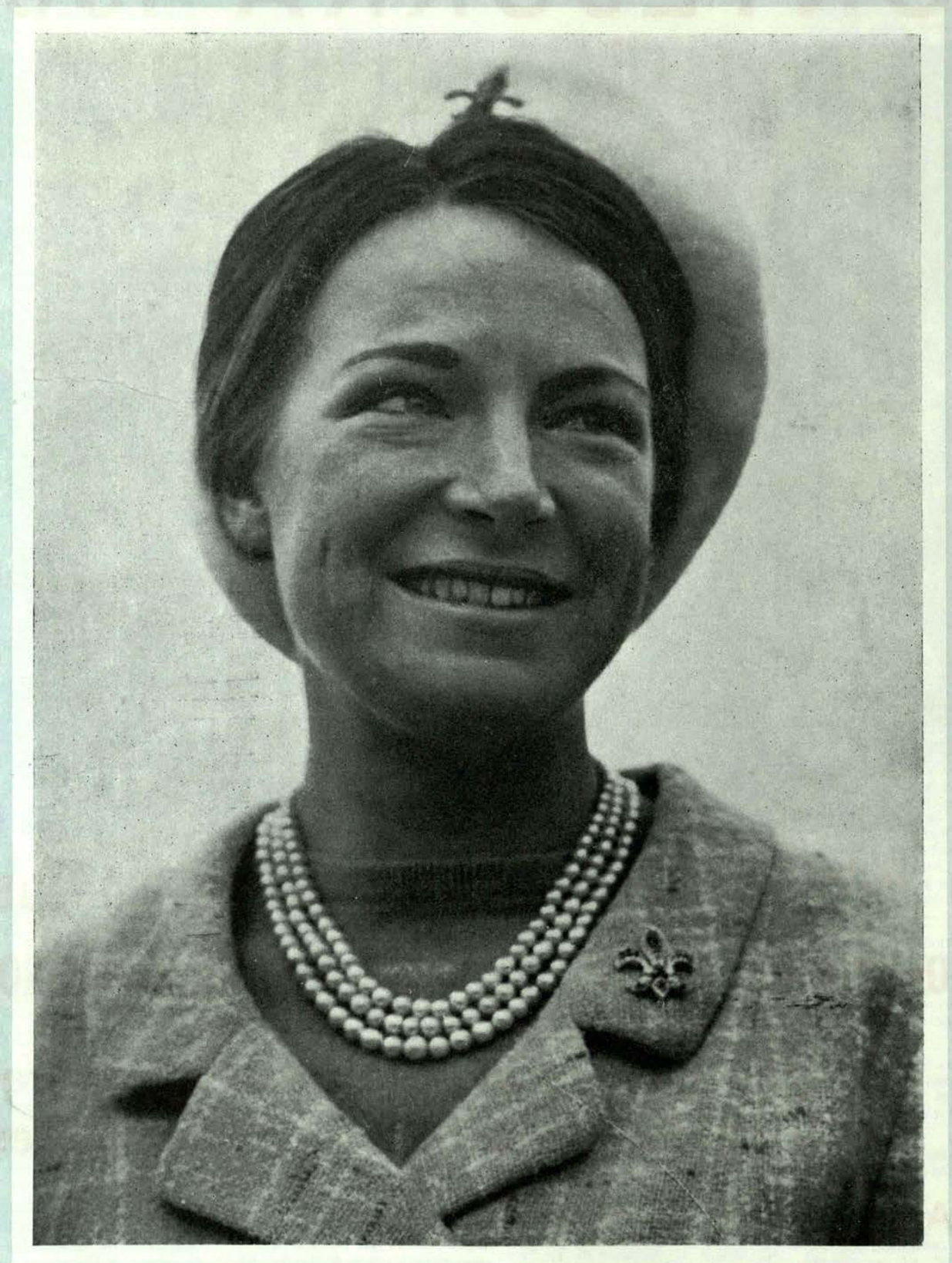


Como todos los años, Montejurra es un fuerte aldabonazo para despertar la conciencia nacional

A pesar de la lluvia, a la cumbre le sobraron Requetés y a Estella le faltaron mesas

LA PLAZA DE LOS FUEROS, REPLETA, ESCUCHO EN SILENCIO Y APLAUDIO ATRONADORAMENTE LOS DISCURSOS

Domingo gris, nebuloso, cargado el ambiente de humedad con esporádicas lluvias que parecían querer zancadillear la jornada que se preparaba. Sin embargo, desde primeras horas de la mañana, bien de madrugada, las boinas rojas se encargaron de poner una nota de color mucho más alegre, y fueron llegando a uno y otro lado de Irache centenares de autobuses y miles de pequeños turismos abarrotados de gentes ufanas, juventud y personas mayores con un entusiasmo que hacía presumir lo imponente de la manifestación. Además, los caminos de acceso a Montejurra, de todos los pueblos de sus inmediaciones e incluso de otros separados por varios kilómetros, estaban repletos de carlistas marcando la ruta con el trazo rojo de sus boinas como amapolas que hubieran sido intencionadamente sembradas entre los verdes trigales de la comarca. De forma que a las nueve de la mañana,



S. A. R. Princesa de Asturias, Doña Irene, tocada con boina blanca, con una flor de lis y un collar de perlas como aderezos, agradece la fervorosa adhesión del Tradicionalismo, en Montejurra de 1968. No cabe mayor serena elocuencia en su mirada y complacencia que las perlas entre sus abiertos labios

las inmediaciones de Irache estaban totalmente repletas, acudiendo gentes de toda España a la llamada de los altavoces que entonaron himnos carlistas, con intercalación de consignas.

Apoteósico recibimiento

Aproximadamente a las diez de la mañana llegaron directamente a la campa de Irache la Princesa Doña Irene y la Infanta Doña María Teresa que fueron acogidas atronadoramente. Los requetés de escolta se las vieron y desearon para proporcionarles un mínimo espacio vital, mientras las Señoras saludaban gentilmente a todos.

Sus Altezas pasaron revista a dos Tercios de Requetés, acompañadas del Jefe Regional, señor San Cristóbal, y del comandante Elena. Presidieron a continuación el desfile de los voluntarios, que marchaban con banderas y bandas.

Doña Irene vestía un traje beige-blanco y se cubría con boina blanca, flordelisada; Doña María Teresa vestía un traje sport verde y se tocaba con boina roja.

Vía Crucis

A pesar de la lluvia, las Señoras iniciaron a pie la subida, siguiendo con todos el rezo del Santo Rosario y el ejercicio del Vía Crucis, que dirigía el catedrático y capellán de la Hermandad, don Joaquín Vitrián.

En la cumbre

A la cumbre comenzaron a llegar los primeros grupos densos a eso de las 11,30. En los micrófonos, don Pedro Lombardía y el estudiante don José Fermín Arraiza, glosaban la significación del acto. La perfecta separación entre lo puramente religioso y lo nítidamente político, y en lo religioso, el sentido de este momento masivo en sufragio de las almas de nuestros héroes y mártires. Se prohibió terminantemente el reparto de octavillas durante las celebraciones religiosas.

Cuando faltaban cuatro cruces para que llegaran a la cumbre las Señoras y el grueso de los peregrinos ya la cumbre estaba literalmente rebasada. Ningún año ha estado tan absolutamente llena y desbordada como este.

Durante la espera, la Banda de cornetas y tambores del Requeté y Círculo de Sangüesa amenizó a los congregados, y entonó la Marcha de Infantes cuando llegaron Sus Altezas, que fueron recibidas con enorme entusiasmo. A pesar de los esfuerzos del Requeté de contención, que mandaban Bonafau y Astrain, el cordón fue roto.

Santa Misa

Celebró la Santa Misa el capellán de la Hermandad. Dirigió oraciones, salmos y cánticos el párroco de Cizur Mayor, don Javier Lorente. Las Señoras ocuparon reclinatorios. En lugares destacados vimos, entre otros a don Manuel Piorno y don José Puig, delegados regios y miembros de la Junta Suprema: don José María de Zavala, secretario general de la Comunión; el Jefe Regional de Navarra y los miembros de esta Junta señores Martínez Erro y Jordán de Urries.

La Misa fue emocionantemente comunitaria. Comulgaron las Señoras y algunas autoridades.

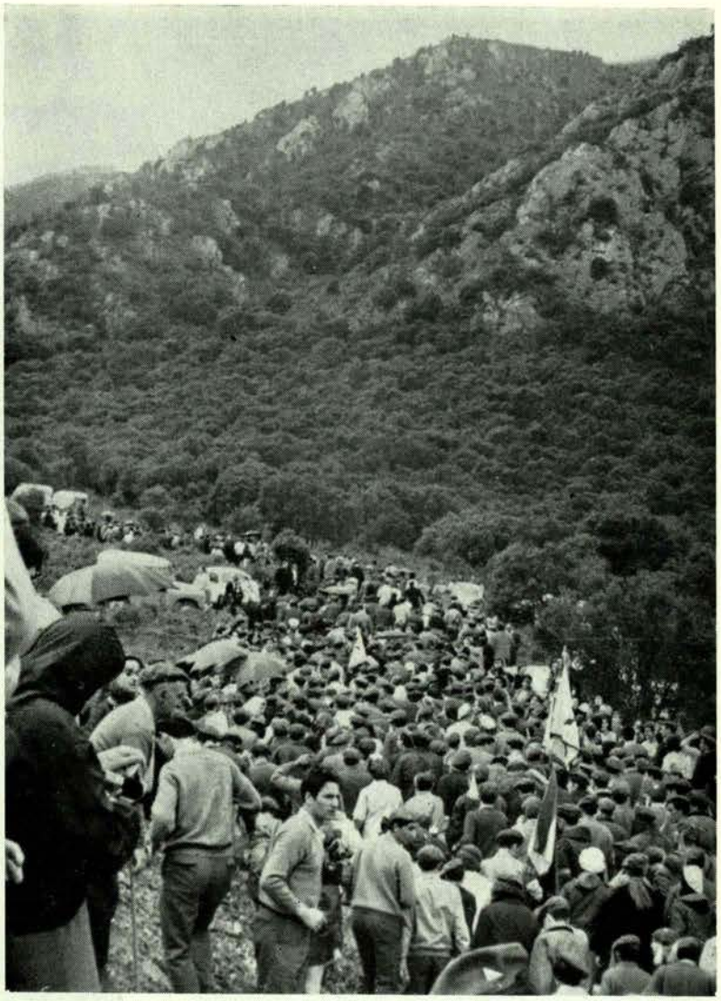
Un detalle elegante: una avioneta del Real Aero Club de Navarra arrojó un ramo de claveles, que Doña Irene entregó para que se depositara a los pies del Cristo negro.

Se rezaron responsos por todos los Mártires, por un requeté riojano muerto en accidente cuando venía a Montejurra —también murió según nos comunican una margarita vizcaina—, y por uno de los fundadores del Vía Crucis: el señor Larumbe.

Dicastillo, Irache, Estella

Las Señoras, que fueron despedidas con amor de delirio, bajaron a Dicastillo, donde visitaron a las familias de Barbarin y Landa, y gustaron un vino navarro. De allí, por expreso deseo de Doña Irene y a pesar del pésimo tiempo, regresaron a Irache para almorzar al aire libre, en medio de centenares de carlistas. Les acompañaban, entre otros damas, las señoras de Palomino, Zabala y doña María Asunción Suarez de Figueroa, señora de San Cristóbal —que el día anterior había ofrecido a Sus Altezas y autoridades de la Comunión un aga-

S. A. R. Infanta María Teresa refleja en su rostro la emoción de encontrarse, una vez más, con el fiel pueblo carlista, en Montejurra de 1968.



sajo en su casa de Pamplona— y Pilar Díaz Iribarren.

En Estella, bares, fondas, restaurantes y asadores estaban no ya al completo, sino con las escaleras llenas de aspirantes a una silla vacía. El almuerzo oficial tuvo lugar en El Oasis, y fue presidido por el Presidente de la Junta Suprema, don Juan José Palomino —que fue muy ovacionado a su llegada—, María Pilar Fernández, como secretaria de la Hermandad, y los señores Piorno, Puig Pellicer, Zavala, San Cristóbal, Martínez Erro, Jordán de Urríes, el capellán nacional don Edistio Sancho y don Julio Ros, en representación de la Junta de Estella. Hubo numerosísimos comensales.

Aplausos bajo la lluvia

Las Señoras, en un jeep descubierto y bajo la lluvia —pues quisieron, tanto durante el almuerzo como a la tarde, participar de las incomodidades debidas a la adversa meteorología—, entraron en Estella y dieron una vuelta a la plaza de los Fueros. Es imposible describir aquel ahogo de apreturas, aquel atronar de ovaciones, aquel continuo oir vivas a la Familia Real de España. Baste un dato: en recorrer el trayecto entre la estación y la plaza, y circunvalar esta, las Señoras —conducidas por don Juan Andrés Ruiz de Alda— tardaron casi media hora. Era imposible contener el entusiasmo, a pesar de que los Requetés y los legionarios de escolta se emplearon a fondo.

Después, las Señoras, acompañadas del secretario de Don Carlos, señor Romera, emprendieron viaje de regreso a Madrid.

Acto político

La multitud, como puede verse en las fotografías, abarrotaba absolutamente la plaza —salvo el espacio cercado de las obras del quiosco— y las bocacalles y calles adyacentes. Y escuchó en un impresionante silencio, sólo roto por los aplausos, los discursos. Ningún año anterior habíamos observado tal silencio, incluso en los bares y en los porches. La multitud quería oir lo que oyó, y refrendó las palabras con ovaciones múltiples. Pancartas muy rotundas pedían autenticidad y representatividad sindicales, soluciones para la Universidad de oportunidades culturales, políticas y sociales.

El Jefe Regional saludó a todos y leyó un Mensaje de Don Javier. El procurador en Cortes por Navarra, don Auxilio Goñi, pronunció un discurso muy meditado y muy bien acogido. El abogado riojano don Santiago Coello hizo vibrar a todos con su parlamento, en nombre de la juventud. Finalmente, el secretario general de la Comunión leyó una Declaración de la Junta Suprema sobre el actual momento político. Declaración que ha sido facilitada a la Prensa y que sentimos no poder publicar, por causas que no son falta de deseo.

Todos fueron muy ovacionados. Finalmente, y a la voz del Presidente de la Junta Suprema, señor Palomino, todos entonaron el Oriamendi y dieron vivas a Cristo Rey, a España, a los Fueros y a la Familia Real.

Queremos señalar que este año, el horario se cumplió a rajatabla, y como siempre, el orden fue perfecto.

Montejurra y Quintillo 1968

SS. AA. RR. Princesa de Asturias Doña Irene e Infanta Doña María Teresa, presencian el brillantísimo desfile, en la tribuna de Irache, falda de Montejurra.

Dos escenas de la ascensión a Montejurra. Todas las veredas con «riadas» de requetés y margaritas.

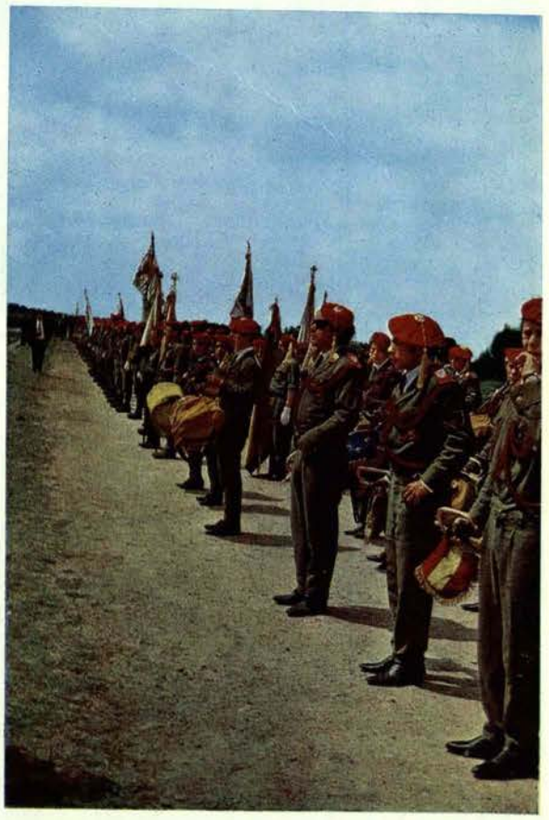
En una de ellas puede observarse que no arredra a los carlistas la lluvia; y en la otra, en primer término, se ven las cruces y banderas de los Tercios y al fondo una bellísima panorámica de Estella.

Quintillo.—La Srta. Barrau, madrina del Banderín del Requeté, en un momento de su discurso.

Doña Irene y Doña María Teresa, justamente se ve su perfil, siempre alegres y sonrientes avanzan camino de la cumbre.

En competencia con Montejurra, el Quintillo dio este año una colosal concentración, con asistencia de las mismas reales personas que en Montejurra, Doña Irene y Doña María Teresa de Borbón Parma.

Nuestros lectores podrán admirar distintas escenas, en el altar, formación de requetés, etc., y en la tribuna con Doña Irene y Doña María Teresa a Don Manuel Fal Conde, Duque de Quintillo.



El Tercio sevillano de Ntra. Señora de los Reyes, forma, con su banda de trompetas, en la campa del «Quintillo»

Doña María Teresa, tan querida por los carlistas, sonríe complacida.

Mandos militares, heroicos, bien conocidos, en Montejurra.

D. José María Valiente asistió, sin ostentar la Jefatura de la Comunión ni Delegación del Rey, pero siempre con su gran personalidad.

La Princesa de Asturias, Doña Irene, dando pruebas de amor a España.

La revista levantó un puesto de venta y suscripción. Ayuda tú también eficazmente a MONTEJURRA.

La Princesa e Infanta suben rodeadas del fiel pueblo carlista, ¡lo mejorcito de España!

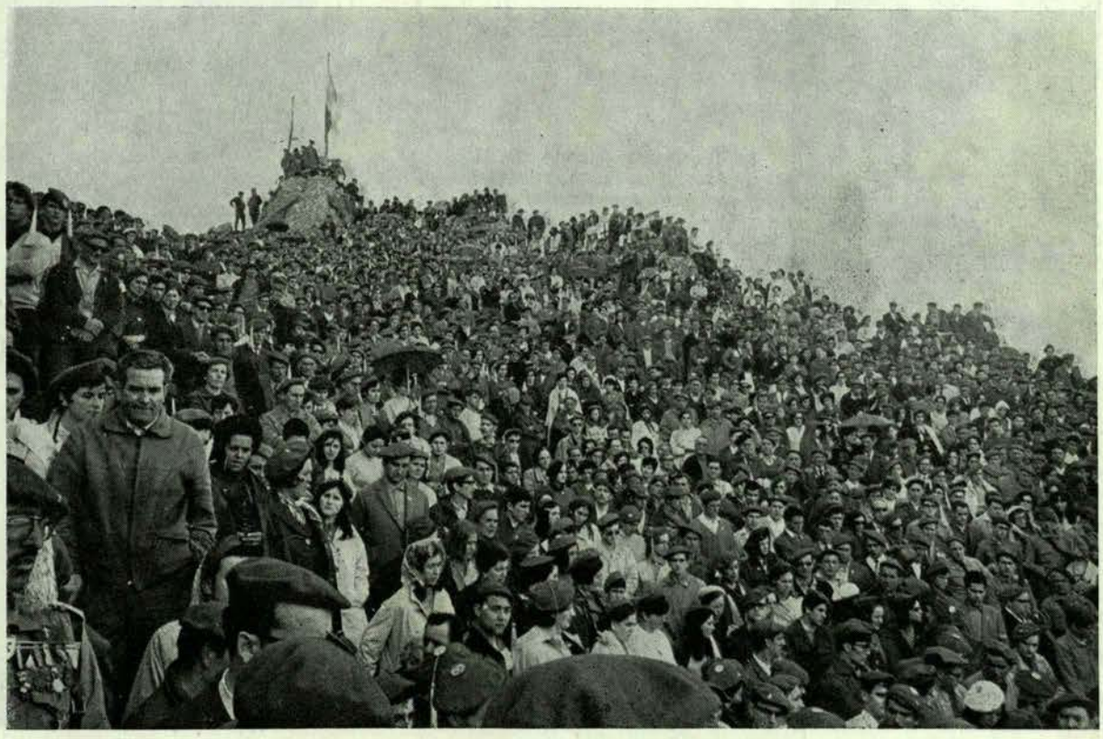
D. Auxilio Goñi

Procurador en Cortes por Navarra

Pronunció un vibrante discurso, en la Plaza de los Fueros de Estella, el 5 de mayo, día de la Concentración Carlista.

MONTEJURRA, hubiera querido reproducirlo integro, para conocimiento de todos nuestros lectores. Parece ser, por la incautación de los periódicos «El Pensamiento Navarro» y «Diario de Navarra», que contenía presunta materia delictiva, ya que se ha incoado sumario sobre el mismo.

Como todavía no ha recaído fallo judicial, MONTEJURRA, lamenta el hecho, que le impide transcribirlo legalmente; no pudiendo por otra parte dilatar más la salida del número extraordinario, que dedicamos a los brillantes actos carlistas, celebrados el día 5 de mayo de 1968, fecha memorable de la Tradición en la montaña de Montejurra y antigua corte del Rey Carlos VII en Estella.



El pueblo carlista, que sabe mucho de persecuciones en su dilatada historia, cierra sus filas con más tesón que nunca en defensa de sus inmutables principios y lucha por conseguir una España en que la justicia social y las libertades regionales sean una realidad. Montejurra, como tantos otros actos por toda la península, son un claro ejemplo.

SS. AA. RR. Doña Irene y Doña María Teresa presencian desde la tribuna el desfile del Requeté y corresponden a los vítores de adhesión de que son objeto.

Otra vista de la cumbre de Montejurra con el público estacionado en las inmediaciones, por ser insuficiente la campa del mismo para todos los asistentes.

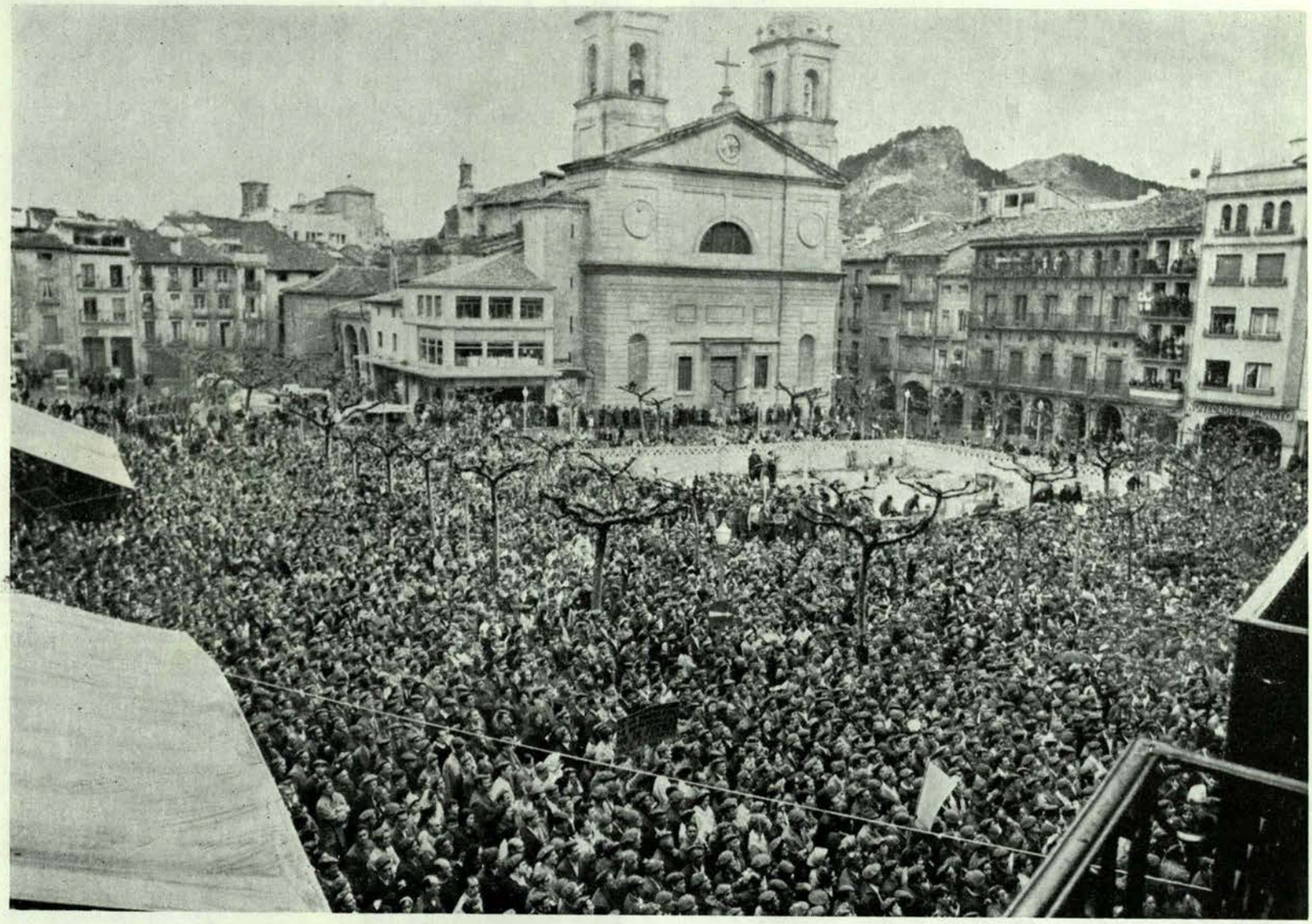
Un grupo de expedicionarios sevillanos reponen fuerzas antes de iniciar la subida a la cumbre de Montejurra.

Los requetés excombatientes de la Cruzada, siempre, aunque viejos, en edad de «quintas».

La Legión, en donde sirvió S. A. R. Don Sixto, también tuvo sus representantes en la Montaña de la Tradición.

¿Quién dijo los últimos románticos? Una familia con la cuna, incluso, del «bebé» que logrará perduren los «románticos» sin ser nunca los últimos.

¿Son guapas las Margaritas?



ENTREVISTA DE "LAE"
A D. AUXILIO GONI

LA EVOLUCION DEL CARLISMO

¿Hay alguien en este país que no sepa quién es don Auxilio Goñi? Se trata de un procurador en Cortes de los llamados «familiares», carlista, que ha pronunciado en Estella, con motivo de la anual concentración de Montejurra, un discurso muy comentado.

Dada su significación, nos ha parecido que don Auxilio Goñi era persona indicada para contestar a una pregunta que se hacen no pocos españoles.

Hela aquí:

—¿Cómo puede ser definido el carlismo adscrito a la familia Borbón-Parma?

Don Auxilio Goñi, con la sinceridad que le caracteriza, nos ha contestado:

—La adscripción del carlismo a la familia Borbón-Parma es total y sólida. También es intensamente afectiva, carácter lógico en monárquicos.

»En su casi totalidad, la masa carlista, no está en condiciones de sostener una polémica respecto de las razones, datos o hechos que abonen la legitimidad de los derechos sucesorios de esta nuestra familia real. Y por supuesto, yo tampoco. Razón obvia: no soy historiador, ni jurista. Sólo soy un modesto químico. Pero ya tenemos historiadores y juristas a los que la masa carlista en la que me cuento, tenemos otorgada nuestra confianza y que sí que están en condiciones de polemizar. Y, anécdota, recuerdo haber leído, allá por los años treinta, un discurso pronunciado por Mella en 1909, en el que decía que de extinguirse nuestra rama real recaerían los derechos sucesorios en la familia Borbón-Parma. Su lectura fue para mí la primera noticia de la existencia de esta familia.

»Todo esto tiene su importancia, pero aún la tiene muchísimo mayor la otra cuestión. Y es que los carlistas, y yo entre ellos, perciben con claridad meridiana que todo el tesoro de tradición de España, su patrimonio espiritual, ha de ser entregado en depósito y custodia a una familia real. Se trata de la cartera de valores de la Patria. Lo que ha de servir de guía a la Patria en su andar futuro. Y la masa carlista ha visto con total certeza que en la familia Borbón-Parma hay una total garantía de que tal patrimonio espiritual será íntegramente conservado y también que la evolución inevitable, deseable y continua, va a ser lógica y en tal manera ortodoxa, que la tradición será constantemente enriquecida. Y que por el contrario no existe esta garantía en otras familias reales, ya que si algo puede percibirse es justamente en sentido contrario.

»Y he nombrado la evolución y voy a hacer un inciso, o si se quiere un «exciso». Suele causar asombro la excepcional supervivencia del carlismo, que dicen ser un fenómeno no explicado. Y sin embargo es tan lógica que lo asombroso para mí es que casi nadie se dé cuenta de que entre otros hay un motivo fundamental que consiste en que es, y ha sido siempre, la colectividad política española dotada de la máxima capacidad de evolución. Los adjetivos de «arcaico», «retrógrado», etc., no son más que parte de una leyenda negra que ha cegado a sus propios fabricantes y que el tiempo y los hechos borrarán. Esta capacidad de evolución mantiene al carlismo siempre vivo, joven y en línea de vanguardia, mientras a sus flancos derecho e izquierdo, otras colectividades políticas, sucesivamente, van muriendo de viejas.

»Y ahora, pregunto yo: ¿Perciben ustedes la evolución del carlismo en estos treinta últimos años, familia Borbón-Parma al frente? ¿Perciben ustedes, por el contrario, el aferramiento a esquemas, de otras colectividades a nuestra derecha e izquierda, incluídas monárquicas de otras adscripciones? Entonces, díganme: ¿De quién es el futuro?

El Jefe Regional de Navarra, Sr. D. Miguel de San Cristóbal.

Doña Irene y Doña María Teresa ante la Santa Cueva.

Caso inédito: Princesa e Infanta en coche descubierto, recorren la Plaza de los Fueros, en Estella, ante el clamor de la enorme multitud concentrada.

Serpentean, por vericuetos, miles y miles de carlistas para los cuales lo difícil e incómodo es fácil y grato.

Dos banderas, dos amores; por ellas se vive y muere.

Palabras de Santiago Coello en Estella

" Para terminar con el separatismo hay que acabar también con el centralismo "

Carlistas, amigos: Voy a hablar en nombre de la juventud. De toda la juventud, de la universitaria, de la que trabaja en campos, talleres y oficinas. Nos preocupan a los hombres jóvenes, al Carlismo, muchas cosas en estos momentos. Examinemos algunas:

LA UNIVERSIDAD, PROBLEMA DE TODOS

La Universidad es símbolo de toda la problemática española presente. Está gravemente enferma. Importa acertar con el diagnóstico.

El de la Universidad no es problema de orden público, ni a resolver por la fuerza pública.

Es de estructuras. Las de nuestra Universidad son de Burguesía decimonónica. No garantiza la preparación profesional que el mundo de hoy exige.

Nuestra era vive el problema de la educación de las masas, de la igualdad de oportunidades.

Esto es un problema político, de diálogo por tanto, como el actual Ministro ha reconocido.

Urgente era reconocerlo, pues si se quiere arrebatar la bandera de las reivindicaciones justas a unas minorías extremistas que saben lo que quieren y a dónde van, es preciso dejar de tratar al cuerpo estudiantil como a menores de edad política; a ellos, los rectores de la Sociedad del mañana, hay que brindarles una bandera sugestiva de reformas estructurales de la Universidad: Autonomía, Profesorado, nuevas Universidades, desmasificación, representatividad, etc., o su ruptura con las estructuras de una Sociedad que no acepta, será cada vez mayor.

Hay que entender, como ha dicho Don Carlos, cuál es la misión de la juventud universitaria:

«La principal misión del universitario es formarse. Pero ello no excluye la actividad política. El universitario para adquirir su plena personalidad universitaria ha de ser capaz de comprometerse. Compromiso que en el ámbito universitario significa participación activa en todos los Organismos representativos de la vida académica».

Pero el Gobierno no ha escuchado las advertencias, ni del Carlismo, ni de los Catedráticos, ni de los educadores, ni por supuesto de los estudiantes, no habiéndose emprendido en seis años de disturbios la más mínima reforma.

Esperamos y deseamos que aún se esté a tiempo para que el diálogo dé pronto sus frutos.

OTROS PROBLEMAS DE NUESTRA SOCIEDAD

Ante esa actitud del Universitario, surge la pregunta:

¿Cómo es la Sociedad presente y cuál es su actitud ante el cambio?

La paz, bien preciado al que todos aspiramos, está edificada sobre arena. ¿Por qué?

1.—Por la permanencia de unas estructuras capitalistas y anacrónicas en nuestra Sociedad.

2.—Por el miedo de las gentes conservadoras, a todo cambio, a toda innovación.

Incluso en el orden religioso hay resistencia a aceptar las conclusiones del Concilio. Sirvan de ejemplo esas 19 o 20 diócesis sin proveer. Como católicos seguimos al Papa y al Concilio y no comprendemos que un Gobierno que se dice católico no encuentre soluciones rápidas a sus diferencias con el Santo Padre.

3.—Por ignorarse sistemáticamente la personalidad de los variados pueblos de la Península, creando tensiones graves. Hay separatistas y separadores. El Carlismo hace más de cien años que propone las mismas soluciones forales al problema separatista. Lamentamos que en 30 años el Régimen no lo haya afrontado en su raíz con una Ley Regional. Parece que últimamente se adivina mejor disposición mental hacia esta candente cuestión. Para terminar con el separatismo hay que acabar también con el centralismo.

4.—Por considerar todo conflicto social como un ataque a la Autoridad.

5.—Por la existencia de una minoría marxista que trabaja activamente aprovechándose de la situación de desconcierto y que goza en la práctica de más impunidad que otros grupos.

6.—Hay, además, una evidente crisis de Autoridad, hasta el punto de que podemos preguntarnos: ¿Existe la Autoridad hoy en España?

Autoridad no es el Poder, que es mera fuerza. La Autoridad necesita, valga la redundancia, autoridad moral para mandar, premiando a los que persiguen el bien común y sancionando a los que entienden dicha meta como su «meta», esto es el bien supremo de la Comunidad Nacional como el suyo propio.

Es urgente aprender a dialogar. Del diálogo surge la confianza, hoy devaluada.

«Las clases dirigentes tienen que reconocer el signo del presente, estructurando la Sociedad de forma que todos tengan participación en el poder.

Democracia no es votar, es participar.

Está ya a la vista un nuevo orden social. Nos corresponde impulsarlo e inspirarlo en principios sociales cristianos. Si falta nuestra presencia decidida, la Sociedad tomará un rumbo del que seremos responsa-

bles. Responsabilidad que recaerá especialmente sobre quienes se inhiben escudados en la honradez y la prudencia».

Estas palabras del Príncipe Don Carlos, pronunciadas hace diez años en el histórico Montejurra del 4 de mayo de 1958, mantienen un vigor impresionante.

Hacen falta ideas claras sobre el asunto y, sinceramente, no vemos que el Gobierno las posea. Falta de clarividencia, por tanto, de los políticos que no «detectan» estas realidades sociales, que ignoran las corrientes de abajo a arriba; que se aislan del país real produciendo un divorcio entre éste y el oficial.

«La garantía de la libertad está en el pluralismo. Sin embargo en las Sociedades de hoy los pueblos piden protección y se quejan luego de no tener libertad. Para salvar ambas es necesario instaurar una Sociedad en la que seguridad y justicia surjan naturalmente de sus propias estructuras, revitalizando el espíritu comunitario de las Instituciones sociales».

Otra vez nos vienen como un eco estas palabras del Príncipe Don Carlos en su mensaje de 14 de mayo de 1961 a los reunidos en Montejurra, y para alcanzar esa meta no cabe la menor duda que se debe dar paso a las nuevas generaciones acabando con la escasa rotación en los cargos directivos, consiguiendo así que el impulso generacional no se pierda sino que se aproveche en beneficio de toda la Comunidad.

Hay que abrir cauces políticos para expresar las opiniones, sino ¿dónde está la concurrencia de criterios?

DOCTRINA SOCIAL DEL CARLISMO

Una parcela fundamental en dicha concurrencia somos nosotros: el Carlismo y su doctrina social.

No es fácil hablar de la doctrina social del Carlismo. Porque ¿hay algo en el Carlismo que no sea doctrina social?, como ha dicho Pedro José Zabala.

De ahí que anunciada la nueva Ley Sindical, expongamos sucintamente los más importantes rasgos de nuestra postura ante la cuestión:

Conseguir unos Sindicatos fuertes, profesionales por rama de producción, sin vinculación a Estado ni Movimiento o grupo alguno. Representativos en todos sus escalones y mandos. Con una separación de los intereses económicos y sociales en tanto no se haga la reforma de la Empresa.

Hay que realizar con justicia la reforma de la Empresa para hacerla comunitaria, cálida, cristiana en definitiva, para que el salario sea el beneficio del trabajo y no un costo más del producto, con el mismo derecho al menos que el interés o el dividendo es el del Capital, y al hablar de la Empresa nos estamos refiriendo también a la Empresa agraria.

En tanto no se consiga dicha reforma, establecer una escala móvil de salarios de reajuste automático y terminar con los despidos injustos y con las limitaciones legales en las indemnizaciones.

Hay que reestructurar la Banca poniéndola al servicio de la Comunidad nacional. Crear Bancos sindicales.

Supresión del proteccionismo a las Empresas marginales y creación paralela de un fondo de paro que «cubra» el salario real.

Mayor control de los beneficios en las Empresas monopolísticas de servicios públicos.

Limitación en las percepciones de los Consejos de Administración, modificando la Ley de Sociedades Anónimas de tan acusado matíz capitalista. Terminar con la especulación del suelo urbano, municipalizándolo.

Aumentar la cogestión del trabajador en la Empresa. Modificar su legislación para que la propiedad cumpla la función social que le corresponde. «Lo que exceda de lo preciso debe darse al necesitado» como ha dicho la «Populorum progressio».

Políticamente la garantía de tal principio debe estar en las leyes fiscales. No debe ser para ello precisa la lucha de clases, sino el diálogo pues en inigualables palabras de Don Carlos en su mensaje del año 1961:

> **«El 18 de julio fue el pueblo, el pueblo que ni siquiera tenía propiedad, el que defendió la propiedad. Pero no para arrebatársela a los que la tenían sino para hacerla accesible a todos».**

POSTURA DEL CARLISMO ANTE LOS ACTUALES PLANTEAMIENTOS POLITICOS NACIONALES E INTERNACIONALES

Por eso en el actual planteamiento político, el Carlismo responde a los problemas de la Sociedad actual con decisión. «La organización de la Sociedadad es inactual porque está basada en la riqueza».

La Sociedad tradicional que propugnamos ha de estar basada en el trabajo con su jerarquización inherente de funciones sociales, no de clases sociales, y con una movilidad social a través de la enseñanza gratuita que es la igualdad humana de oportunidades.

Esta es la misión de la Monarquía legítima: «garantizar a todos el acceso a la cultura, a la riqueza y al poder». Y si se ha votado la Monarquía Católica, Social, Tradicional y Representativa, que no se siga el camino de imponer la Monarquía capitalista, palaciega, burguesa y retrógrada.

Queremos la evolución de nuestras estructuras. Se ha prometido la democratización. Entonces que se haga. Que se escuche al país.

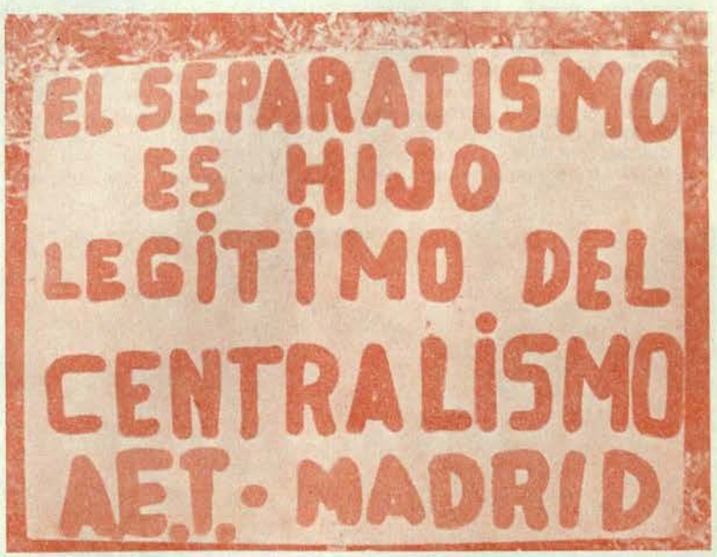
Aplaudimos por ello sin reservas la política del Gobierno sobre Gibraltar. Unicamente quiere saber el Carlismo y creo que todo el pueblo español a cambio de que devolverán los ingleses el Peñón. Lo decimos pensando en que la Gran Bretaña no acostumbra a hacer regalos. No quisiéramos que a cambio de devolver la Roca a España, tengamos los españoles que estar gobernados por un Battemberg, aunque sea de la Casa de Borbón.

También quisiéramos saber si después de lo de Fernando Poo y Río Muni, es la intención del Gobierno continuar con Sidi-Ifni, el Sahara e incluso Ceuta y Melilla, o a la inversa, seguir con la política de neocolonialismo, que suponen la permanencia de Bases americanas y el control por el capital extranjero de nuestras Empresas.

Creemos que un Pueblo tiene el derecho de saber adonde le llevan y si es monopolio del Gobierno el disponer libremente del Territorio Nacional y del futuro de un país.

HACIA LA MONARQUIA DEL PUEBLO

No es mucho por tanto el que en esta hora de la vida política de España, pidamos justicia para nosotros, para el Carlismo, en esa prensa mucha de la cual procede de nuestros antiguos periódicos carlistas y en esos medios de comunicación de masas en que sistemáticamente, con honrosas excepciones, se nos combate, igual que a la Dinastía Borbón-Parma. Bien que citen nuestros actos, pero es intolerable que se aireen en un Régimen nacido del 18 de julio, los de



Si el Gobierno quiere una política de edificación del futuro, abierta, respetuosa con las fuerzas constructivas del país, tendrá al Carlismo dispuesto a participar para facilitar, con los demás españoles serios, solventes, la necesaria evolución pacífica de nuestras Instituciones.

Para una política de colaboración sincera entre la Sociedad y el Estado es preciso informar al pueblo **sin reservas.** Ya se trate de nuestras relaciones con el Mercado Común como de la coyuntura económica, orientando nuestra economía en la dirección adecuada, terminando con la inquietud presente en la materia.

una Dinastía que fue su causa eficiente.

Por eso es posible que, hoy, efemérides, **noticia** en suma de las más importantes en el año político español se escamotee en algunos órganos de expresión su auténtico significado de lealtad a unos principios y a una familia, la Borbón-Parma, cuando el bautizo de un miembro de la Dinastía que abocó con su deserción del 14 de abril a un 18 de julio ha merecido los honores de los grandes alardes tipográficos, si bien a muchos de esos periodistas (algunos ya veo están) yo les digo que vengan aquí o al Quintillo, Haro, Algemesí, Montserrat, etc., y comprobarán que voso-

tros sí sois capaces de sostener la Monarquía, la de nuestras Leyes, pues si de «aquéllos» los de Barajas, Serrano y la Zarzuela, dependiera su futuro, como algún periódico dijo «pobre de ésta».

Nosotros sí sostendremos la Monarquía, pues podemos preguntarnos: ¿Es indiferente la cuestión de Régimen, como algunos que votaron en Monárquico en el Referéndum ahora postulan?

En el terreno especulativo sí. En España, País concreto, no. Soy monárquico, pero ante una Monarquía que sólo fuera «Puente», prefiero la República.

Una «salida» monárquica como la que propugna la oligarquía, al llevar en sí misma el fermento de su destrucción, haría inviable todo intento futuro de instaurar la Monarquía Tradicional.

De ahí, que el peor enemigo que tiene la Institución, proviene de Príncipes que ni sienten su oficio, ni se lo ganan cada día. Y que al primer soplo de unos votos mal contados abandonan el Trono, al parecer, casi con un suspiro de alivio, como a quien le liberan de una obligación penosa y que sólo por cierto fatalismo histórico se desempeña, sin que «su» pueblo de Madrid, pestañeara siquiera.

Por ello, si las cosas no cambian, y han de cambiar mucho, ahora, hoy con la legalidad, no con la legitimidad, en la mano, las normas sucesorias —veámoslo claro de una vez— pretenden algunos sean un traje a medida para determinados príncipes, que no pueden aportar otros méritos, que la posesión de un pasaporte español, algo que se viene eludiendo a unos Príncipes españoles, los únicos capaces de hacer posible la Monarquía Tradicional: a Don Javier, el del pacto con el Ejército, junto con don Manuel Fal Conde, en nombre del pueblo, en julio de 1936; a Don Carlos-Hugo el Príncipe Minero, el de Montejurra, el de la justicia social, el que ha dicho que la Familia Real somos todo el pueblo.

Pues bien, digamos a quien corresponda con palabras del propio Don Carlos:

«Ante el 18 de julio no caben complicidades tácticas. Quienes buscan soluciones que no broten de él, aparte de cometer una traición o capitular, demuestran que son incapaces de percibir la hondura histórica de este hecho».

Por tanto hay que concluir que quienes buscan soluciones al margen de tal hecho histórico, están desviándose de lo que significa y eso, por nuestros muertos y por nuestros hijos, los carlistas no lo consentiremos. Esto lo afirman quienes estando dentro del Movimiento Nacional, no han estado, ni están dentro del establecimiento. No hemos vivido del Régimen ni de sus favores, ni la Dinastía, ni los Carlistas.

Rompamos de una vez con los tópicos.

Somos políticos, actuamos en la vida pública del país y nuestros actos han de responder a esta proyección pública.

No nos dejemos encasillar, que es tanto como fijarnos al terreno, aunque sea éste tan emotivo como Montejurra; eso es lo que quieren ellos.

No, bajemos al llano, a las ciudades, a los campos, a las fábricas, a la Universidad y hagamos de cada uno de esos lugares, un Montejurra diario de entrega y servicio.

¡Suplamos con nuestro entusiasmo y nuestra juventud nuestra pobreza de pueblo trabajador. No traicionemos con nuestra pasividad, con nuestro entusiasmo de un día, a quienes lucharon para que hoy podamos cumplir con nuestro deber.

Digamos claramente que porque tenemos pueblo que ama la justicia social se nos envidia, porque somos capaces de defenderla se nos teme y porque somos consecuentes y leales a un 18 de julio, se nos quiere eliminar por algunos, al igual que se pretende hacer con Falange, del juego político del futuro del país.

¿Por qué, podemos preguntarnos?

Porque estorbamos al juego de la oligarquía capitalista, que jugando al peligroso deporte de encontrar «comunistas» hasta debajo de los altares, apuestan a una Restauración nefanda, para mantener sus privilegios.

Luego querrán, cuando peligren sus «beneficios» que esos tíos tan estupendos que son los requetés vuelvan a sus quijotadas!

¡Basta! Si para tal fin son fácil juego los miembros de una Dinastía que nos precipitó a la catástrofe mayor de nuestra historia moderna, alentó a una Burguesía y a un Capitalismo, dejando al trabajador sin más capital que la fuerza de sus brazos, nosotros decimos:

No lo consentiremos, pues como ha dicho Don Carlos: la futura Monarquía o será Sindical o no habrá Monarquía.

Sólo pueden pensar lo contrario los que no conocen al pueblo; los que pontifican desde determinados periódicos y oráculos, queriendo dar ya todo resuelto.

Esos no conocen al pueblo español; para eso hay que ir por valles y mesetas, calando en lo más hondo del ser vuestro, como hacía Vázquez de Mella cuando recorría los Círculos Carlistas, ¡para aprender!, él, el gran Tribuno de la Tradición.

En fín, hace falta ver este espectáculo de la plaza de los Fueros, —de las libertades concretas por tanto—, para entender que el Carlismo tiene doctrina social, la mejor, vosotros que sois actores de la misma, al punto de que si acertáramos a expresar en normas jurídicas todas vuestras ansias de justicia social, escribiríamos la más extraordinaria Carta Magna de los derechos del hombre.

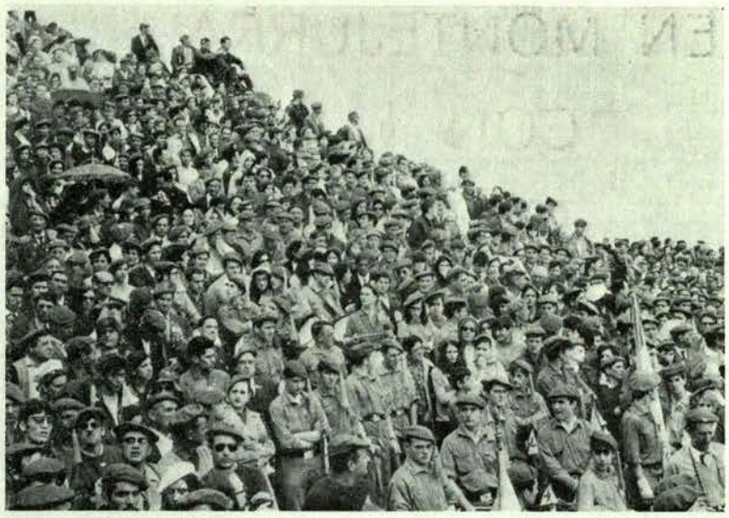
Todo ese contubernio junto con algunos apellidos que «sonaron» como carlistas, quisieran reducir a nuestros Príncipes al silencio, al ostracismo político.

¿Sabéis por qué?

Porque estorban a sus fines; porque son el índice debelador que implacablemente, pero con elegancia deportiva y rigor intelectual difícilmente superable, vienen señalando las desnudeces y las debilidades de tantos y esto siempre enoja a los fariseos y de éstos hay muchos en España.

Digámosles desde este ágora, desde esta Cátedra de Lealtad a las Españas forales: ¡Ojo con pretender alzarse con el santo y la limosna! Lo impiden un millón de vidas españolas de ambos lados y una juventud magníficamente representada en esta Plaza de los Fueros de Estella, que está, que estamos dispuestos a que nuestra Patria, de verdad, tenga un futuro, y ese futuro es nuestro. Lancemos nuestro mensaje de esperanza.

Viva España
Vivan los Fueros
Viva el Rey Javier



PUEBLO... Y

DINASTIA

Tres escenas fervorosas, únicas, densas, del pueblo carlista unido con la Familia Real.

Entusiasmo y adhesión que la lluvia no pudo impedir ni restar.

EN MONTEJURRA CON TRADICIONALISTAS FRANCESES

Para quien piense que la concentración anual de Montejurra es una mera reminiscencia de glorias pasadas o una vistosa romería folklórica que nos permite a los carlistas dar rienda suelta a nuestras «aficiones montaraces», sin más repercusión que la que le podemos dar nosotros, voy a relatar lo más brevemente posible mi MONTEJURRA 1968.

La víspera, una feliz casualidad me hizo coincidir, en «El Pensamiento Navarro», con un grupo de nueve estudiantes franceses de la Universidad de Poitiers, que pertenecen a una asociación tradicionalista inspirada en la ideología y principios de los «Chouanes» de la Vendée. Les acompañaba José María Baeza Herrazti, Jefe de la Comunión Tradicionalista en Ceuta. Los Jefes del grupo francés, Jean Auguy y Jacques Mennier, son también, el primero director, y el segundo redactor de la revista «LECTURE ET TRADITION», la cual en su número correspondiente al mes de junio del pasado año, publicó un elocuente artículo dedicado a Montejurra 1967, firmado por J. Meunier, que con algunos de los componentes del grupo del presente año vino ya el anterior.

El sábado por la noche, Baeza y yo les acompañamos a Estella, y en nuestro Círculo pudieron ya vivir un anticipo de lo que es y de lo que significa el acto de Montejurra. Estella, en esa víspera, es el volcán a punto de explotar. Calor de ebullición, estrépito apenas contenido de lo que, al día siguiente, será desbordamiento total, mar de lava incontenible, puesto al rojo vivo por los millares de boinas que todo lo arrollan y lo invaden. Nuestros huéspedes alternaron con carlistas de Valencia y Cataluña y fueron saludados por uno de los dirigentes de SUCCVM de Zaragoza, Esteban Escobar Frauca, navarro que estudia en la capital aragonesa y por el presidente del Círculo Tradicionalista de San Sebastián, don J. José Peña. Estaban francamente emocionados por la cariñosa acogida que se les dispensaba e impresionados por ese ambiente de sincera hermandad y de desbordante entusiasmo que sólo se respira en nuestros centros carlistas. La alegría y la emoción que nos invaden, a los que nos volvemos a encontrar, después del último Quintillo, tan reciente, o de la cita real en Fátima, tan memorable, se manifiesta en abrazos y en exclamaciones, es algo indescriptible, y nuestros amigos tradicionalistas de Francia no están lejos de envidiarnos cordialmente estas ocasiones que tenemos de reunirnos y de volver a coincidir en distintos lugares afirmando así nuestra Comunión, los tradicionalistas del Carlismo, en España o fuera de ella, pero alrededor de los representantes de nuestra dinastía.

De regreso a Pamplona, nos separamos, ya de madrugada, sin saber si nos encontraríamos al día siguiente, ya que íbamos a utilizar distintos medios de transporte, y no resulta fácil encontrarse en Iraché, y menos en Montejurra. Pero, de nuevo, intervino la providencia, y nada más salir del Monasterio, me encontré con el grupo de jóvenes de ambos sexos. El pasado año, por encontrarse con ellos una persona que no podía escalar el monte, se tuvieron que quadar en la primera estación del Vía Crucis. Este año tenían, pues, verdadera ilusión en llegar a la cumbre del gigante. Me improvisé guía, y les llevé por atajos para avanzar con más rapidez. Durante el trayecto, respondí lo mejor que pude a sus preguntas: origen del Vía Crucis, inscripciones de las Cruces, batalla que tuvo lugar en el Monte, etc. Todo les interesaba. Una cosa les sorprendía y les parecía increible, ver que el camino que conduce a la cumbre sigue siendo una torrentera de peñascos que huyen bajo las pisadas, torrentera peligrosa para quien no tenga el pie montañero, y todavía más peligrosa y resbaladiza, este año, debido a la lluvia. Me dijeron textualmente que aquel acto penitencial ofrecía el aspecto de una estampa medieval. Luego, su asombro fue mayor al ver que nuestra Princesa Irene y nuestra Infanta María Teresa se imponían sonrientes la misma penitencia que el pueblo carlista. Esta bastaba, y era más elocuente que largas explicaciones, para que comprendieran el alcance de la indisoluble y entrañable unión

que existe entre nuestra dinastía y nuestro pueblo, caminando estrechamente confundidos, por el mismo sendero, ya se trate del terreno como de la ideología.

Al llegar a la altura de la Cueva Santa, en cuyo recinto ya no se podía penetrar por encontrarse prácticamente invadido por los racimos de boinas rojas colgados de las rocas o apiñados sobre el terreno, su mente no daba crédito a lo que veían sus ojos. Les parecía estar presenciando un encantamiento. Y si miraban hacia abajo, su asombro no era menor, ante el espectáculo de la riada que, contra todas las leyes de la naturaleza, fluía hacia arriba. Miles y miles de boinas rojas guiadas por las cruces de la penitencia y enarbolando sus gloriosas banderas de la Tradición, monte arriba, por todos los senderos. Y en un apiñamiento más apretado, rodeadas, cercadas, dos princesas reales, con boina blanca la una, y roja la otra, coronan la cima del gigante Montejurra. Se estremece el aire con el clamor de unos vítores que expresan el fervor de un pueblo fiel a su Rey legítimo. Los muchachos de Francia también se estremecen, agitan sus boinas rojas... y vitorean a España y a nuestro Rey! Y encuentran encantador y galante, ese gesto de arrojar un ramo de flores desde el cielo, en homenaje a la bella Princesa que nació en el país de los tulipanes.

Durante el descenso, después de la misa, también galante, Jean Auguy me ofrece el apoyo de su brazo para evitarme el peligro de una caída en la pista de barro que es el sendero. Mientras bajamos, me comunica sus impresiones: «Esto es sensacional, —me dice—, entusiasmado. De aquí se sale con ánimos para seguir luchando durante meses, y el resto del tiempo, le anima a uno el solo hecho de pensar en el próximo Montejurra. ¡Qué suerte tienen Vds., los tradicionalistas españoles, de poseer una dinastía que encarna y personifica los ideales que defienden! Los legitimistas franceses viven sólo de un recuerdo, que queda plasmado, precisamente, en «Le Souvenir Vendéen». Pero nosotros, los jóvenes, no queremos que perezcan los principios básicos del Tradicionalismo, que son la defensa de la Religión y de la Patria. Y nuestro deseo es fomentar los contactos internacionales con miras a la divulgación de esta ideología que enaltece a los pueblos y ayuda a la compenetración entre naciones hermanas, hijas de la Civilización Cristiana, como es el caso entre España y Francia. Por eso, nos atrae como un imán este

Montejurra de tan alto valor espiritual, donde se expresa la Fe de un Pueblo cristiano y patriota, que nos da ejemplo de virtudes y nos sirve de guía. Yo quería que hubiese venido un grupo de 25 ó 30 jóvenes, que además, estaban deseando venir, pero es la peor época del año, la última etapa antes de los exámenes. Sin embargo, espero poder organizar una expedición más nutrida para el año que viene, si Dios quiere. Conviene que nuestra juventud francesa, para no desanimarse, vea a la de Montejurra. ¡Esto es una gran lección! ¡Esto no se ve en ninguna otra parte del mundo!» Creo haber transmitido fielmente el mensaje que me dejó Jean Auguy para los Carlistas de Navarra y de España.

Con mucha pena, me dejaron en Estella, sin poder asistir al acto de la tarde, pues tenían que emprender sin demora el viaje de regreso, algunos de ellos por la obligación de presentarse al trabajo el lunes por la mañana. Teniendo en cuenta que salieron el sábado de madrugada, son detalles que dan mucho más mérito a su viaje realizado única y exclusivamente para asistir a la concentración de Montejurra. Les prometí mantener correspondencia con ellos, para reforzar estos lazos de fraterna amistad y de mutua ayuda en defensa de ideales comunes que no tienen fronteras. Jacques Meunier desea escribir este año una crónica todavía más brillante y documentada, dando testimonio de lo que ha visto y oído en Montejurra. Me lo ha prometido y sé que lo hará.

Por todo esto, considero que mi Montejurra 1968 ha tenido más extensión que el de otros años, puesto que ha rebasado la frontera pirenaica. Cuando los pueblos se conocen, se tratan y se aman, se cumple la palabra del Evangelio, y se desvanece la amenaza del castigo apocalíptico de las guerras.

Pamplona, a 6 de mayo de 1968.

PILAR ROURA GARISOAIN

Los últimos románticos

El periódico «Diario de Navarra» en su número siguiente al acto de Montejurra, publica una crónica, sin firma, que termina con las siguientes palabras:

«Y al ver estos valores humanos en gentes sencillas, se puede considerar a los carlistas como los últimos románticos de la historia de España».

Bien. Ya comprendo que lo dice en son de elogio y como haciéndonos un favor. Pero, la palabra «romántico» admite varias interpretaciones y habrá que aclararla.

Si se identifica la expresión «romántico» con soñador o iluso, es decir, con una persona que no se da cuenta de que las cosas son de otra manera la que él se figura, tendremos que decir que esa interpretación no encaja en nosotros. Y si no, señores del «Diario», ahora, con perspectiva, lo podemos ver claramente.

¿Quiénes, les parece, eran más ilusos, los liberales que gobernaban en contra de la realidad de España, arruinando al país, como lo arruinaron, o los carlistas, que se opusieron a ese desastre con todas sus fuerzas?

¿Quién era más realista, Alfonso XIII que abandonó España y la Corona para evitar el derramamiento de una sola gota de sangre (así lo dijo), o los carlistas que, a pesar de todo, nos llevamos las manos a la cabeza ante el brindis al sol, totalmente ineficaz, que aquello suponía? Porque, enseguida se fue urdiendo, por el plano inclinado de la República, una sangrienta guerra civil que costó... no una mera gota, sino mucha, muchísima sangre.

Y más recientemente, ¿quién era más soñador, Gil Robles con sus católicos que pretendieron hacer buena la República, o los carlistas, que viendo venir la batalla se prepararon para ella?

Durante y después del Movimiento, ¿quiénes tuvieron más visión política, los que defendían el totalitarismo de un partido único y la moda fascista, o nosotros, que continuábamos exigiendo libertades y fueros? Porque delante tenemos el resultado.

Y aún hoy mismo, ¿quién está más en la realidad, los que vuelven a defender, como salvación, una alianza centro-izquierda, o los que vemos la tremenda ceguera que esa actitud encierra?

¿Y qué decir de los que aspiran en España a una República moderada y sensata? ¿No tenemos el ejemplo de la otra, la del 31, que se proclamaba igual? ¿Han cambiado hasta tal punto la mentalidad de los españoles, las condiciones de vida del campesinado, especialmente extremeño y andaluz, los objetivos del comunismo internacional? Claro que no. ¿Y no existen, además, formidables deseos de revancha?

Por fín, ¿quiénes son más visionarios y soñadores, más románticos en ese sentido, los juanistas, que siguen pretendiendo contra toda justicia y contra toda viabilidad, implantar una Monarquía capitalista, anticuada y liberal, o la Comunión Tradicionalista que, por boca de Don Carlos, proclama que la Monarquía futura en España será sindical, popular y representativa, o no habrá Monarquía?

Somos realistas, pues, en el sentido de visión política, ¡qué duda cabe! Claro es que, muchas veces, sentimos repugnancia ante tantas actuaciones bajas y sucias como nos rodean. Pero sabemos elevarnos sobre ellas, agarrados a las alas de nuestro Ideal. Quizá por esa ascensión podamos ver con más claridad, en el horizonte de nuestra patria, el alborear de nuevas amenazas.

Ahora bien, señores del «Diario de Navarra», una segunda parte. Si por románticos entienden ustedes rendir culto a Dios, al honor, a la lealtad, a los altos y sagrados ideales, sin esperar ninguna recompensa, entonces sí que pueden decir que los carlistas son los últimos románticos al servicio de España. Y no es que no luchemos para implantar nuestro programa y nuestra Dinastía, que es la legítima. Naturalmente que sí, y con todas nuestras fuerzas. Pero lo hacemos únicamente por el bien de la patria, sin buscar ningún beneficio personal.

¿Verdad que es así, querido amigo de Villatuerta, Luis Lacalle, a quien tuve el gusto de abrazar en Montejurra? Toda una vida de más de setenta años dedicada al Carlismo, sin un desmayo, sin una excusa, sin un momento de respiro. Con un solo premio. Una foto dedicada de los Príncipes Don Carlos y Doña Irene, que se le entregó precisamente en un acto público, un domingo veintiuno de marzo, iniciándose ya la primavera. Fotografía que él tiene colocada en su modesta vivienda, muy junto al sagrado Corazón de Jesús.

Nuestro pueblo carlista es oro de Ley, no lo dudes lector amigo. Y no lo tiene nadie más que nosotros. ¿Cómo puede caber, me he preguntado yo muchas veces, tanto fervor, tanta lealtad, tanto Carlismo en el cuerpo seco y enjuto de Luis Lacalle? No espera nada, sino ser carlista hasta la muerte; no quiere nada sino el afecto de sus Príncipes; no tiene nada, sino su trabajo y su ideal. ¡Y es un ejemplo, entre miles, el que estoy poniendo!

Pero, con qué satisfacción, con qué legítimo orgullo, me ha repetido a mí, Luis Lacalle, en muchas ocasiones, como resumiendo su vida entera, estas palabras, lector carlista o simpatizante, que yo te transcribo a continuación y que puedo asegurarte que fueron auténticas:

—He servido ya en mi vida a cuatro Reyes, pero a una sola Monarquía.

Y ha sido así, palabra de honor. Dios se lo premie.

INOCENCIO ZALBA

AHORA y desde aquí

VIETNAM...

LOS NECESARIOS DATOS

Es muy difícil señalar una fecha inicial en la actual insurrección. ¿Hubo acaso solución de continuidad entre la lucha contra los franceses para lograr la independencia y la actual?

La Conferencia de Ginebra, que acabaría oficialmente con la dominación europea en el Sudeste asiático, logró se firmase el Armisticio en julio de 1954 y que apareciesen en la escena internacional varios países con una base política excesivamente artificial para confiar en su perduración, y aún más, en un aceptable equilibrio interno o convivencial externo. La misma decisión de uno de ellos —Vietnam—, en las acostumbradas zona Norte y Sur de tantos otros casos, llevaría consigo el propio germen conflictual.

Pero hagamos apresurada historia de esta terrible realidad.

Doce días después del citado Armisticio, en plena celebración de la «independencia», Saigón presenciaría el primer choque del pueblo con las fuerzas armadas. Una mujer, en estado de gestación, muerta y numerosos heridos, sería el trágico balance de una iniciación o continuación de la crisis cuyo desenlace queremos hoy contemplar en París.

¿Puede hablarse de una lucha ideológica —de matiz claramente marxista— para conseguir definitivamente la irradiación de la influencia occidental, o de una guerra de independencia dentro de las más clásicas motivaciones nacionalistas?

Es muy probable que la respuesta sea: una guerra de independencia nacional aprovechada por los dirigentes extremistas y facilitada por la estupidez americana sustentadora de la oligarquía instalada.

Curiosamente, la formalización del conflicto insurreccional se produce en julio de 1956, cuando el Presidente Diem se niega a celebrar las elecciones libres que habían sido programadas y garantizadas en Ginebra. A Diem no le interesaba ver en peligro su posición, conseguida en los preparados resultados de las realizadas en octubre de 1955, donde conseguiría el 99 por ciento de los votos, siendo elegido Jefe del Estado.

La «ayuda» americana a Vietnam del Sur para constituir su ejército se materializaba por aquella época, en la presencia permanente de 7.000 hombres con un alto porcentaje de oficiales de alta graduación. El Vietcong, sin embargo, era aún muy minoritario. Años después, en 1960, Washington cifraba en sólo 3.000 miembros activos los encuadrados en las guerrillas en todo el país, gran parte de ellos antiguos combatientes contra Francia, y todos, en absoluto con la precedente ideología del Viet-Minh, pero ya con unos fuertes esquemas marxistas.

El régimen de los hermanos Diem no intentó siquiera contrarrestar el peligro, mediante, al menos, la continuación de la política agraria del Viet-Mihn de entregar tierras a los campesinos pobres arrebatándoselas a los señores feudales que las usufructuaban. Enfrentándose descaradamente con el pueblo, el régimen de Saigon elevaría la tasa de posesión de tierras, por lo cual los propietarios pobres hubieron de devolver las posesiones ocupadas y convertirse en arrendatarios de los nuevos propietarios que estaban autorizados a fijar el interés entre el 15 y el 25 por ciento, y que al adquirir nueva fuerza lo elevarían al 45 o 50 por ciento.

El «climax» necesario para el desarrollo del Vietcong iría fructificando. En cinco años, de 1960 a 1965, los 2.000 guerrilleros aumentan a 30.000 soldados regulares, ayudados intermitentemente por 60.000 u 80.000 irregulares (siguen siendo datos oficiales americanos) armados con medios muy primitivos, y abasteciéndose del cuantioso arsenal americano cogido en sus operaciones por sorpresa.

El Gobierno de Saigon en el mismo 1965 disponía para contrarrestarlo de un considerable ejército —530.000 hombres— asistido por 23.000 americanos con un equipo militar moderno y superabundante.

El principio revolucionario maoista de que el guerrillero ha de moverse entre el pueblo «como el pez en el agua», se estaba cumpliendo gracias a la ceguera del régimen Diem. Los esfuerzos internos para contrarrestar tan estúpida postura fueron negativos o contraproducentes. Un levantamiento militar para derrocar al dictador, sólo dio motivo a una mayor represión. El régimen, conociendo el acrecentado apoyo del pueblo —especialmente del campesinado— al Vietcong, intentó anularlo mediante el traslado obligatorio de la población de un lugar a otro. Ello produjo unas consecuencias aún más negativas; en primer lugar ocasionaría el dislocamiento de toda la economía —fundamentalmente agraria—, después, al no cumplirse el plan de creación de nuevos poblados —de los 16.000 previstos sólo se construirían 3.000—, los campesinos se sintieron aún más inclinados a luchar contra el régimen apoyando la subversión.

Otro factor importante sería el religioso. Los budistas no verían jamás bien que los católicos, como una reducida minoría que era, ocupasen gran parte de los puestos de gobierno del país como consecuencia de que la familia Diem fuese de esa confesión. Su protesta fue constante en tal sentido, llegándose a producir en 1963 diversas manifestaciones de protesta que culminarían trágicamente con siete autocremaciones públicas de bonzos.

LOS PRESIDENTES DEMOCRATAS

Kennedy, que había resultado elegido en 1961 Presidente de los Estados Unidos, comprendió la gravedad del conflicto asiático y para intentar resolverlo aumentó el cupo de «consejeros» militares americanos. En consecuencia, en 1962, crearía en la capital del Sur Vietnam un mando militar unificado, elevando el contingente de fuerzas americanas a 16.000 hombres. Un resultado presumible se produjo: la intensificación de la guerra. Naturalmente, los hechos demostrarían al Presidente U. S. A. que aquél no era el camino, y en 1963, el 1.º de noviembre, comisionaría a su embajador en Saigon y al Jefe de la flota del Pacífico para que visitaran a Diem conminándole a abandonar el poder —al fin y al cabo, U. S. A. tenía perfecto derecho a hacerlo. Aparte de la ayuda militar cuantiosa que le proporcionaba, Estados Unidos su-

fragaba los dos tercios del presupuesto del régimen de Saigón—. Al negarse Diem a las pretensiones americanas, se prepararía una pantomima de sublevación y ataque al palacio presidencial por parte de unas pocas tropas, que desembocaría en la detención y asesinato de los dos hermanos detentadores del poder, a manos, precisamente, de sus antiguos leales y bajo la inspiración inmediata de la misión americana, y superior del propio Kennedy.

El Presidente yanqui, sin embargo, no había, ni lejanamente, comprendido el problema vietnamita. Ni el aumento de la intervención militar extranjera, ni el asesinato político, llevarían a nada positivo. El flamante Presidente, de una clara mentalidad clasista, jefe político supremo de una sociedad quintaesencia del capitalismo, y espectador lejano de la complicada realidad asiática, sólo lograría con su decisión, imposibilitar aún más una solución justa: se sucederían vertiginosamente, desde entonces, gobierno tras gobierno en Saigón, pero en caso alguno se intentaría, tan siquiera, iniciar la revolución social y política necesaria para una posterior retirada de las fuerzas americanas —tras una sólida neutralización del país garantizada por un régimen que gozase de una auténtica adhesión del pueblo.

Mientras se acrecentaba la inestabilidad política oficial en Saigón, la subversión buscada su definitiva vertebración, también en el plano político. Quedó constituído un llamado Frente de Liberación que en su primer Congreso, celebrado en marzo de 1962, haría un llamamiento a la unidad actuante de todos los ciudadanos, de todas las clases sociales, de todos los partidos, de todas las confesiones religiosas, por encima de cualquier diferencia ideológica, para derrocar el Sistema de Saigón, constituir un régimen democrático y expulsar al ejército invasor, insistiendo en la urgencia de una reforma agraria con la inmediata devolución de tierras a sus legítimos propietarios.

Naturalmente, programa tan atractivo iba dirigido a crear una conciencia nacionalista con el único objetivo de conseguir la independencia del país, ofreciendo, cuando se lograse, la neutralidad ante los dos bloques ideológicos.

Los promotores del programa lograrían en gran parte lo que se habían propuesto, originando una conciencia mixta, pro-liberación nacional y revoluiconaria proletaria, de gran eficacia catalizadora de adhesiones populares.

La unidad de los dos Vietnam era otra de las grandes aspiraciones cuya resolución ofrecía el Vietcong. La artificialidad de la división política del país en dos zonas, haría muy fácil y aceptable, por otro lado, la intervención del Norte facilitando efectivos materiales, hombres y grandes posibilidades estratégicas para el entrenamiento y la retirada. Ho Chi Minh no ocultaría nunca su simpatía por el Vietcong.

En 1964, tras el asesinato de Kennedy, ocuparía la Casa Blanca otro miembro del partido demócrata americano, el Presidente Johnson. En aquella época, los círculos militares den Pentágono discutían ya lo que se ha dado en llamar la «escalada» contra Vietnam del Norte. No obstante, Johnson lo negaría públicamente. Los hechos posteriores darían la razón a los que propalaban tales rumores. El 2 de agosto del mismo año, el Departamento de Defensa americano anunciaba que el destructor U. S. A. «Maddox» había sido atacado por una lancha torpedera norvietnamita. Dos días más tarde el Presidente ordenaría un ataque aéreo de represalia. Era el primer escalón, pero sólo en febrero de 1965 los bombardeos adquirirían la regularidad ascendente hasta ahora mantenida. Un mes más tarde también la ofensiva terrestre se iniciaría formalmente: los «marines» desembarcaron para «defender la base americana». Toda esta acción conjunta sería justificada por Washington en un «Libro Blanco» denunciador de la actitud beligerante pro-Vietcong del Gobierno de Hanoi.

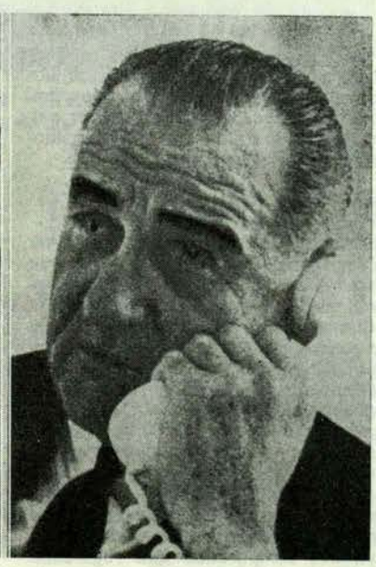
Lo que ocurrió después, es más conocido de todos. Es interesante, de todas formas, dar algunas cifras: las toneladas de bombas lanzadas desde 1965, son 1.630.500 (más que las caídas sobre Europa en toda la II Guerra Mundial); las tropas regulares del Vietcong ascienden hoy a 118.000 y los guerrilleros a 80.000; los americanos cuentan con una fuerza de 525.000 hombres...

La radicalización y extensión de la lucha mostraría, más claramente, el respaldo de los grandes bloques y el enfrentamiento de las ideologías. Y, tal vez, esta realidad conocida y temida ha impedido una extensión del conflicto que habría originado una conflagración mundial. No puede ignorarse el secreto aliento de la República Popular de China —sólo limitado por la natural prudencia ante la reacción directa yanqui—, y el cuidado de Washington para no violar por tierra las fronteras de Hanoi o de Pekín.

¿HACIA LA PAZ?

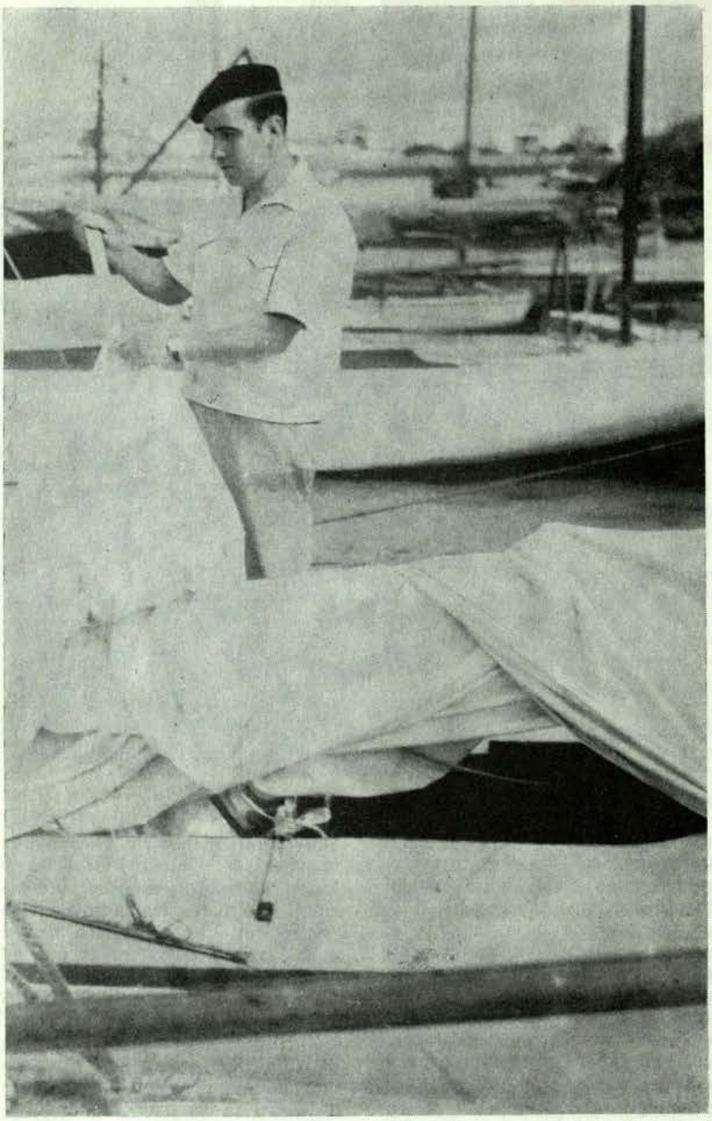
Aún es comentado en los medios políticos internacionales la decisión inesperada de Johnson de no presentarse a la reelección. No es este el lugar de especular por nuestra cuenta sobre el mismo tema. Lo

importante es que a partir de aquel 31 de marzo el Presidente, como si todo formara parte de un estudiado plan, anunció la suspensión de los bombardeos... en la zona de Hanoi. Ello representaba un gesto inicial para intentar las negociaciones, dado que Ho Chi Minh pedía como requisito indispensable para iniciarlas, tal suspensión incondicional. Pero como el prestigio tiene una fuerte valoración política y propagandística, la aceptación no sería inmediata y hasta se discutiría el lugar de reunión. Y este es un detalle que nos puede dar la clave de muchas cosas. Hanoi hacia tímidas proposiciones y siempre dentro de la órbita de países socialistas, pero con una fuerte tendencia a las capitales de países neutralistas como Cambodia. Con ello conseguía varios objetivos: no mostrar una excesiva prisa por la negociación (frente al nerviosismo americano), demostrar a la opinión mundial que el espíritu de la revolución vietnamita es de un puro nacionalismo neutralista, pero siempre dentro del área ideológica que a ellos les interesaba con lo que se aseguraba, en un principio, la victoria moral del Vietcong. Claro que al mismo tiempo sabían que ni los lugares propuestos por ellos ni los de la parte americana serían mutuamente aceptados, por ello ni a uno ni a otro se les ocurrió citar a París, con la secreta intención de que al fin fuese esa la elegida. Y París, naturalmente, es ahora la sede de las conversaciones preliminares para la deseada paz en Vietnam. París, que reúne la doble ventaja de ser la capital de un país occidental, antigua metrópoli colonial de Indochina, y, al mismo tiempo, con el interés especial de De Gaulle por «comprender» la realidad asiática y haber reconocido a Pekín y Hanoi, es decir, con la aspiración íntima pero no disimulada de ser el interlocutor idóneo. ¿Se comprende, pues, que la capital francesa haya resultado elegida?



Y estos son los preámbulos de unas conversaciones. Si el atrezzo nos permite, al menos, introducimos formalmente en el ambiente de una comedia, los preparativos de la de París también podrán hacerlo, como antes hemos apuntado. Una comedia cuyo principal protagonista será el prestigio a salvaguardar por ambas partes, y si no, observemos que en esta hora de la iniciada paz, Washington ha incrementado sus bombardeos, «salvo zona de Hanoi», y el Vietcong efectúa el más cruel y preparado ataque contra Saigón. Pero esto es materia de otro comentario. Mientras, el pueblo de Vietnam sigue muriendo, «prestigiosamente» si quereis, pero muriendo.

Evaristo OLCINA JIMENEZ



UN GRAN CARLISTA

Doble lección de una vida ejemplar y de una muerte deportivamente admirable

por Ignacio ROMERO RAIZABAL

La muerte de nuestro buen Gerardo Pombo y Roiz de la Parra, es una de esas pérdidas irreparables que nos resistimos a creer, aunque su realidad nos consta. Y ante las que se arrugan y desinflan los tópicos al uso, aún cuando sean verdaderos, por insuficientes, por pobres.

Las agencias de información la divulgaron fuera y dentro de España. Porque en el ambiente deportivo más allá de nuestras fronteras, tuvo color de aventura signada con el sello de los hijos de Don Quijote. Gerardo Pombo tenía tres amores, que cupieron muy bien y se compenetraron maravillosamente bajo su boina roja: Dios, su familia, el mar... Y los tres estuvieron presentes en el camino entre la agonía y la tumba: Dios, para llevárselo al Cielo; la familia para darnos una lección fantástica de amor y de entereza; y el mar —la mar traidora del cantar marinero— para sorberle el postrer soplo de la vida mientras flotaba, boca abajo, durante los minutos críticos que, al pretender salvarle, desperdició la torpe maniobra del barco de socorro.

QUIJOTISMO

Capitán de la Flota Star del Club Marítimo de Santander, cargo en que sucedió a nuestro Jefe Regional de Castilla la Vieja Fernando Bustamante y Quijano, fue al Campeonato de Mónaco con una estupenda ilusión. Seleccionado para la Olimpiada de Méjico, (viaje en el que pensaba visitar en Centroamérica a una de sus dos hijas religiosas, acompañándose de su mujer como tenía por costumbre) ésta regata era para él como un entrenamiento. Porque faltándole tan poco para cumplir sesenta años, hacía ya dos temporadas que regateaba de proel pues había cedido la caña del timón a su segundo hijo, Fernando, viendo sus aficiones baiandristas, como premio y estímulo mientras se preparaba para Abogado del Estado.

Pero Gerardo Pombo no debio tomar la salida en esa regata fatal, que iba a costar tres vidas y estuvo a punto de añadir otras varias.

De las 31 embarcaciones participantes, sólo salieron 16. Cuatro, naturalmente, de españoles. Mas los del Principado y los franceses, ante la postura del viento y de la mar, se abstuvieron, como en una protesta a la descabellada actitud del Jurado.

Gerardo Pombo (y aquí sí que pudiéramos decir «contra viento y marea») estuvo ciego de ilusión. No hay cosa más tremenda que el orgullo de los humildes. Y él que era humilde, terriblemente humilde en lo personal, por virtud, también era orgulloso, alarmantemente orgulloso como español, si le hacían cosquillas en la vena patriótica.

Viejo lobo de mar con cerca de doscientos trofeos en las vitrinas y rincones de su casa del Muelle (y en la de Argoños, donde localizó Waldo de Mier una preciosa novelita) le constaba, por otra parte, que su barco era intrépido y dócil como un perro de caza, así como a la vez prácticamente insumergible, en cuyo morro postinero había decidido pintar las Aspas Rojas de la Cruz de Borgoña para ir a la Olimpiada de Méjico.

LA TRAGICA MONOTONIA

La regata empezó, crecida la mañana, a pesar de lo infame del tiempo. La mar iba poniéndose, por minutos, de peor caríz. Se estaba desatando un verdadero temporal de olas a la mediterránea, en el que el viento adquiriría la velocidad de 42 nudos. Los dos se había embutido en los chalecos salvavidas. La regata, mal que bien —más bien, mal— continuaba. Y el valiente «Vindio III» iba en muy buena posición, inmediatamente detrás de «Pasodoble», que navegaba destacado en cabeza, del donostiarra Enrique Urrutia, gran campeón en competiciones internacionales y que, pocos días después, en el entierro de Gerardo, estaba inconsolable y decía cosas horribles sobre la responsabilidad de la desgracia.

Pero Gerardo en aquellos instantes de zozobra y temeridad entre la barahúnda del oleaje, y cuando ya no era posible ver el club en donde una mujer enamorada le pedía a Nuestro Señor el regreso, más que el triunfo, de su marido y de su hijo, en lugar de quejarse, llegó a decir, entusiasmado:

—¿Qué maravilla cuando en España sepan como estamos dejándola!

De pronto, ocurre lo que no se puede creer. Que se inunda la embarcación. Que no logran abrir las válvulas de achique. Que caen a un mar de hielo. Que ven que el «Vindio» se levanta de proa como un potro que se encabrita, que adquiere una postura inverosimilmente vertical, y que como si se hubiese convertido en un blanco bloque de plomo, se hunde y desaparece.

Y da comienzo la agonía dantesca de más de dos horas de lucha... Con el peligro de separarse uno del otro... Moviéndose constantemente para evitar que se les hielen las extremidades... Acomodando el fatigoso ritmo de la respiración al zarandeo de las olas y dándolas la espalda para tragar la menor cantidad de líquido. Sin ver nada. Ni a nadie. Pretendiendo entenderse en un casi imposible diálogo, más fácil que en palabras, en sonrisas hipócritas que eran como caricias verdaderas de corazón a corazón. Y que ha tenido un prólogo, sincero, en el que resplandece la esperanza como la luz de un faro.

—No te apures, papá; tienen que andar buscándonos.

—Claro que sí, hijo mío, ya verás como nos encuentran.

Pero no ocurre nada. Nada... ¡Nada! Y todo sigue igual. La única diferencia que pueden advertir, es que van pareciéndoles los minutos más largos. Mas, de pronto, se rompe la trágica monotonía. Desde el hervor de espumas donde flotan como peleles, creen vislumbrar una lancha. Más que verla, se la imaginan. Pero, sí: es una lancha. Y les viene a buscar. Mueven los brazos. Gritan. Y la lancha se les acerca, apareciendo y desapareciendo, y cada vez más próxima. Gritan con ilusión. Saludan con las manos estremecidas de alborozo. La ven con toda claridad. Está cerquísima. ¿Doscientos metros? ¿Cien? ¿Cincuenta...? Pero pasa de largo. No les han visto. ¡Gritan desesperadamente! Y, de nuevo, la trágica monotonía...

UN CATOLICO DE VERDAD

La escena se repetirá. Con un barco de vela. Y las fuerzas van agotándose. Los diálogos se escatiman. Los silencios se alargan. Tienen que ahorrar esfuerzos para sobrevivir. Pero sonríen siempre, el uno al otro. Mientras, Fernando nota que no nota los piés, y que sus piernas van perdiendo la sensibilidad. A sus 24 años, le asusta el pensamiento de lo que sentirá su padre, que casi le triplica la edad. Siente que, a ratos, se le apoya en el hombro con la mano para no hundirse, pero muy suave, como con mimo, con una corrección y una delicadeza impropias de la gravedad del momento y de los límites de las tolerancias fisiológicas.

Por dos veces pierde el sentido. Fernando entonces, aterrado, le golpea en el rostro, le sacude y sostiene con ternura desesperada. Y cuando ve que se recobra y le sonríe, le corresponde con la misma moneda, disimulando su emoción.

Fueron como dos horas y media de un suplicio que iba creciendo por instantes. Fernando advierte que la insensibilidad le llega a la cintura. Y que su padre reza. Que reza sin cesar, disimulando, sonriente, cuando ve que le mira, para que no se asuste. Porque Fernando sabe que ya no puede más, como a él mismo le pasa a pesar de su juventud. Y es cuando —¡al fín!— aparece la embarcación de salvamento, que ha dirigido un helicóptero y les viene a buscar.

—Gracias a Dios —dice Gerardo, al darse cuenta, con más serenidad que júbilo.

Y estas serán sus últimas palabras, pero con un sentido religioso de espiritualidad —y de jaculatoria— que de momento no pudo comprender el hijo, pero que hoy, recordándolo, es su mayor consuelo. Porque Gerardo Pombo, antes, en y después de todo era un católico magnífico, y alérgico a las alharacas: un católico de verdad.

Dejando viuda, ocho hijos y una nieta, ¿podrá decirse algo más ejemplar que el raro elogio de su con-

fesor, durante la emocionada oración fúnebre con el templo de bote en bote, de que no tuvo nunca conflictos familiares?

¿Y qué mejor radiografía de su alma alegre y buena, que aquel hermoso pensamiento suyo que, al salir de unos Ejercicios, editó en una estampa que iba a regalar con cuentagotas en un afán de apostolado íntimo?

La fecha, por lo reciente (Santander, Corpus Christi 1966) le da un temblor de aldabonazo. Y el breve texto sabe a sentencia espiritual, más propia de un novicio religioso en los fervores de la conversión que de un hombre de mundo que empieza a andar la cuesta abajo de la vida, pero sin apearse del carrusel de los negocios y las preocupaciones materiales.

En el brillante anverso, la sombra de una rústica Cruz y, al pie, un ramo de espigas y un racimo de uvas. Al dorso, en mate, sobre su nombre y apellidos, y de su condición, en iniciales con mayúscula, de «Adorador Veterano del Santísimo Sacramento», su alma al desnudo en bien pocas palabras. Estas:

—«Vivamos una continua entrega a Dios y al Prójimo, caminando por sendas de Fé, Esperanza y Caridad; la Sagrada Comunión todos los días y el Cielo dentro de poco... ¿Será posible estar tristes?».

SU CARLISMO

Esta contextura de espíritu y la sólida robustez de sus sentimientos católicos, es lo que le llevó al Carlismo. De la mano, por cierto, de su tío nuestro inolvidable Federico de Bertodano y de La Cerda, hijo del Vizconde de Alcyra, (¿le recuerdas, Fal Conde, de los tiempos de la conspiración?) que en su Palacio de Tarazona, frente a la Catedral, paseaba por el parque durante la República su arrogante figura de caballero de otra época, con el adorno de su barba entrecana y de su boina roja. Y en nuestros mitines también, que era más peligroso. Como en uno en Estella, al pie del Montejurra, en que al volver con él del cementerio, en donde juntos conocimos a la «señora Prisca», la excantinera de las tropas de Don Carlos, estuvimos a pique de tener un jaleo con unos mozalbetes a los que nuestras boinas les ponían de mal talante.

¡Qué gran maestro para tan buen discípulo! Tenían ciertas similitudes el tío y el sobrino. Ambos eran simpáticos, correctos, generosos, valientes, frágiles en lo secundario e irreductibles en lo fundamental, condiciones que arrastran, más que invitan, a la amistad sincera. Y el discípulo honró al maestro.

Cuando sonó la campanada del 18 de julio, Gerardo tuvo que esconderse para librarse del paseo. En su escondite recordaría con nostalgia sus peligrosas aventuras en la A. E. T.; la custodia por las noches en los conventos de su tierra; los golpes y los sustos de las escaramuzas y colisiones de la calle. Recordaría —¿cómo no?— la malograda inauguración del Círculo Tradicionalista de Molledo, que nos chafaron a tiros dos camiones de Los Corrales con mercancía de energúmenos que, afortunadamente, habían reforzado su valor con una dosis excesiva de vino, que es lo que a todos nos salvó de una sangrienta escabechina, porque no hicieron diana y nosotros también teníamos pistolas.

¿Y la Concentración de Potes? Esa sí que la tuvo que recordar, y más que con nostalgia, con auténtica pesadumbre. Recordaría aquel desfile audaz de Requetés, en el que «según las nuevas ordenanzas» (como Fal Conde acaba de escribir a nuestro Jefe Provincial Bernardo Soto Arranz) (se estrenaron los uniformes aprobados). Qué no daría por encontrarse vistiendo como en Potes poco más de dos años antes, en un Tercio navarro o andaluz de los que hablaba la Radio Nacional... Pero tuvo que vivir el contraste de la Disciplinaria, con uniforme de miliciano rojo y una pala y un pico.

«Tres generaciones carlistas». Gerardo Pombo con su primogénito y su tío Federico de Bertodano.

Al liberarse Santander, se fue al Tercio de Mola. Aquí no conseguimos sacar ninguno, pese a que se cubriera la plantilla de dos en la primera y segunda semana, y los más impacientes se incorporaron con urgencia patriótica. Al Mola, unos doscientos. Y allí se fue Gerardo Pombo. Con las piernas baldadas por la inactividad. Con aire de cadáver recién resucitado. A reponerse haciendo vida de campaña en la primera línea. Uno más en la pléyade brillante de héroes de la guerra.

Después, ya en casa, la entrega a la familia, al trabajo, a su afición al mar. Su gratitud a Dios, que le libró de peligros tan fuertes y le colma de satisfacciones tan suaves. ¿Qué mejores «enchufes»? Y su carlismo puro, en línea recta, sin altibajos, vacío de ambiciones, prieto de lealtades. A estilo «pueblo» de Navarra, por la que siente auténtica fascinación. Sin querer nada nunca, huyendo siempre de los primeros planos, tan humilde y señor en una pieza inseparable. Enamorado y artista excepcional de la fotografía, deja unos álbumes magníficos. La mayor parte de las fotos son del tiempo de la Cruzada, cuando estuvo en el Mola. Hay verdaderas obras de arte. Cuántos ratos no pasaría viéndolas, recordando andanzas y amigos... En una de las páginas, bajo un grupo en que está con su tío Bertodano y con su hijo mayor (entonces único y que falleció y se le habrá encontrado ya en el Cielo) escribió al pie, con tinta blanca: «Tres generaciones carlistas». Uno más de la pléyade oscura de héroes de la paz.

DOS TELEGRAMAS

Gerardo Pombo deja un recuerdo imborrable de constancia, fervor, disciplina y desinterés, no sólo a su familia, sino también a sus amigos y correligionarios. La semana anterior a la reciente Peregrinación Tradicionalista a Santo Toribio de Liébana, en la Junta Provincial celebrada en el Círculo, le preguntamos si iba a ir de víspera, como hicimos algunos, a quedarse en el Monasterio. Pero nos repuso que no, que le era imposible, que tendría que contentarse con no faltar a Montejurra, como siempre. Sin especificarnos, para no hablar de él y que alguno pensase que pretendiera presumir, que tenía que estar en Mónaco, antesala internacional del salto a Méjico representando a España, y con su «Vindio» con la quilla sangrienta por la Cruz de los Requetés.

Precisamente cualquía día de aquellos, mientras nosotros regresábamos de Potes y él andaba el camino a la Costa Azul, con su barco a remolque, repitió una frase muy suya. Tras detenerse a saludar unos momentos a viejas amistades navarras en poblaciones del trayecto, como hizo antes con otras de Logroño.

—«No sabe España —era su frase— lo que tiene en Navarra».

Fue por su voluntad por lo que sobre el féretro llevó la boina roja, con la que estuvo, regateando en el mar tantas veces, y en el Tercio de Mola todo el tiempo, sin regatear los peligros. Y junto a la que el día del entierro, a la salida de los funerales y en el mismo atrio de la iglesia, se le impuso la Cruz de Plata del Mérito Deportivo, desplazándose desde Madrid don Pascual López Quesada para rendirle este homenaje póstumo, en nombre y representación del Delegado Nacional de Deportes.

Cuando su viuda, Nené García Santiuste (nieta de un voluntario de pueblecito próximo a Santoña, que a los quince años se escapó de casa a pelear por Carlos VII) nos enseñó dos telegramas recién recibidos, los leímos a la vez con emoción y naturalidad.

«De corazón —decía el uno, con fecha de Madrid— te acompañamos a ti y a tus hijos en vuestro profundo dolor con nuestras oraciones y afectuoso recuerdo. Carlos e Irene, Duques de Madrid».

«Muy triste el fallecimiento de este gran carlista —era el texto del otro, procedente de Francia— te expresamos nuestro más sentido pésame y unimos nuestras oraciones a las vuestras. Javier».

Si a finales de la Cruzada y con motivo de la muerte de la Marquesa de Santa Fe (hermana de nuestro leal Marqués del Albaicín y viuda del Comandante Alfonso de Borbon y Pintó, recién caído entonces en el frente, y al frente de su Tercio de Mola), habríamos escrito de Gerardo Pombo y Roiz de la Parra que era un requeté «de los buenos, de antes, que el tiempo ha hecho mejores», ¿qué diríamos hoy?

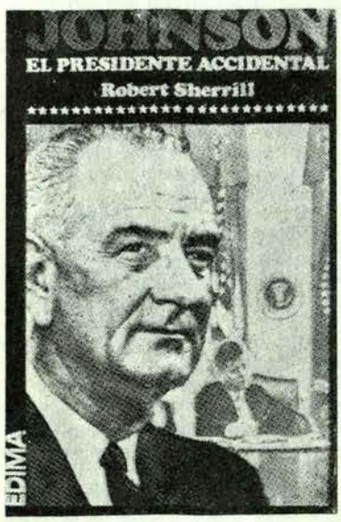
Tantas cosas podríamos decir... Pero lo mejor ya está dicho en los dos telegramas que hemos copiado hace pocos renglones. En especial en el de Don Javier, que al elogiarle como «gran carlista» con su autoridad máxima, es como si nos pusiera por ejemplo la estela rutilante de lealtad, de abnegación y de perseverancia, de humildad personal y de orgullo patriótico, que ha culminado ahora, en el momento de su muerte, de una manera tan deportiva y elegantemente cristiana.

Página literaria

CRITICA DE LIBROS

por
José Carlos Clemente

Un presidente quizás no tan accidental



Uno no puede por menos que sorprenderse al saber que éste libro de Robert Sherril se haya publicado en los Estados Unidos, tratando de la manera en que lo hace, a su actual Presidente Lyndon B. Johnson. Como ya podra suponer el lector, la tesis del libro es un ataque durísimo, que raya en su mayoría a la posibilidad que hubiera tenido en otros países de los correspondientes procesos judiciales y censuras estatales. Este libro, y otros que ya se conocen, rompen el mito de la falta de libertad de expresión en USA.

En el prólogo, su autor se pregunta por qué Johnson le resulta un sujeto tan insoportable y peligroso. He aquí su respuesta: «Muchos de nosotros no solamente le votamos, sino que trabajamos para él durante las últimas elecciones; y si juzgamos por la decadente perspectiva que nos presenta el sector republicano, probablemente lo haremos de nuevo en el 68, odiándonos, por ello, a nosotros mismos». Adivinamos en ello cierto desengaño y cierta repugnancia ante la trayectoria política que ha seguido el equipo Johnson.

Robert Sherrill es el corresponsal de «The Nation», en Washington, desde 1965. Durante mucho tiempo sus trabajos sobre Johnson y los políticos de Texas han sido también publicados por el semanario «The New York Times». A su llegada a Washington se hizo cargo de la corresponsalía política del «Miami Herald». Anteriormente, Sherrill trabajó en Texas, donde dirigía la oficina sudoeste de la revista «Time», durante el escándalo Billie Sol Estes.

Desde las páginas de «Time» escribió ampliamente sobre Texas y contribuyó a esclarecer el origen y el desarrollo del asunto Billie Sol, hasta el momento en que éste se ocultó.

Ha escrito también sobre la política latino-americana y, desde Washington, ha seguido trabajando sobre los asuntos tejanos para el periódico «Texas Observer». Sus artículos sobre política han sido editados también en «Harper's», «Current» y «Ramparts», el órgano del Consejo de la región meridional que levantó la liebre de las subvenciones de la CIA. También es colaborador de «New South» y de «Frontier». Además de sus escritos para las publicaciones de Texas, Florida y Washington D. C., Robert Sherrill ha realizado trabajos para la Universidad tejana, la Universidad de Missouri y la de Texas A & M.

El libro de Sherrill nos descubre cómo llegó Johnson a la vicepresidencia, al lado de Kennedy, y cómo ganó las eleccicones, las relaciones con el Senado, sus amigos de la CIA, los petroleros y el Pentágono. Su vida particular, anterior y actual, es diseccionada por este agudo periodista conocedor de la oligarquía tejana y de los grandes apellidos económicos.

Este alegato que podría haber sido una aportación histórica cara al futuro, se rompe por su manifiesta parcialidad. El autor no pretende en ningún momento trazar una biografía, ni ese fue su propósito al escribir el libro. El objetivo era destrozar la imagen que se tiene del actual Presidente de los Estados Unidos de América, como un hombre de humilde extracción, humanitario y autodidacta. Lo consigue. Es libro, profusamente ilustrado con reveladoras fotografías, que se lee de un tirón.

Sherrill ya avisa que su libro no es propagandístico. «Sencillamente: creo que resultará divertido y agradable hacer un recorrido a través de las distintas etapas de la carrera de L. B. J., las cuales, convenientemente analizadas en su conjunto, nos permitirán ver al viejo como un bastardo fascinantemente astuto».

«JOHNSON: EL PRESIDENTE ACCIDENTAL». Robert Sherrill. Edima, Edición de Materiales, S. A. Colección Historia Inmediata. Barcelona. 1968. 290 pp.

El carromato del circo

Indudablemente nos hallamos ante un novelista novel que con ésta su segunda novela pasa a ser un escritor de primera magnitud. No es fácil escribir sobre el circo. Ha sido un tema muy usado y era difícil ser original, ya que en realidad no se trata de una novela sobre «el circo», sino la historia intima de una familia que trabaja en el circo y que habita en un carromato.

Pedro Antonio Urbina, mallorquín de Lluchmajor, reúne precisamente las condiciones de novelista: perfecto trabajo creador, sentido real de lo artístico, formación intelectual y cultural sólida.

Es Doctor en Derecho y Licenciado en Filosofía y Letras. Fue profesor de Filosofía del Derecho, en la Universidad de Madrid. Sus viajes por Francia, Irlanda e Inglaterra, sus años transcurridos en Roma y el conocimiento de los idiomas de estos países le han permitido adquirir una visión completa de la literatura y del pensamiento europeos .

Durante su época universitaria en Barcelona, creó con otros estudiantes la revista «Diagonal» y un grupo de teatro.

De su singladura como escritor tenemos una obra primeriza, «Lawrence de Arabia» y su primera novela «Cena desnuda».

«El carromato del circo» fue finalista del premio Elisenda de Montcada, confirmando con ello la brillante carrera de este joven escritor, al que a partir de ahora se le exigirá más.

La novela trata de una forma inédita y privada de una familia que vive de un lado a otro, trabajando como payasos, cantantes, solistas... en un circo. Este no aparece para nada en la novela. Sólo sirve de telón de fondo para la narración.

La familia vive y viaja en el carromato. La sensibilidad del autor nos la presenta como cualquier familia, con sus problemas habituales, pero con una serenidad y una agonía humana. La ruptura generacional es evidente en el seno familiar. Los hijos no quieren seguir en el circo, su mundo es pequeño para las naturales aspiraciones juveniles. La indiferencia a la sorda rebelión, por parte de los padres, subrayada con silencios significativos, debilita y destruye la comprensión generacional.

La clave de la narración es, sin lugar a dudas, uno de los hijos: el Condesito. El muchacho presencia la marcha de sus hermanas, que aguijonean su espíritu en ansias de libertad, y el nacimiento de nuevos hermanos. Su vocación es escribir, pero ante las circunstancias reemplaza al padre o la madre en el trabajo circense. La parcelación de su renuncia a los sueños liberadores va unida a su callada resignación que va llegando poco a poco, en aras del amor y la comprensión familiar. Es un personaje con una fuerza tremenda. Se nota que en él ha volcado el autor todo su cariño y toda su vena poética.

Tenemos ante nosotros a un gran novelista. Vale la pena prestarle atención. Su depurada y original técnica, nos cuesta entenderla al principio, pero conforme el libro avanza nos familiarizamos plenamente con ella. Bienvenido sea Pedro Antonio Urbina.

«El carromato del circo». Pedro Antonio Urbina. Editorial La Muralla. 1968. Avila. 255 pp.

La Renaixença a Mallorca

Josep Meliá, agudo periodista político, mallorquín afincado en Madrid y profundo conocedor de la problemática mallorquina, ya nos dio con «Els mallorquins» la primera muestra de lo que era capaz en el terreno de la crítica y de la investigación.

Ahora nos presenta una obra, que es consecuencia de la anteriormente citada: «La Renaixença a Mallorca», cuya tesis ya fue anticipada en su primer libro. La presente es una explicación documentada de la misma.

El tema presenta ya de por sí mismo bastantes dificultades, la primera de las cuales es la de encontrar un material informativo adecuado a las intenciones del autor. Melía nos confiesa que: «mi trabajo se ha concretado en ordenar y poner en relación unos materiales que estaban dispersos, referencias que por ellas mismas casi no tenían relevancia, pero que incluídas dentro de un contexto expositivo, van dando una panorámica que creo es relativamente aproximada a la verdad de los hechos históricos».

El autor se queja de que todavía falta una auténtica historia del siglo XIX mallorquín. Ni siquiera hay unanimidad en el acotamiento del período de este hecho histórico, literario y social que es la «Renaixença». Meliá, no obstante, señala que comprende los períodos que van desde 1840 hasta 1904. Y divide a este período en ocho etapas, a saber:

Primera: La época de la «invención» de la cultura, El Instituto Balear, La Palma, etc. Esta primera etapa se limita a comprobar un hecho: que en Mallorca es posible que la literatura, la cultura, trascienda a nuevos sectores sociales, a la pequeña clase social de propietarios rurales, pequeños comerciantes y funcionarios.

Segunda: La época de los contactos con los escritores catalanes. Marca el proceso de conversión lingüística. Convencionalmente la podemos situar entre el viaje de Pau Pifarrer a la isla y el viaje colectivo de los escritores catalanes (1887). Así mismo es innegable que los contactos entre escritores mallorquines y del Principado han sido muy intensos y siguen siéndolo. Los del período a que se refiere ahora Meliá, de cualquier manera, adquieren una importancia singular.

Tercera: Los años dorados de los Juegos Florales. Fund mentalmente de 1859 a 1874 cuando Tomás Fortesa es proclamado «Mestre en Gay Saber». A partir de 1874 los poetas mallorquines siguen concurriendo a los Juegos de Barcelona, pero la unión sentimental muestra grietas y disenciones claramente visibles. En buena parte esta etapa es consecuencia de la anterior y ambas coinciden en el tiempo.

Cuarta: La época de los intentos de institucionalización de la cultura, fundamentalmente los gloriosos tiempos del ateneísmo, de los certámenes y de las tertulias y cafés de redacción. Esta época puede comprender alrededor de veinte años contados a partir de 1870. Viene a ser una consecuencia de la revolución de 1868.

Quinta: Los años del popularismo, y los esfuerzos de acción de signo proselitista. Es el tiempo de las revistas populares «La Ignorancia» y «La Roqueta», principalmente, los orfeones, la poesía al alcance del pueblo que hacen Penya, Manuela de los Herreros, etc. Son los años del teatro popular.

Sexta: El sentimiento del fracaso, la crisis política, el cisma. Años 1898 a 1902.

Séptima: La diversificación de las corrientes literarias. Se produce a partir de 1904.

Se puede comprobar que estas etapas se superponen con frecuencia y que nada más idealmente nos viene dada la posibilidad de aislarlas de los ciclos que las preceden y las continúan.

Tenemos ante nosotros una obra de indudable valor, a partir de la cual se pueden llevar adelante ambiciosos trabajos de clarificación. Meliá ha empezado y esperamos que continúe. La empresa vale la pena.

«La Renaixença a Mallorca». Josep Meliá. Editorial Daedalus. Palma de Mallorca. 1968. 188 páginas.

CRITICA BREVE

EPITALAMIO DEL PRIETO TRINIDAD, de Ramón J. Sender.

Ediciones Destino. Barcelona.

Esta novela, una de las más importantes de Sender, nos narra la revuelta de una colonia penal del Caribe, constituyendo una alegoría de monstruos que quisieron ser hombres. Escrita con una tremenda visión espiritual, las secuencias oníricas y los episodios de violencia curiosamente retorcidos le dan una categoría propia.

LA C . I. A.: EL GOBIERNO INVISIBLE, David Wise y Thomas B. Ross

Edició de Materials. Barcelona.

Los autores de este libro son periodistas. «Este libro es el intento de revelar la naturaleza, la dimensión y el poder del Gobierno Invisible; de describir una institución americana escondida que el pueblo que la financia tiene derecho a conocer», dicen los autores. Es un libro ágil y curioso, revelando hechos y métodos seguidos hasta ahora desconocidos, llevados a cabo por esta discutida organización.

¿CUANDO AMANECERA TOVARICH?, de Jean Paul Ollivier.

Editorial Plaza & Janés. Barcelona.

Otro periodista realizando una gigantesca labor de acopio de datos sobre los antecedentes que desembocaron en la madrugada del 7 de noviembre de 1917: fecha de la Revolución Rusa. Este libro llega puntual a la cita del Cincuentenario. Tenía que ser un periodista el que realizara esa prodigiosa encuesta día a día en el pasado y hallar el rastro de las pisadas ingrávidas de Lenin y de sus camaradas en los senderos nevados de la antigua Rusia.

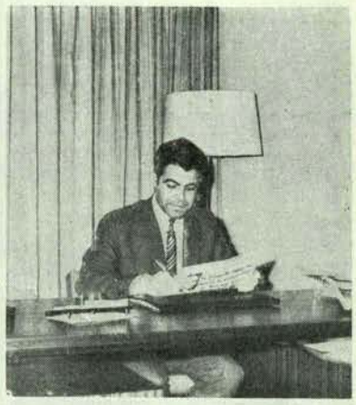
EL CONFLICTO ARABE ISRAELITA; Encuesta de «Le Temps Modernes».

Edición de Materiales. Barcelona.

Este libro es fruto de una encuesta realizada por la revista «Le Temps Modernes» y publicada en su n.º 6 extraordinario. Está prologado por Jean Paul Sartre y comprende doce artículos cuyos autores son otros tantos intelectuales árabes, y otros doce por intelectuales israelitas. Cada grupo expone sus razones sobre este conflicto.

Sobre "La otra cara de Cataluña"

por RAFAEL RIVAS



Es interesante en estos momentos el último éxito editorial que tiene como protagonista un asiduo colaborador de esta revista.

José Carlos Clemente Balaguer es un hombre en el que bulle una intensa preocupación por los problemas catalanes. Desde las páginas de "El Pensamiento Navarro" comenzó una serie de entrevistas con los más genuinos representantes de la actualidad catalana.

Su alto sentido regionalista, superado solamente por la visión del actual momento socio-político, le ha llevado a escribir este libro que ha editado Grijalbo con dos años de retraso por circunstancias ajenas al deseo del autor y del editor.

Clemente, en "LA OTRA CARA DE CATALUÑA", trata de descubrir el verdadero rostro y el alma de los Países Catalanes. En el libro hay preguntas que se repiten en machacona pirueta como intento supremo de aflorar soluciones típicas a un problema erróneamente conocido. Es este un intento laudable de desenmascarar tópicos y leyendas que desdibujan el verdadero sentimiento de un pueblo que se ha lanzado a la importante tarea de descubrirse a sí mismo y cuya "otra cara" puede servir de pauta no solamente en la España del presente sino en la sistemática de la Europa del futuro.

Nosotros que, a pesar del amplio abanico de personalidades que dan su opinión representando a la arquitectura, la música, el teatro, la novela, la poesía, el cine, etc., etc., faltan otros nombres que muy bien podrían completar el profundo estudio que el autor se propuso. Pero de la misma lectura del libro podemos desprender que la ausencia de tales nombres no es culpa del autor ni tampoco de los personajes. Cataluña y su problemática como la problemática de otras muchas regiones españolas, están muy lejos de ser comprendidas por quienes tienen obligación de comprender y creo este libro ayudará en gran manera a deshacer el mundo de tópicos con que se intenta amarrar lo que no se conoce.

En menos de un mes ha sido agotada la primera edición de este interesante libro que saca a la luz el meollo del asunto de los hombres que sienten el espíritu de lo que se ha dado en llamar "Países Catalanes" y que sin duda es semejante al espíritu de tantas otras conciencias regionales.

FICHA TECNICA

Autor, José Carlos Clemente Balaguer. Editor, Grijalbo, Barcelona. Fecha del original, Otoño 1966. Fecha de publicación, 23 de abril de 1968. Número de páginas, 166 y páginas gráficas. Encuadernación, rústica. Género literario, entrevistas.

Personajes entrevistados: Ricardo Salvat, María Aurelia Campmany, Salvador Espriu, Miguel Porter, José María Espinas, Manuel de Padrolo, Wifredo Espina, Mauricio Serrahima, Oriol Bohigas, Nuria Espert, Juan Fuster, José Benet, José Guinovart, P. Octavio Fullat, Baltasar Porcel, Guillermina Motta, José Meliá, Fernando Soldevilla, Antonio Jutglar, P. Arturo Juncosa, María Amelia Pedrerol, Francisco Pi de la Serna, Luis Sarrahima, Carlos Feliú de Travy, Francisco Candel y "Sempronio".

Precio: 100 pesetas.

Montejurra y Estella, ¡tanto monta!, con

Escribe:

Francisco López-Sanz

Para nosotros, los carlistas, Montejurra y Estella son dos nombres inseparables que significan la misma cosa en el orden ideológico y espiritual. Los dos van unidos y el Carlismo les ha dado a ambos resonancia y grandeza sobre la que ya tenían de por sí. Estella por su historia y por su arte, por su navarrismo, por su pasado rico en pasajes que constituyen recuerdos valiosos de un ayer que honra a la ciudad que preside desde su elevado trono Nuestra Señora del Puy; y por su monumentalidad pregonada por cuantos la visitaron y por innegables testimonios en piedra, riqueza artística de gran valor que es el patrimonio ornamental más estimable y solemnemente majestuoso.

Y sobre esa historia brillante de Estella y ese arte que se admira en la ciudad que se contempla en el espejo de las aguas limpias y bulliciosas del truchero río Ega, están las páginas más modernas, idealistas y sublimes que le ha dado el Carlismo y que cada año, en el mayo florido, y esta vez llorón con exceso, renueva con constancia de un sentimiento de lealtad por nadie igualado, ni menos superado, del que son actores, y dan fe al mismo tiempo, todos los miles, los muchísimos miles de carlistas españoles que vienen a Montejurra y a Estella con ilusión, con alegría, con sacrificio, con voluntad tesonera, con emoción como a la tierra sagrada del Carlismo que hay que besarla como reliquia preciada y hundir sobre ella las rodillas para desgranar fervorosamente el perfume religioso de la oración...

¡Montejurra y Estella! ¡O Estella y Montejurra! ¡Tanto monta...! El Carlismo hizo de ella Corte de su Rey más popular, más soberano y más representativo, y de Montejurra el baluarte y vigía que garantizaba la tranquilidad y permanencia de aquella Corte sencilla, austera, digna de la Monarquía de verdad, de la Monarquía tradicional, la Monarquía Católica, la Monarquía con monárquicos, la única, porque no queremos ni amamos otra. «Para los españoles —escribió Ramiro de Maeztu— no hay otro camino que el de la antigua Monarquía católica, instituída para el servicio de Dios y del prójimo». Esa es la nuestra y de esa Monarquía fue Corte Estella. Porque la otra Monarquía..., la isabelina, la de Sagunto, la liberal, la que gobernaron o desgobernaron masones y descreídos, en muchos casos, no fue nunca la católica sino la disociadora, la que trajo la revolución y la revolución se la llevó repetidamente porque sus soberanos, en vez de resistir, como influía sobre ellos el mismo espíritu de tan canija institución, huyeron arrojando por la borda su menguada soberanía.

Eso fue Estella, y Montejurra su antemural, su defensa segura y ese recuerdo, ese modo de ser, lo que la ciudad, la Corte carlista y su pétreo baluarte representan, agiganta su prestigio, enriquece su historia, extiende por el mundo su nombradía y robustece la admiración nacional y universal hacia estos dos nombres también universales: Estella y Montejurra.

LOS DOS NOMBRES QUE HA INCORPORADO EL CARLISMO AL PATRIMONIO ESPIRITUAL DE SU IDEARIO

Y estos dos nombres, Estella y Montejurra los ha incorporado el Carlismo al patrimonio espiritual de su simpatía, de su cariño y de su idealismo. Por eso nunca registró la admirada población desfiles de muchedumbres tan considerables como las que estos años, después de la Cruzada, contempla conmovida y entusiasmada. El Carlismo la hizo Corte del Rey más amante de España, más ferviente católico, más enamorado de las libertades forales y más admirador de sus leales, que siempre le sirvieron y jamás le abandonaron. Entonces hubo en Estella concentraciones brillantes, aunque poco numerosas, sobre todo cuando el adversario puso empeño tenaz en reconquistar la ciudad, en arrebatar la Corte a Don Carlos, pero más tenaz fue la defensa de los heroicos voluntarios del Rey que hicieron fracasar estrepitosamente a los que todavía no sabían de qué eran capaces los intrépidos y valerosos caballeros de la boina roja.

La primera de las intentonas por salvar a la guarnición republicana de Estella, que ya había capitulado, fue en agosto de 1873, proclamada ya Corte del Duque de Madrid. Pero el intento se estrelló entre Allo y Dicastillo. La segunda estuvo a cargo del general Moriones, en octubre del mismo año. Pretendió llegar a Estella por Mañeru pero en las alturas de Santa Bárbara, cuando ya se creía vencedor, los refuerzos con que se sumó a la contienda el general Ollo le hicieron retroceder velozmente y encerrarse en Puente la Reina. La tercera, al mes siguiente, en noviembre, entre Montejurra y Monjardín. Es la batalla que se conoce por «la de Montejurra» y en la que fue derrotado el propio Moriones que tantos reveses cosechó por obra de los voluntarios carlistas, contumaces en no dejarse vencer. La cuarta vez fue en junio —25, 26 y 27—, de 1874, en Abárzuza, donde murió el general Concha, que mandaba las tropas republicanas y éstas se retiraron precipitadamente al conocer la muerte de su jefe. Y por último, la quinta, en Lácar, el 3 de febrero de 1875. Los batallones carlistas, mandados por el propio Don Carlos, cayendo como un ciclón sobre sus adversarios, les atacaron tan briosamente que todas las ilusiones liberales se vinieron al suelo, se apoderó el pánico de las fuerzas enemigas, porque el pánico es contagioso, y escaparon las que no quedaron prisioneras. Esta resonante victoria de los batallones del Rey malogró las irrazonables esperanzas de los caudillos alfonsinos, que pensaban confiados entrar en Estella triunfadores, acompañando al imberbe don Alfonsito, al que habían proclamado soberano hacía un mes, y estuvo a punto de quedar prisionero.

Y mientras todos aquellos intentos de los **consecuentes**, que defendían la República en 1873, la Regencia del Duque de la Torre —que soñaba en ser rey— en 1874 y a don Alfonso, que se creía monarca, en 1875, Montejurra velaba por su Estella, por la Corte carlista que nunca dejaría de serlo mientras la Montaña sagrada de la Tradición estuviese cubierta de boinas rojas y tremolando la bandera de Don Carlos de Borbón y de su Causa. Por eso, el 7 de noviembre de 1873, cuando el general republicano don Domingo Moriones, porque sus fuerzas ocuparon Lúquin, Barbarin y Urbiola —sin ninguna importancia estratégica—, pero no Villamayor, se le desbordó el optimismo y para que se reanimara el alicaído Gobierno de Castelar, le dirigió el altisonante telegrama de cuatro palabras con dos gigantescas mentiras: «Ocupado Montejurra, domino Estella». Camelo verdadero y andaluzada republicana, porque Montejurra estaba verde y demasiado alto, a Estella no la dominaba porque la tenía muy lejos y sólo era de su dominio la

Montejurra, bastión del Carlismo en el siglo pasado, continúa en el presente como punto neurálgico de la Tradición y garantía para el futuro.

Lo reconoce sin eufemismos el historiador liberal Pirala, cuando afirma que «se mandó cargar los equipajes para huir y salvar al rey, lo cual hubiera sido difícil si fuerzas de Argonz desde Villatuerta avanzaran a Oteiza en vez de haberlo hecho por la izquierda». En vez de pasearse triunfador por Estella, como se lo habían hecho creer, don Alfonso tuvo que escapar a uña de caballo, con el amargor del desastre, silbándole en la huída el viento de la derrota y la rechifla y el eco de la irónica canción que habían de entonar los victoriosos soldados carlistas:

En Lácar, chiquillo,
te viste en un trís;
si Don Carlos te da con la bota
como una pelota te planta en París

tierra que pisaba y aún ésta le resultaba incómoda. Razón por la cual, al otro día, después de vanos intentos, de perder mucha gente y de no poder adelantar un paso, por la noche, convencido del fracaso, calladamente ordenó la retirada a toda marcha y parodiando a la zorra de la fábula que no quiso comer las uvas... porque no las pudo alcanzar, pudo decir refiriéndose a Estella:

No la quiero ocupar;
no está madura...

Efectivamente, Estella no estuvo madura en ninguno de los cinco movimientos que sus enemigos hicieron para acabar con la Corte del Duque de Madrid, sobre todo los tres últimos que fueron los que con mayor número de fuerzas atacaron los que una vez eran republicanos,

boina roja unidos por un ideal inmortal

otra regentista de Serrano y la tercera, monárquicos de Don Alfonso, mientras que los carlistas que les resistieron y les derrotaron, con su gran moral fueron siempre los mismos: Carlistas de la Monarquía católica y tradicional, leales defensores de su Rey Carlos VII, el soberano que tenía la Corte en Estella cuando en la España donde no dominaban las armas carlistas, se gastaban una República fiera, o una República mansa o una Monarquía lila en la que su rey, pintaba tan poco, que no pudo conseguir que los que le trajeron a él, tolerasen el regreso de su madre porque fueron los que le arrojaron de España.

Pero una cosa estaba patente en esa unidad Estella-Montejurra, en la frase— camelo de Moriones, «Ocupado Montejurra, domino Estella», que ni ocupó ni dominó: que para sostener Estella y sentirse tranquilo y seguro dentro de sus muros, había que contar con el baluarte más eficaz, el gigante pétreo de Montejurra que es el antemural de la histórica ciudad de la Virgen del Puy.

EN MONTEJURRA SE EVOCA Y SE REZA; EN ESTELLA SE AFIRMA Y SE CANTA LA LEALTAD A LA BANDERA DE DIOS, PATRIA Y REY

Hoy, el Carlismo ha reforzado esa unión, ha soldado más fuertemente la significación, la importancia, la tradición y la historia de Estella y de Montejurra, más actual y más acentuada en los tiempos modernos que les han dado esa calidad política, esa vivencia espiritual y no se concibe la una sin la otra. Estella en el llano y Montejurra en el campo, en la montaña, son dos centros de las almas que forman en las anuales peregrinaciones nacionales del Carlismo, de esas concentraciones populares como no hay otras. No hay otras por su numerosa asistencia, a las que no se puede concurrir sino haciendo penitencia; no hay otras porque sus participantes coinciden en todo: en el ideal carlista, católico y monárquico, del catolicismo neto, sin progresismos excecrables, aunque parezcan clericales y a cargo de clérigos andantes que producen pena, y del monarquismo limpio, sin reservas mentales, sin mezclas nocivas, sustancia pura de la Monarquía tradicional, foral y representativa.

Montejurra es el lugar de la evocación y el centro de la penitencia y Estella el recuerdo vivo de la Corte de Don Carlos y el remanso de paz después del descenso de la cumbre montejurreña. Y entre Estella y Montejurra está el oasis de Irache, el antiguo Hospital General Carlista donde curaban los heridos de los batallones del Rey y los heridos de las fuerzas adversarias, tratadas acaso con más mimo porque estaban sólos y para que vieran que allí no había enemigos sino españoles que sufrían. Para eso estaban impregnadas aquellas salas del espíritu, de la acción, de la bondad y el amor de un corazón de mujer, de un ángel de verdad: la Reina Doña Margarita de Parma, la augusta Enfermera de Irache que por su obra tan cristianamente humanitaria y benemérita se ganó para la posteridad el merecido título de Angel de la Caridad.

En Montejurra se recorre su camino, guardado por las gigantescas cruces en donde están inscritos los nombres de los Tercios de Requetés que lo dieron todo en la Cruzada. En la Cruzada que no hay que olvidarla, como pretenden los que ahora barrenan, intrigan, detestan y hasta quieren ofender con gazmoñería y perfidia y con ingratitud de indignidad. En Montejurra se evoca, se respira, se reza, se fatiga con gusto y se piensa en el sacrificio, en el renunciamiento de los que desde hace casi siglo y medio nos enseñaron a cumplir con el deber, a ser como somos, a sentir los mismos ideales, a rendir homenaje constante a la lealtad. De ahí que aunque el tiempo se nos ponga progresista..., como este año, este 5 de mayo lluvioso y perturbador se haga frente a esas dificultades, y los que no recularon en la guerra ante la lluvia de plomo, porque para eso llevaban por fuera la boina roja y por dentro un corazón muy grande, y sus admiradores y jóvenes de hoy suban a Montejurra venciendo todo lo que haya que vencer, como lo hicieron en los días de la lucha por una España que había que arrancar de las zarpas de la horda.

Y si Montejurra es eso y mueve tantos miles de corazones que visten de rojo alegría y carlista sus caminos y su cumbre que mira hacia el Cielo como legítima esperanza. Estella, por la tarde, es el hormiguero humano, brioso, entusiasta, acometedor porque sólo el carlismo ha honrado y honra a Estella llevando a ella las mayores y más idealistas muchedumbres de su historia. En Montejurra se reza, en Estella se afirma. ¡Ora et labora! El pueblo carlista que aborrece la hipocresía porque es sincero y no engaña, como los farsantes que fingen, muestra con fervor sus sentimientos, la fidelidad a sus antepasados, la firmeza en la defensa de sus doctrinas, la grandeza de sus ideales siempre nobles, siempre consecuentes, siempre leales a la bandera de Dios, Patria y Rey.

Y Estella y Montejurra, como este año y como todos los años, son el escenario de la manifestación patriótica española más hermosa, más unánime, más grande, más carlista de los que, si se cansan subiendo hasta la cumbre de la Montaña sagrada de la Tradición, jamás les fatiga la consecuencia política aunque de ella no se obtenga bien material alguno —que suele ser el ideario de muchos escalatorres y pruebacaldos políticos—, sino quebrantos y contrariedades, producto de una posición honrada y que honra y de unos ideales defendidos con vidas y haciendas por la España tradicional en aquellas guerras a las que el Carlismo fue por necesidad, contra el liberalismo afrancesado y revolucionario y sus cómplices. Fue por necesidad por España, católica y monárquica. Como en 1936 fue a la Cruzada.

Rodeadas de banderas y de un pueblo entusiasta por los principios tradicionales y la dinastía legítima, SS. AA. RR. Doña Irene y Doña María Teresa de Borbón-Parma, dan fe, con su presencia, de la verdadera unión del binomio realeza-pueblo.

Por eso Vázquez de Mella, respondiendo a los falsarios que combatían al Carlismo y le achacaban todos los males de los que ellos eran culpables en exclusiva, dijo: «Las guerras civiles son una gloria para los carlistas que las emprendieron, y una ignominia para los liberales que las provocaron, y que son responsables de sus males, y tienen que sufrir, como un inmenso descalabro para sus doctrinas, los bienes que produjeron y los que producirán».

Fue profético, como en tantas otras ocasiones, el insigne orador. Los bienes se siguen produciendo. ¿No fue un bien, ¡un gran bien!, para España, la existencia del Carlismo, su organización, su doctrina política, su consecuencia, su tesón, su valentía, su decisión, la preparación de sus Tercios de Requetés y su acometividad en el Alzamiento de julio de 1936 y durante toda la Cruzada? Y ante los que maniobran contra España, con descaro o solapadamente, muchos con espíritu de traidor, ¿no es un bien, un gran bien para nuestra Patria, lo que se ve y se admira en Montejurra y en Estella, dos nombres unidos por un mismo simbolismo, por una actual y auténtica realidad, la muchedumbre inmensa de boinas rojas, como la del pasado 5 de mayo, que reza, canta y afirma con fe y con lealtad, invocando a Dios, amando a España y pensando en el Rey, tres palabras sustantivas que, según Ramiro de Maeztu fue un poeta el que las asoció?

Y poetas de la caballerosidad, del sacrificio, de la lealtad y de la Tradición fueron los que murieron por ese trilema bendito, antiliberal y antirrevolucionario y los que mantienen en alto esa Bandera inmortal de la que son sostenes, símbolo y realidad, ESTELLA y MONTEJURRA.

En Vitoria,
la construcción
de viviendas
adquiere cada día
mayor volumen,
porque la ciudad
progresa
constantemente

VALENCIA

Cena de despedida al Notario del Ilustre Colegio de Valencia D. Leopoldo Stampa Sánchez

Con motivo de haber obtenido, tras brillantísimas oposiciones, la plaza de Notario en la capital de España, D. Leopoldo Stampa, los miembros de la Junta Local de la Comunión Tradicionalista de Valencia, le han ofrecido una cena de homenaje y despedida, la cual se celebró en un céntrico Restaurante, de nuestra ciudad, el pasado martes día 23 de abril.

Pronunciaron palabras alusivas al homenaje don Eugenio Carbonell, don José Miguel Orts, don Pascual Agramunt, Concejal del Excmo. Ayuntamiento y el Jefe Local de la Comunión Tradicionalista don Eduardo Chuliá Vicent, quien glosó diversas facetas de la vida del Sr. Stampa: destacando su participación como voluntario en la Cruzada a los dieciséis años, en el Tercio de Requetés de Abárzuza, sus triunfos profesionales, Notario a los 24 años, Decano del Colegio Notarial de Pamplona, miembro de la Orden de San Raimundo de Peñafort, etc., etc., y últimamente, en plena juventud, Notario de Madrid.

Destacó igualmente, los numerosos servicios prestados a España, su catolicismo y su amor a la Patria.

Contestó el Sr. Stampa con unas bellísimas palabras, agradeciendo vivamente el homenaje que se le tributaba, y añadiendo que podía considerarse una persona feliz y afortunada por los numerosos amigos que dejaba en Valencia, destacando este sentido de la amistad, verdadera y entrañable, cuando se profesan los mismos Ideales de Dios, de la Patria y de la Monarquía Tradicional. Hizo acertadísimas observaciones sobre el momento político actual, añadiendo que en los actuales momentos, el mejor servicio que se puede prestar a España, es el estar presentes siempre, y con ánimo de defender. Las palabras de D. Leopoldo Stampa fueron acogidas con una gran ovación, recibiendo la efusiva felicitación de todos los presentes.

Valencia, Abril de 1968

CARLISTAS...

Vuestro comercio en Andorra

Betina

Novedades-Exclusivas-Confecciones
Calidad y precios sin competencia

Plaza San Jorge **LES ESCALDES (Andorra)**

El Real Aero Club de Navarra, lanzó un ramo de claveles rojos ante la Cueva de Montejurra, porque desde el cielo llegaran flores a SS. AA. RR.

Doña Irene puso los claveles a los pies del Sto. Cristo.

Los dos pilotos que realizaron la delicada ofrenda responden al «dulce nombre de Jesús» y aquí posan junto a la avioneta, en el campo de Noain.

Si tu revista es MONTEJURRA, aumenta su radio de acción: «Que no quede ningún carlista ni simpatizante sin ser suscriptor».

Las «margaritas» tienen conciencia de que son irresistibles y se aprovechan «sableando» a los requetés, que gustosamente se dejan herir dulcemente.

Banco de "LA VASCONIA"

Plaza del Castillo, 39 - Teléfs. 211952, 211953, 211954, 224727 y 212692 - PAMPLONA

SUCURSALES EN LAS PROVINCIAS DE NAVARRA Y GUIPUZCOA

ALSASUA	IRUN
BEASAIN	ISABA
CASCANTE	SANGÜESA
CORELLA	TAFALLA
ELIZONDO	TUDELA
ESTELLA	VILLAVA

SUCURSAL EN VITORIA

Calle Postas, n.º 26
Teléfono: 7407.

□

OFICINAS DE CAMBIO

En las localidades fronterizas de:

DANCHARINEA
Y VALCARLOS

□

OFICINAS CENTRALES EN PAMPLONA

Plaza del Castillo, n.º 39
Teléfono: 21 19 54.

AGENCIA URBANA N.º 1

Barrio de la Milagrosa
Teléfono: 22 40 98.

□

EXTENSA RED DE CORRESPONSALES CON EL RESTO DE ESPAÑA Y EN EL EXTRANJERO

Aprobado por el Banco de España con el n.º 6936/1